

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Santa Fe, mi país

Mateo Booz





«Yo carezco de biografía. Mi existencia está desprovista de peripecias y de lances que puedan interesar a otros. No obstante, acaso yo tenga una biografía, cuyos contornos y sustancia no alcanzo a definir. Toda vida, por gris y monótona que se nos antoje, crea una historia», señaló **Mateo Booz (1881-1943)**, seudónimo del escritor Miguel Ángel Correa.

El itinerario de su vida es ciertamente reducido. Nació en Rosario y antes de cumplir los 20 años se mudó de manera definitiva a Santa Fe. En esta última ciudad ejerció el periodismo y fue también gerente de banco y Director General de Escuelas. Pero esa «vida gris» consintió, como el reverso de una moneda, una fervorosa e ininterrumpida práctica de la escritura de ficción. «Me estimo largamente pagado de las vigiliias en procura del vocablo justo, del matiz armónico, del detalle evocador y de la brega en los archivos, apetente de lo inédito, de la minucia tal vez desdeñable para el historiador y tras la cual, sin embargo, el novelista vislumbra vidas y hábitos, y conflictos y ardientes pasiones de horas pretéritas», confesó Mateo Booz, a quien con toda justicia puede considerarse el primer escritor profesional de Santa Fe. Y uno de sus narradores más reconocidos.

Así lo retrató en su madurez un escritor de la generación siguiente, Luis Gudiño Kramer: «Solía caminar, con aire distraído, absorto en sus recuerdos, por las calles de la ciudad, con su pipa y su aire de buen burgués, y casi todo el mundo lo saludaba, o lo miraba con respetuosa simpatía. Él era el cronista amable de la ciudad». Apreciación que podría ampliarse hasta cubrir un vasto sector del territorio santafesino, que incluye las extintas selvas del norte, los campos y los pequeños pueblos del centro y del sur, y también las costas e islas del San Javier y el Paraná.

Mateo Booz debutó en 1919 con *El agua de tu cisterna*, libro al que siguieron *La reparación*, *La tierra del agua y del sol*, *La vuelta de Zamba* y *El tropel*, *La ciudad cambió de voz*, *La mariposa quemada*, *Gente del Litoral* y el póstumo *Tres lagunas*.



La presente edición electrónica de *Santa Fe, mi país* se basa en la primera edición del libro, publicado en Santa Fe por Talleres Gráficos El Litoral en 1934. El diseño de portada original fue realizado por Estrada Bello.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Santa Fe, mi país

Mateo Booz

DEDICATORIA Y SEMBLANZA

Esta colección de cuentos —santafecinos por sus escenarios, sus gentes y su atmósfera— la dedico a don Hilario Tierra, hombre humilde, que lleva encendida en su corazón la llama viva de su amor a Santa Fe, nuestro país. Pongo aquí su semblanza. Mi deseo quedará logrado si los lectores conceden su simpatía a ese convecino.

M. B.

En el barrio Sur, quieto, silencioso, dormido, con las primeras construcciones de la ciudad —Santa Fe de la Vera Cruz— habita don Hilario Tierra; en el barrio Sur ha nacido y ha envejecido y fuera de sus lindes nada tiene que hacer. A la sobriedad ejemplar de sus necesidades proveen los comercios y espectáculos de su área. Ciertamente que no hay allí ni un teatro ni un cine; pero mentiría él si dijera que esas artes seducen su imaginación. Le basta para distraerse pescar algún domingo, en canoa, por las islas; y prefiere sin vacilación las tertulias en una alfajorería de su barrio, apurando entre amigos una gaseosa, a las asambleas de las espejeantes confiterías del Norte, invadidas por gentes extrañas, advenedizos sin apego a la ciudad.

Porque don Hilario Tierra ama entrañablemente a la ciudad, y la ciudad nace para él en el Quillá y muere en la plaza de Mayo. Lo que más allá crece y alborota y se propaga con jactancia no le interesa; lo conceptúa un aditamento ocioso y pernicioso, y no entiende cómo santafecinos de remota cepa puedan ufanarse de esos aspectos comunes a todas las urbes, antes que de los paisajes y los más puros, rancios y nobles hábitos —según se le ocurren— de aquel antiguo casco de la capital.

Vive don Hilario Tierra en las inmediaciones del convento de los franciscanos, una casa de tejado saledizo y ventanucos con jambas de algarrobo, a una vara del suelo. Al abrigo de los naranjos de su huerta, suele matear con viejos

camaradas que lo visitan —casi todos jubilados de la Administración— y comentan alguna riña de gallos, o alguna campaña electoral, o algún nombramiento del Ejecutivo. Los días inclementes la tertulia se traslada a un cuarto interior, comedor y sala de recibo. Cuelgan de las paredes el diploma de honor de una sociedad recreativa y los retratos de los gobernadores del «régimen» —oriundos por regla del barrio Sur—, cuyos rostros se aguzan con unas peras del propio estilo que cultiva el dueño de casa.

Don Hilario Tierra, sesentón embarnecido y bruno, desbarata su andar con una renguera. Esa renguera, ocasionada fortuitamente el año 93, la deploró como suceso aciago, hasta que el juego de las circunstancias se la hizo escudo valioso de su bienestar. El triunfo del radicalismo en 1912 sonó cual posa trágica para los burócratas provinciales. Don Hilario vivió en zozobra y desvelo, al atisbo de la cesantía. El funesto decreto fue extendido, pero, por fortuna, no firmado. El gobernador, con el lapicero en alto y las gafas en el ápice de la nariz, dijo a su ministro:

—¡Es penoso, che, tener que reventar al pobre rengu Tierra!

—¡Son tantos los compromisos, gobernador! —repuso el ministro, alzando los hombros y abriendo el compás de los brazos— Y no olvidemos a los correligionarios que llenan los comités y se sacrificaron por la Causa.

—Cierto —asintió el gobernador, volviendo al papel la punta de la pluma.

A esta sazón terció providencialmente el edecán, que cercano bostezaba en una butaca.

—Es un rengu del 93, no lo olvide Su Excelencia.

Su Excelencia suspendió otra vez el lapicero y, acechando por encima de las gafas, inquirió:

—¿Del 93?

—Del 93 —reiteró el edecán.

Un inválido del 93, soldado de la heroica jornada, no debía sucumbir al inaugurarse el primer Gobierno de aquellos revolucionarios. Y el hombre salvó milagrosamente de los horrores de la cesantía.

Cuando el edecán, vecino del mismo barrio Sur, le describió la escena y aseguró que se había escapado como de entre los indios, don Hilario quiso aclarar: no fue en un cantón, sino en un pajonal de Colastiné, a la vista de una bandada de sirirís, donde, por fatal inadvertencia, los perdigones pateros lo dejaron cojo por el resto de sus días. Mas una duda entró improvisadamente en su espíritu. ¿No estaría él trascordado y confundido? Y al igual que tantos políticos insignes, supo armonizar su convencimiento con su interés; y convenciose así de su participación en la epopeya y de su caída, a dos pasos de Mariano Candiotti, con la pierna quebrada por un proyectil oprobioso. Pero no obstante su convencimiento, algo había en su conciencia —tal vez pudor— que no le toleraba ninguna vanagloria de ese episodio.

Y en 1916, con el advenimiento de un Gobierno que no respetaría a los inválidos de la Causa, don Hilario Tierra se acogió a la jubilación. Y tan pujante es la fuerza de la costumbre que, ya jubilado, varias mañanas acudió a su antigua oficina, colgó el sombrero, se enfundó el mangote y se aprestó a ocupar la mesa que ya ocupaba su sucesor. Entonces, entre las risas del personal, advertía su error y regresaba, tedioso, a su domicilio.

Libre de aquellas obligaciones que cumplió puntualmente en un cuarto de siglo y de la preocupación que le acarrearaban los papeles fiscales, se le acendró el amor a las formas evocadoras del antiguo Santa Fe.

Nadie aventaja hoy su versación en esa materia. Conoce el historial de cada una de las viviendas añosas y leprosas —adobes, tejas, herrajes retorcidos— que subsisten en su barrio, las familias que las habitaron y las gentes importantes que en ellas nacieron o entregaron su alma. Conoce las viguerías y ornamentaciones de los templos seculares y las losas que en ellos anuncian la huesa de matronas respetables y de varones beneméritos, cuando no próceres como el brigadier general Estanislao López. Conoce de coro los prodigios de la Virgen de los Milagros, aposentada en la iglesia de los padres jesuitas y que, allá, por el siglo XVII, curó diviesos y tercianas a conspicuos vecinos de la villa colonial. Conoce copiosas anécdotas y tradiciones, tal la del tigre que, desembarcado de un camalote, sació sus hambres con la humanidad del buen franciscano que, madrugador, transcurría por la cruja del convento, arropado en su estameña y ajeno a la tremenda gula que despertaba su carne mortal; y tal también la de la imagen tallada de San Antonio de Padua que, de España al Virreinato, naufragó en alta mar y se vino a nado a Santa Fe. Conoce del mismo modo los lugares ilustrados por la historia, como el solar de la derruida Aduana Vieja, que fue para el general José María Paz cárcel de prisionero y morada de desposado; y la barranca que los convencionales del 53 preferían para pescar surubíes y moncholos, en los propios días en que forjaban la Constitución nacional. Y, para concluir, conoce las señas y hasta la genealogía de las mejores empanaderas y alfajoreras de su barrio, esto es, las mejores empanaderas y alfajoreras de la Provincia y del mundo.

Con el caudal de erudición que atesora, nuestro hombre lamenta no disponer de estilo literario. ¡Si supiera redactar como el procurador Bonifacio Carmona, que publica en los diarios locales artículos de fondo, floridos y elevados, sobre la crisis, la vagancia infantil, las plagas de la agricultura!... Pero no todos pueden escribir tan bien como el procurador Carmona. Solo el cielo concede ese don.

Y como se confiesa privado de la preciosa facultad que luce el procurador Carmona, debe limitarse a la crónica oral, lleno del entusiasmo derivado de las grandes vocaciones. Quienes, para novelar la vida que antaño se vivía por estos andurriales, sientan la necesidad de documentarse, deberán ineludiblemente,

para el éxito de su empeño, recurrir a nuestro personaje. Él les abrirá, generoso, los ricos archivos guardados en su memoria.

Confío en que el descubrimiento de ese bondadoso, apacible y cordial vecino del barrio Sur, lo agradecerán los que, viniendo a Santa Fe y recordando esta semblanza, busquen al aludido tradicionalista para que les muestre y comente los aspectos más expresivos de la parte vieja de la ciudad.

Ya saben que habita en los contornos del convento de los franciscanos, una casa con ventanucos enrejados y alero de tejas españolas. Llaman la puerta, sin recelos. Arrufará un mastín criollo, y entre las tinas del patio avanzará el caballero, levantándose los pantalones. Luego cambiará las alpargatas por unos botines de elástico y ajustándose la galerita verdosa guiará, gozoso y desinteresado, a los forasteros. Él los pondrá en presencia de las cosas que, desde su ángulo visual, son las más interesantes y las únicas dignas de admiración y orgullo; y por último los acompañará hasta la plaza de Mayo, como el capitán que despide en la planchada a los visitantes de su buque.

LAS CIUDADES

LOS REGALOS DE FRED DEVORES

Cuando enviudé, hace tres años ya, mi situación se tornó un tanto amenazadora. No recibí de mi marido más que la casa que habito y un seguro de vida. Bien aconsejada, invertí ese dinero en cédulas del Estado que rentaban doscientos pesos mensuales. Más que por mí lo lamentaba por mi hija Carolina, muchacha soltera que necesitaba figurar.

Mis dos hijas casadas, Carmen y Teresa, que residían y residen todavía en Rosario, prometieron ayudarme. Sus esposos no son hombres de fortuna, pero trabajan en el comercio y producen para sostener sin estrecheces sus hogares. No puedo quejarme de mis yernos: son dos hombres afectuosos y de excelentes cualidades. Solo les tacharía el excesivo ascendiente que permiten a sus consortes.

Cada una de estas hijas me mandaba cincuenta pesos mensuales, y esa cantidad, sumada al interés de las cédulas, podía consentir una vida decorosa y frugal a dos mujeres solas, y más cuando no pagábamos alquiler de casa y los compromisos sociales no son en Santa Fe exageradamente costosos.

Las morigeraciones que nos imponía la muerte de mi marido, que jamás lloraré bastante, las aceptó Carolina sin expresar dolor ni protestas. En esas circunstancias demostró ser una chica razonable.

Estoy reconocida a todas mis relaciones. En aquellos primeros días de mi duelo, la espaciosa sala antigua de casa era pequeña para contener a quienes me traían sus condolencias y a veces también, sin deseárselo, unos insoportables dolores de cabeza, que, naturalmente, yo procuraba disimular.

Entre los visitantes eché de menos, con pesar, a Fred Devores. Fred Devores era un norteamericano dueño de una valiosa fábrica de tanino en Tartagal y que ocupaba una casa suiza de la avenida los Siete Jefes.

Mi marido me habló siempre de él con cordial simpatía. Eran muy amigos y casi de la misma edad. Dos o tres veces vino a almorzar a nuestra mesa. Aunque sobrio de palabra y, dentro de la recia energía de su mirada y de sus ademanes, un hombre tímido, suscitaba un movimiento de atracción. Todo lo que sabíamos de su pasado lo supimos por una incidental referencia suya: era casado y

divorciado en Norteamérica y, ahora, su mujer, unida en matrimonio a un actor de cinematógrafo. Y después de diez años de no tener de ella noticia alguna, había sufrido dos días antes la sorpresa y la amargura de verla cruzar en una película cómica, recibiendo en la faz la consabida torta de merengue.

Cuando Antonio —Antonio Aguirre se llamaba mi marido, de los Aguirre de Paraná— enfermó de bronco-neumonía, Fred Devores permaneció a su cabecera, noche y día, cariñoso y afligido. Asistió a la agonía y a la muerte de Antonio, con la congoja de un hermano. Él le cerró los ojos, lo amortajó y lo puso en la caja. Nuestras lágrimas se mezclaron sobre el cristal del ataúd. Al despedirse, Fred Devores me dijo:

—Conozco perfectamente la situación en que coloca a usted esta desgracia. Me hará usted, señora, muy dichoso si se acuerda de mí en sus dificultades. Bastará una insinuación... Estoy dispuesto a servirla.

Yo le agradecí, con los ojos turbios, un ofrecimiento que adivinaba generoso y leal, no obstante formularlo con palabras menos efusivas que el ofrecimiento de algún pariente rico de mi esposo, y del cual, íntimamente, nada esperaba yo.

Debo declarar también que a Fred Devores debía un señalado favor. Un día Antonio me contó:

—¿No sabés una cosa, Gloria? Fred Devores me ha insistido tanto y me ha hablado tanto de mis imprevisiones y de mis negocios complicados, que he sacado una póliza de seguro a tu beneficio.

Eso acontecía tres meses antes de mi viudedad. Y, francamente, me pareció eso un dispendio inútil. ¿Quién pensaba en la muerte? Antonio, con sus cincuenta y cinco años —diez más que yo— ostentaba una vigorosa salud. Todos sus ascendientes habían pasado los ochenta. A su abuelo materno ya cumplidos los cien años lo degollaron en la revolución de López Jordán. En las muchas vigili­as que pasé después, de espaldas en la cama, con mis penosas cavilaciones, medité en la importancia que revestía para mí aquella póliza.

Transcurrieron algunos meses. Me alivié el luto y se lo alivié a Carolina. No juzgué sensato tener encerrada a una joven. Recordaba a algunas muchachas de mis tiempos que, por una serie de duelos sucesivos, desfloraron sus mejores años bostezando entre cuatro paredes y espiando a los transeúntes por las persianas de la sala. Volvieron al mundo ya envejecidas y malograda la ocasión de descubrir un compañero para sus destinos. ¡Pobres solteronas, víctimas de una costumbre hipócrita y cruel!

Antes del primer aniversario de la muerte de Antonio, llevé a Carolina al cine, a la confitería y a las retretas de la plaza, únicos programas que brinda Santa Fe a una niña. Yo no sé si existen otras diversiones en las grandes ciudades, porque nunca he salido ni tal vez salga nunca por largas temporadas del pueblo de mi nacimiento. Sé que gentes malignas me motejaron de «la viuda alegre». Pero ¿qué importa? Merced a esos paseos Carolina ganó un novio a

mi satisfacción: Ricardo Guzmán, un muchacho de Entre Ríos, estudiante de Derecho. Mi tía Clotilde, una señora de corazón de oro, santafecina celosa de la tradición y de los linajes, me aseguró que Ricardo estaba bien emparentado en Concordia. Eso me bastaba, porque mi tía Clotilde posee una versación indiscutible respecto a los apellidos de todas las ciudades de la República, incluyendo a Montevideo y la Asunción.

El noviazgo de Carolina prosperó. Empezó, como todos, con miraditas melosas y siguió con conversaciones en el cine. Después pretendieron decirse en la puerta de calle las pavaditas de estilo entre festejadas y festejantes. Me opuse. Siempre he criticado a las parejas que escogen ese lugar para sus entrevistas, imitando a las chinas del servicio. Carolina, enfurruñada, trajo a colación algunos ejemplos. Decidí entonces invitar francamente al candidato a pasar a la sala. No se hizo rogar. Cuando no íbamos al cine, lo teníamos de visita hasta que en el sosiego de la noche se esparcían las doce campanadas del Carmen.

Di noticias a mis hijas casadas del noviazgo y del novio. Ellas escribieron a su hermana unas cariñosas cartas de felicitación.

A Fred Devores lo veía de tarde en tarde y a la distancia. Se descubría, ceremonioso, sin detenerse.

Conversé con él año y medio más tarde de la muerte de Antonio, en el Club del Orden. Se daba un baile en honor de los asistentes a la exposición rural. Fred Devores, muy gentil me condujo del brazo al ambigú. Confesome que nunca asistía él a reuniones sociales; pero esa vez debió asistir para presentar a unos estancieros, compatriotas suyos.

—Y tenía la esperanza —agregó— de encontrarla a usted en la fiesta.

Noté que al pronunciar esas palabras las orejas se le enrojecían. Me causó gracia.

Ya cercana la aurora, Fred Devores me acompañó hasta casa. En la soledad de las calles todavía oscuras, marchábamos las dos parejas: delante, Carolina y el pretendiente; detrás, Fred Devores y yo. Solo encontramos a las solteronas Pérez Marín camino a los maitines de la iglesia de los jesuitas. Con el «buenos días» me mandaron una mirada penetrante. Seguro que, escandalizadas, sacaban cuentas del tiempo de mi viudedad.

Yo, que me reconozco un poco charlatana, medio cuete, como solían decirme mis contemporáneas, hacía todo el consumo de la conversación. Fred Devores escuchaba atentamente mis trivialidades. Y de pronto, de puro disparatadora, tal vez por acreditarme de romántica, se me antojó exclamar:

—¡Cómo amo el campo! Para mí no hay paseo comparable al de vivir un día al raso, llenándome los ojos de follajes y de horizontes.

Después de un trecho, Fred Devores, que evidentemente había tomado al pie de la letra mis palabras, propuso que yo invitara a familias de mi relación para visitar su estancia de Tartagal. Carolina y el novio acogieron la idea con mani-

festaciones de entusiasmo. Y yo, aunque matando algunos escrúpulos, accedí.

A la semana siguiente partimos en automóviles los excursionistas. Gocé dos días deliciosos. La casa de Fred Devores era espléndida, equipada con un lujo tan original como creo no haya ninguna en Santa Fe. Me recordaba a algunos interiores preparados para mi tocaya Gloria Swanson. Fred Devores y unos yanquis de su amistad se mostraron correctos y cumplidos. Se visitaron los contornos, se correteó por las canchas de tennis, y, después, las muchachas bailaron hasta el cansancio, al compás de una ortofónica, en los salones de la vivienda con aquellos extranjeros vestidos de smoking.

Y al asomarme yo alguna vez a una ventana que caía al campo, divisé una cuadrilla de obreros del establecimiento: unos hombrones morenos y descalzos, con pollerines de arpillera, las cabezas ásperas y los bustos desnudos, espolvoreados de tanino. No sé por qué, pero cuando ellos levantaron la frente hacia donde yo estaba y de donde salía, con el tenue humo aromoso de los cigarrros que quemaban los caballeros, el bullicio de la música, las risas y las alegres conversaciones, experimenté un medroso sobresalto. Los rudos individuos me turbaron con su evocación el sueño de la noche. Nada dije a mis compañeras de habitación, que lo eran Carolina, una chiquilina de Echeverri y la segunda de las coloradas González.

De regreso me esperaba en casa un disgusto. En mi ausencia habían venido de Rosario, sin avisar, para sorprenderme con su visita, mis hijas casadas. Y, al no encontrarnos y saber que nos habíamos marchado con Fred Devores, las sorprendidas fueron ellas. Se volvieron. La chinita de servicio me repitió algunas frases que oyó a mis hijas. Opino que no tenían ellas ningún fundamento para aludir a su madre en esos términos un tanto desconsiderados. ¿Qué mal hacíamos con ese paseo de campo?

Me manifestaron ellas en una carta su pena por un viaje inútil. Les contesté en el mismo tono cariñoso, sin develar ningún resentimiento y rogándoles que, cuando vinieran, no dejaran de anunciarse con anticipación.

Pasó ese invierno. Ricardo rindió sus últimos exámenes, y asistimos a la ceremonia de la colación de grados. Todas felicitaban a mi hija por su suerte. Tenían razón. Sin desmerecer a mis yernos de Rosario, no tengo inconveniente en consignar que el actual esposo de Carolina es mi preferido.

Con nuestras entradas arribábamos a fin de mes apretadamente; pero, en verdad, de muy pocos gustos nos privábamos. La contribución de mis hijas casadas llegaba puntualmente. Si no fuera así, habríamos sufrido verdaderos apurones.

Pero se me planteó de súbito un problema grave. Me cobraban dos mil pesos por el asfalto de mi calle. ¿De dónde obtener esa suma? Por primera vez entré a una gerencia de banco. Me acuerdo que al pobre Antonio solían inspirarle mucha lástima las señoras que encontraba en esas oficinas. El gerente me acogió

con deferencia. Me daba el dinero necesario para el caso, siempre que me afianzara una firma de responsabilidad. Eran normas de la institución. Recapacité un momento y articulé el nombre de Fred Devores.

—Al señor Fred Devores podemos darle todo el capital del banco —aprobó el gerente con una sonrisa.

Una vez en la calle me asaltó una inquietud. ¿Estaba autorizada para pedir ese favor a Fred Devores? No dudaba que él me lo concedería de buen grado. Tenía presente su espontáneo ofrecimiento, el mismo día que enterraron a Antonio. Pero, de cualquier modo, ese paso me violentaba. Y no veía ninguna otra solución.

Pedí a Ricardo, con quien había crecido mucho mi confianza, que entrevistara a Fred Devores. Y más tarde me dio cuenta de su comisión. Aquel caballero leyó el pagaré para el cual solicitaba su firma y, después de rasgarlo pausadamente en varios trozos, le manifestó:

—Dígale usted a la señora Gloria de Aguirre que yo no opero en ningún banco. Es una regla inflexible que me he impuesto. Y aguarde.

Pasó a una habitación interior para reaparecer y decirle a mi enviado:

—Y me hará usted el bien de entregar a la señora estos bombones ingleses. Es una pequeña atención.

Quedé estupefacta. ¿Qué sentido escondía esa conducta? ¿Era una burla grotesca? ¿Era una deliberada humillación para mi natural orgullo? Pero no debía intranquilizarme demasiado. Pensándolo bien, no había yo obrado de modo reprehensible; de ninguna incorrección me acusaba la conciencia.

Ricardo, encogiéndose de hombros, me proporcionó una explicación muy sencilla, que para mí resultaba insuficiente:

—Estos yanquis suelen ser unos tipos raros...

Mi primer impulso, apoyada por Carolina, fue devolver los bombones y hasta cantarle unas frescas. Pero mudé de parecer. Aun en el supuesto de que el hombre quisiera disfrazar con una extravagancia su negativa y aun cuando se arrepintiera de aquellos propósitos suyos, no me asistía a mí el derecho de olvidar su fraternal comportamiento con mi marido ni su actitud solidaria en horas de terrible prueba. Ya había realizado él bastante en mi beneficio y no tenía por qué exigirle mayor generosidad. Me dispuse a desterrar de la memoria ese suceso y reservar en lo recóndito de mi alma la desilusión.

Hipotequé mi casa. Todavía me sobró dinero para un viaje a Rosario con Carolina. Mis hijas nos agasajaron y mis yernos nos hicieron conocer toda la ciudad.

De retorno encontré otra caja de bombones ingleses de Fred Devores.

—¡Esto sí que es curioso! —exclamé yo, asombrada.

Carolina cortó mis cavilaciones:

—No te hagás mala sangre, mamá. Estos gringos son así, diferentes a noso-

tros. Comámonos los bombones; y como si tal cosa.

Sí; esa me pareció la política adecuada. Y, estando bien provista con las golosinas que Ricardo traía a menudo, se me ocurrió mandar a Carmen y Teresa las dos cajas de Fred Devores.

Mis hijas me agradecieron el obsequio con frases extremadamente conmovidas. No era para tanto. Teresa me decía: «Los bombones míos estaban ricos, aunque no tan ricos como los de Carmen». No comprendí. Las dos cajas eran iguales.

Fred Devores se trazó la costumbre de obsequiarme periódicamente con una caja de bombones y yo la de reexpedirlas a mis hijas de Rosario, puesto que a ellas tanto les agradaban. No estoy segura si infringía alguna de las reglas de urbanidad que rigen las relaciones de un caballero con una dama. Por si acaso, a nadie, fuera de Carolina y Ricardo, le participé esas gentilezas de Fred Devores.

Por entonces me absorbieron los preparativos de la boda de Carolina. Debí enajenar una parte de mis cédulas. Aparejé a mi última hija un ajuar que ponderaron mis amigas. Sus hermanas le mandaron algunas prendas baratas y de buen gusto. Daríamos una fiestita que, aunque modesta, no desentonaría con nuestro rango social.

Pusimos a Fred Devores, por su inolvidable amistad con mi marido, en la nómina de los invitados. Regaló a Carolina un cintillo de platino y brillantes, la mejor joya que posee mi hija.

Asistió él al casamiento. Conversamos largamente, siempre sobre motivos desprovistos de emoción. Por cierto que no aludí al ingrato percance del pagaré. Y con referencia a sus cajas de bombones, no olvidaré este diálogo:

—Siempre recibo sus cajas de bombones. ¿Para qué se molesta?

—No, al contrario; es un placer para mí. Usted permitirá que le haga siempre esos insignificantes obsequios.

—Bien. Usted me mandará sus bombones ingleses, que son riquísimos, solo cuando yo le mande algún plato de cocina criolla. Y así quedaremos en paz.

—Pongo una condición: que los intercambios se hagan por lo menos una vez al mes.

Asentí, risueña. Estimaba yo chistosa la idea de ese juego de retribuciones.

Ya sola con Carmen y Teresa, alguna de las dos dijo, guiñando los ojos:

—No me desazonaría completamente un padrastro yanqui y millonario, como esos que salen en las películas.

Repliqué, enojada:

—Me mortifican esas bromas. Les ruego que no me las hagan; les prohíbo que piensen esas cosas.

—Me parece —terció la otra de mis hijas, maliciosa— que te has exaltado demasiado. Tomás el asunto a la tremenda.

Creo que mi hija observaba bien. Me había exaltado más de lo discreto. En-

tre nosotras era una broma tolerable. Pero, no sé qué sucedía en mí.

En la estación, al despedirlas, mis hijas volvieron a alabarme los bombones ingleses. ¡Qué importancia les concedían! Teresa, en un aparte, me reconvino otra vez:

—La primera caja de bombones que le mandaste a Carmen era mucho mejor que la mía. No te lo perdono, picarona.

La miré, medio embobada.

Quedé sola en casa. No me seducía la idea de morar bajo el mismo techo de ninguno de mis yernos, aun cuando a estos los proclamo, repito, hombres bondadosos y correctos. Pero cada uno tiene su carácter.

Mis atenciones sociales, ahora sin hijas casaderas, se redujeron notablemente; y me renació la afición de otros tiempos por la cocina. Y, recordando mi convenio con Fred Devores, mandaba con frecuencia a la avenida de los Siete Jefes una dulcera de limón sutil, que elaboro por la receta de una finada abuela mía, o una fuente de chatasca, o una sopera desbordada de loco, o cualquier otro manjar de la cocina criolla. Por cada uno de esos platos, venía de vuelta una caja de bombones ingleses, que iban siempre a mis hijas de Rosario, ya que ellas tanto los apetecían.

Así pasó ese invierno. Carmen y Teresa suspendieron, sin explicaciones, su giro mensual. Consideraban, sin duda, disminuidos mis gastos y, de consiguiente, innecesaria su contribución. Me dicté un severo régimen de economía; la venta de una porción de mis cédulas había también aminorado mis recursos.

Y fue al comenzar el verano, cuando una mañana la noticia que, rotulada con gruesos caracteres, leí en Nueva Época me llenó de estupor y de duelo. En Tartagal, durante una sublevación de obreros, había sido asesinado el industrial y colonizador norteamericano Fred Devores. En mi mente rebrotó la visión siniestra de la cuadrilla de peones taninosos y semidesnudos que me miraron asomada a la ventana por donde salía la música del baile y el parloteo de los hombres civilizados y felices.

Dos días después vi bajar el féretro de Fred Devores en la estación francesa y cargarlo en la carroza fúnebre. Hice por él cuanto podía hacer: orar en intención de su alma.

El brillo de algunas miradas, la expresión de algunos gestos, la remota perfidia de algunas frases me insinuaban pésames hipócritas por una segunda viudedad. ¡La cobardía y la bajeza de las gentes! Desdeñé las calumnias; y mi existencia siguió su ritmo. Guardé en el ropero la última caja de bombones ingleses de Fred Devores. Era el único objeto recordatorio que conservaba de él.

A Carmen y Teresa les mandé ahora bombones de la confitería. Y me escribieron: «No te incomodes, mamá, en comprarnos bombones. Bien sabemos por qué ya no son tan exquisitos. Lo sentimos por vos».

Columbré en esa esquila una venenosa mordacidad. ¿Por qué eran más ex-

quisitos los bombones de antes que los de hoy? ¿Por qué esos insidiosos subrayados? Fui al ropero y abrí la caja de Fred Devores. Mordí un dulce y, como si una mano misteriosa interviniera, la caja cayó y sobre la alfombra se esparcieron los bombones.

Mis ojos se detuvieron, pasmados, en el fondo de la caja: allí estaba, extendido, un billete de quinientos pesos. Una repentina revelación iluminó mi espíritu y me explicó muchas cosas que fueron hasta entonces inexplicables. Cada caja de Fred Devores contenía dinero para mí, para ayudarme, silenciosamente, en mis apremios. La primera caja guardó, sin duda, los dos mil pesos que necesitaba para el afirmado. Las otras cajas, cantidades menores. Con razón a Carmen y Teresa entusiasmaban esos obsequios míos y, con razón también, creyéndome favorecida por un tercero, me suprimieron la asignación y nada aportaron para el casamiento de Carolina... ¡Malas hijas! Y un rubor de vergüenza me quemó la cara: el intercambio de platos y bomboneras pudo autorizar a aquel hombre extraño y admirable a suponerme una mujer codiciosa y audaz.

Ese billete de quinientos pesos lo he entregado al Guardián de San Francisco para oficiar misas en sufragio de Fred Devores. Yo asisto a esas misas. Mis oraciones se empapan con mis lágrimas.

LOS INUNDADOS

I

Don Dolores Gaitán, nombrado comúnmente don Dolorcito, tenía su rancho de tablas y latas en la Boca del Tigre, terreno abierto como un abanico a la entrada del puente carretero que, sobre el río Salado, enlaza a Santa Fe con las poblaciones de la otra orilla.

Subvenía don Dolorcito a las necesidades mínimas de su familia —una mujer y cuatro chiquilines— de modos distintos e intermitentes. Unas veces con el producido de la pesca que llevaba a algún puesto del mercado, otras trabajando a jornal en la carga o descarga de vapores y, más frecuentemente, sirviendo por días en la limpieza de alfombras, encerado de suelos y lavado de vidrios en algunas casas de familias antiguas, donde eran muy apreciados sus dotes para ese quehacer y muy conocida su inclinación a empinarse las botellas, si las hallaba a mano.

Pero sobre todas esas ocupaciones estimaba la de encargado de algún comité político, de cualquier color, aunque preferentemente gubernista, porque en estos había siempre más abundancia de recursos y probabilidad de cobrar puntualmente los emolumentos. ¡Lástima que esas boladas se ofrecieran a largos intervalos!

Doña Óptima, su cónyuge, cooperaba al bienestar de la familia, conchabándose, cuando aquel persistía mucho en la molicie, de cocinera suplente en algunas casas conocidas. Vanagloriábase ella de que sus patronas la consideraran y hasta, sentadas en los patios, le dieran el palique que a una visita. Mirábasele allí como un sacaapuros para cuando la cocinera titular las dejaba plantadas y todo el gremio ensordecía al llamado que lanzaban desde el «servicio doméstico» de los diarios locales.

Esa situación especial se la conquistaba, asegurando a las señoras que, para ayudarlas, debía descuidar a su prole y a su compañero de cadena. Y de noche salía de la casa con gordos envoltijos de condumios y golosinas para festín del rancho de la Boca del Tigre, amén de algún traje viejo del patrón para don Dolorcito y algunas ropitas de desecho para los vástagos.

El ejemplar matrimonio laboraba en perfecto ritmo con sus necesidades. Si estas necesidades estaban cubiertas, se entregaban ambos a su ocupación favorita: ella espulgaba prolijamente, en el umbral del rancho, las crenchas de alguno de sus hijos, mientras él, tumbado a la intemperie en la lona del catre, miraba los cambios de formación en el vuelo de los patos o la nube gris que le sugería la idea de un trapo para encerar aquel inmenso piso invertido.

Debemos insistir en que, aun amando la vida muelle, solo cedían a los halagos de la ociosidad si tenían las ollas abastecidas y los descendientes algunas telas con qué cubrir lo indispensable de su desnudez.

En cierta ocasión los pibes contribuyeron con su grano de arena a la bienandanza común. Fue el año anterior, en que pasaron el puente para cazar chingolos en Santo Tomé con trampas de alambre. El padre teñía luego de amarillo a los cautivos y los enajenaba a precios altamente satisfactorios a los tripulantes de los transatlánticos. Y surcando después el océano, los compradores advertían que no era precisamente un canario ordinario.

Ello aconteció al volver un día de los diques con dos dientes menos y la vestimenta más desordenada que del pajarillo encerrado en la jaula. A industria tan lucrativa debió don Dolorcito renunciar definitivamente.

Doña Óptima y don Dolorcito formaban una pareja acorde y en cierta manera feliz; y para suprimir esa restricción a su felicidad, habría sido menester que las demandas del hogar no les impusieran en ningún caso la obligación de hobrear bolsas al uno y de trajinar a la otra en cocinas ajenas.

II

Las aguas del Salado comenzaron a hincharse y arrastrar consigo enormes camalotes con ponzoñosas alimañas del norte. El impetuoso caudal fue rebalsando su cauce hasta invadir las viviendas asentadas en los terrenos adyacentes. Y las alturas se poblaban de volátiles que huían al encontrar sumergidas las islas y anegados sus habituales dormitorios.

En los moradores de los menguados rancheríos de la Boca del Tigre fue cundiendo la alarma. Es verdad que, para alcanzar el río a ese paraje, debía subir de modo extraordinario. Pero esa contingencia correspondía a lo probable. Y, como es natural, no se hablaba allí sino de la creciente y de la resistencia de los puentes ferroviarios a la acción de las aguas. Los pesimistas pronosticaban horrendas catástrofes.

Una madrugada don Dolorcito observó, al abrir los ojos, que las patas del catre estaban en el agua. Chapaleando el barro de la habitación salió a la puerta y pudo comprobar que la Boca del Tigre caía también bajo el azote de la inundación.

—Bueno; hay que mudarse —pensó apresuradamente, mientras despertaba a su mujer y a sus herederos.

Doña Óptima aprobó:

—Sí; debes salir a buscarnos otra guarida, en lugar seguro, mejor si es cerquita de San Francisco, que hasta allí no ha de alcanzar nunca el río, según no alcanzó ni en la inundación grande.

Don Dolorcito rumbeó para la ciudad.

A su regreso, la inundación solo dejaba a la vista, en las zonas más bajas de la Boca del Tigre, los techos de los ranchos y las copas de los árboles. El albergue de los Gaitán, construido en una jorobita del terreno, contenía en su interior una capa líquida de diez centímetros. Ya andaban canoas y carros transportando los miserables enseres de quienes procuraban escapar. Esta vez don Dolorcito hizo el trayecto en canoa, más curioso de los cacharros domésticos de todo uso flotantes en las aguas turbias, que impresionado por el cuadro de devastación ofrecido a sus ojos.

Doña Óptima lo recibió, movediza y rodeada de sus pergenios.

—¿Dónde nos encontraste rancho? —inquirió la mujer.

—¿Dónde?... En ninguna parte. También recorrí los conventillos, y no hay lugar para nosotros.

—¿Y entonces?... ¿Pensarás dejarnos morir aquí, a todos, ahogados, como vizcachas en su cueva?

Al parecer, eso pensaba don Dolorcito, en un trágico renunciamiento a toda idea de salvación, pues sentose y, con el agua a los tobillos, abarcó serenamente con la mirada el desolado paisaje circundante.

A las reclamaciones y prisas de doña Óptima, respondía él con breves frases saturadas de un fatalismo dichoso. No había que afligirse; lo más conveniente para todos era estarse quietos. Tenía la experiencia de la inundación del año cinco. Y doña Óptima, confesándose que su marido siempre supo resolver las dificultades de la familia, algo beneficioso esperaba en medio de la zozobra.

Y cuando ya el agua les pasaba las rodillas vieron venir, bogando afanosamente, varias canoas ocupadas por soldados del Cuerpo de Bomberos, cuyos cascos de hule reflejaban la lumbrarada solar.

La faz de don Dolorcito se animó con una sonrisa.

—¿No decía yo?... No hay que ser zonzos ni precipitarse... Otros se encargarían de sacarnos de la apretura.

Provistos de adecuados materiales de salvataje, los bomberos embarcaron rápidamente a don Dolorcito y los suyos y luego el mobiliario que adornaba su casa. Y minutos más tarde un fastuoso camión oficial conducía a la familia de inundados a un furgón del Central Norte. En el trayecto saludó don Dolorcito con amplios ademanes a algunos conocidos. Los transeúntes de las calles asfaltadas sentían en su corazón un brote de sentimientos piadosos al paso de esos desventurados sin hogar.

III

Y los desventurados sin hogar se advirtieron muy a sus anchas en el furgón, bastante más comfortable, sin duda, que el rancho de la Boca del Tigre. Enriquecieron además el círculo de sus amistades con los alojados en los vagones vecinos, sobre una vía muerta, frente a la avenida Alem.

Doña Óptima previno:

—Che, todo esto está muy lindo; pero recordá que no disponemos de un centavo para parar las ollas. Debés irte por ahí, en seguida, a trabajar y hacerte de unos pesos.

—¡Somos inundados! —replicó don Dolorcito, engallando la cabeza.

Doña Óptima no entendió la salida de su esposo hasta que llegaron unos caballeros de la Comisión Popular pro Inundados, precedidos de unas camionetas con ropas de abrigo y municiones de boca. En el vagón de los Gaitán descargaron abundantes alimentos, mientras don Dolorcito escogía para él y los suyos calcetines, camisetas, tricotas que los defenderían del frío de varios inviernos.

Y comenzó para la familia uno de los períodos de holgura más completos que hubieran conocido. No faltaban en el furgón subsistencias ni géneros para asegurar la bienandanza de los moradores. Los poderes públicos y el alto comercio, sensibles a tanto infortunio, procuraban mostrarse generosos con los pobres inundados. Los periodistas cooperaban a la formación de ese general estado de ánimo, disertando sobre los estragos del flagelo y las obligaciones propias de la solidaridad humana. Don Dolorcito, en rueda con los vecinos, leía, tomando mate y mordiendo galletas, esas elucubraciones que a todos, al lector y a los oyentes, enternecían y convencían de su desgracia y de la necesidad de ser socorridos.

Pero lo que a los cuitados principalmente interesaba eran las noticias y pronósticos relativos a la creciente. Y no costaba sorprender un aire de contrariedad en esas tertulias, si se anunciaba el descenso de las aguas del Alto Paraná y, de consiguiente, la inminencia del mismo fenómeno en Santa Fe.

En esas ocasiones don Dolorcito llevaba un poco de optimismo y calma a los espíritus atribulados, opinando, aunque con un gesto melancólico, que el azote continuaría, pues tras esa creciente excepcional vendría, para agravar la situación, la creciente periódica llamada del pejerrey.

IV

Al abrir la puerta corrediza del furgón y liberarse con un desperezo de la última modorra de la siesta, don Dolorcito afrontó a una comisión de señores que acudían a ofrecer ocupación a los pobres inundados. Los guinches estaban apa-

reajados para llevar a las bodegas de los barcos un cargamento de rollizos, y de la campaña requerían brazos para las faenas de la agricultura.

Don Dolorcito rechazó la invitación con un continente altivo y desdeñoso:

—¡Yo soy inundado!

—Una razón más para que trabaje, ¡qué diablos! —replicó un caballero de facciones semíticas.

Don Dolorcito se encogió de hombros, sin dignarse contestar.

La comisión se marchó después, siendo fácil colegir por las actitudes el fracaso de la gestión. Todos los inundados aducían motivos para no agitarse.

El caballero de las facciones semíticas, disgustado, exclamaba, levantando los brazos:

—Son una manga de holgazanes.

También doña Óptima juzgó oportuno invocar los afanes hogareños para desoír las solicitudes de señoras copetudas, puestas en el terrible trance de hacerse la comida y las camas, pues la inundación provocaba una aguda crisis de domésticas.

Un día se les notificó que las raciones debían buscarlas en el domicilio del presidente de la Comisión Popular.

—Es un abuso —protestó don Dolorcito, obligado ahora a acudir con su mujer y unas canastas en procura de los socorros que antes les llevaban al furgón.

Pero mayor abuso fue el del Central Norte, al disponer que los inundados desocuparan los vagones, necesarios para la movilización de la cosecha.

Todos, con la sola excepción de la familia Gaitán, se trasladaron a los alojamientos habilitados por la Comisión Popular.

—No sea terco, don Dolorcito —le aconsejó un vecino—. Hay también otros lugares aceptables. Mi mujer y yo estamos ahora muy a nuestro gusto y muy independientes.

—¿Dónde?

—En un calabozo de la comisaría 2.a.

—Si se contentan con eso, mejor para ustedes. Yo conozco mi derecho y no me han de sacar así no más del furgón, donde me siento cómodo.

Ese derecho lo conoció don Dolorcito por intermedio del procurador Canudas. El profesional consultó una cochambrosa «colección de leyes usuales» y, señalando con la uña de luto ciertos artículos, le demostró cómo la justicia lo amparaba y cómo el Central Norte debía recurrir a fatigosos trámites y esperar el vencimiento de largos plazos antes de llegar al lanzamiento de los inquilinos del furgón.

Pero la empresa pareció olvidarse de sus huéspedes. El tiempo transcurría y bajo el cinc del furgón continuaban don Dolorcito y los suyos. El espíritu previsor del hombre había acumulado allí, merced a sus infatigables demandas a la Comisión Popular, copiosos bastimentos para la familia.

V

Al despertar una mañana, don Dolorcito observó que su vivienda trepidaba con extraño fragor. Y, entreabriendo la puerta, columbró un paisaje nuevo y mudable. Marchaban por pleno campo y pasaban velozmente los postes indicadores del kilometraje.

El hombre se notó perplejo y agobiado por su responsabilidad. Ni él ni el procurador Canudas barruntaron jamás esa contingencia. ¿Adónde pretendía desterrar la empresa a la desventurada familia de inundados? ¡Innoble represalia contra quienes no hacían más que acogerse a la protección de la ley!

Doña Óptima, despegando los párpados, se sentó en el filo del catre. Y, al enterarse de lo que acontecía, censuró en medio de un bostezo:

—Ya te dije que todo esto nos acarrearía algún trastorno.

Los hijos no participaron de las inquietudes de sus mayores. La novedad de la casa rodante les brindaba una perspectiva fecunda en promesas. Y don Dolorcito debió repartir certeros coscorriones entre su descendencia, para separarla del peligro de caer fuera del vehículo.

Y tras ese día vino otro día, y el furgón, enganchado a un tren de mercancías, cambió de panorama. Ahora las llanuras cedían espacio a las sierras. Cruzaban la provincia de Córdoba, y ese espectáculo de pedregales ásperos, cielos límpidos y ríos someros interesó al pronto y cautivó después a los Gaitán, que jamás se habían alejado más de una legua de su municipio. Finalmente, el coche paró en Cosquín.

El jefe de la estación recorrió la puerta y, sorprendido, interrogó a sus inesperados ocupantes.

—¿Quiénes son ustedes?

—Inundados —informó don Dolorcito.

—¿De dónde vienen?

—De Santa Fe.

El funcionario ferroviario se desconcertaba. ¿Qué hacer? Debía ser uno de esos vagones que, substraídos al contralor de las oficinas de tráfico, suelen andar de un lado a otro por las líneas, para quedar a veces olvidados en alguna vía muerta. Y dio aviso a la Superintendencia.

Ocho días demoraron en llegar las instrucciones: que uniera el furgón perdido al primer tren.

Y un mediodía don Dolorcito, paseando por las inmediaciones, notó con susto que su furgón se marchaba. Debió correr a la máxima velocidad de sus piernas para ser al fin acogido por los brazos redondos y cariñosos de doña Óptima y el júbilo de los vástagos.

Don Dolorcito formuló un cargo contra la deplorable organización de los ser-

vicios de transporte del país; y seguidamente se entregó a la contemplación de los jocundos cuadros que la naturaleza ha extendido a los costados de los rieles, en el trayecto a Capilla del Monte, para recreo de turistas y viajeros de comercio.

En Cruz del Eje otra locomotora se llevó para San Juan al furgón de los inundados, y de allí hacia el lado de Bolivia. De la estación terminal pidieron órdenes y, previa la tramitación del respectivo expediente, el furgón volvió al punto de partida.

VI

Al cabo de dos meses, don Dolorcito y los suyos entraban en la estación de Santa Fe, llenos sus espíritus de las magníficas visiones de la excursión.

Entretanto, las aguas, volviendo a sus cauces, se habían retirado de la Boca del Tigre y cesado los auxilios a las pobres familias castigadas por la catástrofe. Se apoderó de don Dolorcito un desabrimiento que el procurador Canudas supo suavizar con estas consoladoras palabras:

—Ustedes saldrán del furgón, pero el ferrocarril deberá indemnizarles los perjuicios que les irroga la exigencia. Es lo justo.

Y, en efecto, los asesores de la empresa determinaron, para eludir un juicio, allanarse a la demanda, asignando a los inundados una cantidad, de la cual el procurador Canudas adjudicose, naturalmente, la parte del león.

Y los Gaitán, más lucios y pelechados, retornaron a su rancho de la Boca del Tigre, luego de correr, en un espacio de cuatro meses, los tremendos azares propios de la calamidad pública, que tan hondamente había conmovido a los lectores de diarios.

Don Dolorcito y doña Óptima, reintegrados a su existencia ordinaria, añoran aquellos días fantásticos y consideran las probabilidades de alguna otra creciente de los ríos.

DOBLE ARDID

I

La patrona de la pensión golpeó la puerta de Amadeo Belmonte.

—Don Andrés —anunció—, el huésped de la segunda pieza desea hablar con usted, en seguida; y hará usted bien en visitarlo, porque el pobre señor no parece que tenga cuerda larga.

—¿Está enfermo?

—Y de mucho cuidado. Esta misma tarde lo llevan al hospital. Me aflige el contratiempo, porque don Andrés, dígame lo que se diga, es un pagador puntual y de costumbres ejemplares. Pero también me felicito de su marcha, pues no negará usted que los enfermos trastornan y desacreditan las casas de pensión. Hay gentes demasiado aprensivas.

—¿Está usted segura que es a mí a quien llama Andrés Treviño?

—Segurísima. Dijo y repitió el nombre de usted con todas sus sílabas.

—Bien. Voy dentro de unos minutos.

Amadeo se sintió extrañado. ¿Qué podía desear con él ese usurero? No lo acercaba a ese hombre otra relación que la de saludarse, por motivos de vecindad, cuando, al entrar o salir, se tropezaban en el patio. No compartían tampoco de la misma mesa, pues Treviño, de natural huraño, comía en su propia habitación, por lo cual abonaba un suplemento.

Sin embargo, un día, en el zaguán, el cutre lo habló, de buenas a primeras, confidencialmente.

—Cuando usted sufra algún apuro de dinero, no tiene más que hablarme. Estoy dispuesto a servirle.

Amadeo le replicó, sarcástico:

—¿Con el diez por ciento mensual?

Andrés Treviño denegó:

—Le aseguro que no discutiríamos jamás el tipo de interés.

Sin declinar su tono ni su intención agresiva, rechazó:

—Le agradezco los buenos oficios. No necesito ahora de sus socorros.

No obstante esta aspereza el prestamista lo siguió saludando con su cortesía habitual.

Y Amadeo estimó que había procedido groseramente, en parte impresionado por los comentarios mortificantes que de las rarezas y negocios turbios de Treviño hacían frecuentemente los pensionistas de la casa.

Después de todo, poco podía importarle a Amadeo que ese huésped simpatizara o no con él. Siempre profesó una invencible aversión a los usureros, con quienes jamás cultivó trato alguno. Su espíritu ordenado y previsor y su trabajo en una casa exportadora de cereales lo alejaron de las garras de esas aves de presa.

II

Mordido por la curiosidad y, en el fondo, con una inexplicable inquietud, Amadeo entró a la pieza de Treviño.

En el borde de la sábana asomaba la faz terrosa del enfermo.

Amadeo lo miró y pensó:

—Realmente, debe estar muy grave.

Los ojos febriles de Treviño se animaron.

—Le sorprenderá a usted mi llamado y le agradezco que haya venido. Quiero decirle unas cuantas palabras y demandarle un inmenso favor. Le ruego que me escuche.

Amadeo ocupó una silla, excitada su curiosidad por la naturaleza del favor que iban a pedirle. Desde luego, debía desechar todo temor de un pechazo. A pesar de su mezquino modo de vivir, Treviño gozaba fama de acaudalado. La usura dirigida por un hombre cauteloso y de corazón duro —cualidades atribuidas a él— enriquece rápidamente.

Y el enfermo prosiguió con voz firme, a momentos retardada para concederse un descanso:

—La gente me cree un hombre muy rico, y todos están equivocados. En veinte años de ejercer el vituperado oficio de usurero, no he reunido más de sesenta mil pesos, puestos en mi cuenta corriente del Banco de Galicia. Otros han ganado más con mi trabajo, sin dañar su reputación. Esos otros son respetables caballeros de la ciudad —profesionales, hacendados, magistrados, sacerdotes— que me facilitaban reservadamente sus capitales para prestarlos en las condiciones más leoninas. Mis operaciones ya las he suspendido y liquidado. Procedí así al observar los primeros síntomas del cáncer que me devora las entrañas y que pronto, si no hoy mismo, dará con mi cuerpo en la sepultura.

Amadeo creyó piadoso hacer un gesto de incredulidad.

Y Treviño, sin reparar en ese gesto, continuó:

—No suponga usted, como ha de suponer el vulgo, que yo atesoraba el cau-

dal por simple avaricia o siquiera por egoísmo. No. Ese dinero lo destinaba para mi mujer que vive en España y a quien no veo desde que me embarqué rumbo a América, con otros inmigrantes. Yo no podía regresar. Dejé una cuenta pendiente con la Justicia. Maté a un hombre... Y yo no deseaba que ella viniera hasta no asegurarle en Rosario una vida decorosa. Años después le escribí que viniera, mandándole, con mi remesa periódica, el importe de un pasaje. Me contestó que el proyecto era irrealizable: los médicos le descubrieron una dolencia a la aorta y pronosticaron que la travesía le sería fatal. Me resigné y le rogué que no intentara nunca embarcarse con esa amenaza. Hace cuatro años le pregunté si, presentándome yo en el pueblo, después de tanto tiempo transcurrido, la autoridad se acordaría de mi delito. Me expidió un cablegrama: «No vengas». Y en carta me dijo que apenas pisara mi país me prenderían y mandarían a presidio. ¡La justicia española es implacable! Y yo, señor, amo con toda el alma a mi mujer, sin que la dilatada ausencia haya debilitado ese amor. Ella, a su vez, estoy cierto, corresponde cabalmente a mi cariño. Algunos años después de la separación, ella, para poder comunicarse conmigo, aprendió a escribir. Y desde entonces nos escribimos continuamente. Yo no dejo de enviarle, cada tres meses, una cantidad proporcionada a mis ganancias, aparte de remesas más considerables para que se edificara una casa. Con ese dinero, que allá equivale a una fortuna, mi mujer, que la dejé una pobre aldeana, será al presente una verdadera señora. Y eso me consuela.

Treviño calló un momento, y su confidente, aumentada la expectativa, se preguntaba:

—¿En qué parará esta historia?

Con una mano trémula y descarnada, el usurero se llevó a los labios un vaso de agua, prosiguiendo:

—Estoy condenado a morir en plazo perentorio, y créame que la muerte, por sí misma, apenas si me sobrecoge con el miedo material al sepulcro. Lo que, sí, me espanta, es la idea de que mi mujer, viuda y adinerada, encuentre con quien casarse. Mi capital, traducido en pesetas, es para los campesinos de mi país un dote codiciable. Y yo no quiero que la esposa que fue mía sea de nadie más. La probabilidad de que ella caiga en otros brazos cuando se sepa libre de mí me punza y me atormenta más que este cáncer. Y he pensado en el modo de destruir esa probabilidad, y es usted, señor Belmonte, quien va a ayudarme.

—¿Yo?... ¿Cómo?

—Confío en su lealtad y en su honradez. Me explico su asombro; nada nos vincula y yo le inspiro a usted el mayor desprecio.

—Señor Treviño... —protestó Amadeo, desconcertado por esas palabras.

—Esa es la verdad, y no me ofende. Todos me desprecian, hasta los mismos caballeros que me entregan sus ahorros para engordarlos con la usura... Lo he elegido a usted, porque de todas las personas de mi conocimiento es la que me

infunde mayor confianza. Usted no me traicionará... No tengo ni he buscado referencias suyas; mi convicción viene de la experiencia que para ver las almas a través de los rostros me ha proporcionado mi miserable trabajo de usurero... El favor que yo, un moribundo, le implora, es el siguiente. Usted continuará mi correspondencia con mi esposa. Ella ignorará mi muerte y el cambio de figura. Desde hace un año utilizo una máquina de escribir; y usted, para no incurrir en errores, podrá enterarse de las cartas que guardo de Micaela —ese es su nombre— y de las cartas mías, copiadas en carbónico. Además, usted le girará trimestralmente la renta de los sesenta mil pesos. Transferiré esa suma de mi cuenta a su cuenta, y ordenaré a la patrona de la pensión que las cartas dirigidas a mí se las entregue siempre a usted.

Aun cuando la apreciación de sus cualidades morales provenía de un sujeto de la calaña de Treviño, no dejó Amadeo de advertirse complacido. En verdad, se juzgaba un hombre fundamentalmente honrado. Y ya tampoco le pareció el usurero el mal individuo que presumía. Aquel amor que cultivaba y aquella finalidad de su dinero desafeaban su conducta.

Amadeo habría preferido que el prestamista escogiera otra persona para esa inusitada y grave comisión; pero no creyó tampoco plausible, ya que a él recurría, negarle su ayuda.

Y aceptó.

Cuatro días después Treviño descansaba en el cementerio.

III

La patrona de la pensión entregó a Amadeo, cumpliendo las instrucciones del difunto, un sobre con el matasellos de Vigo. Micaela acusaba recibo de la última remesa de fondos.

Amadeo revisó el paquete de correspondencia que Treviño le entregó a punto de morir. No era ese un modelo de epistolario sentimental. El pobre usurero amaba fervorosamente a su mujer; mas carecía de capacidad o de temperamento para traslucir ese amor en sus escritos. Las cartas del matrimonio mostraban un estilo descolorido y seco.

Se propuso Amadeo imitar esas formas de expresión; y las misivas fueron y vinieron. Y cada trimestre despachaba un giro.

Un día se le ocurrió confrontar las cartas actuales con las anteriores; y pudo observar que esas cartas —las de ella y las de él— habían cambiado insensiblemente de tono. Asomaba ahora en esos pliegos un calor cordial y florecía en algunos la sonrisa, que estuvo siempre desterrada de esas piezas postales.

Amadeo se dijo:

—Al último, va a resultarme divertido este carteo.

Y, ya deliberadamente, dejó caer de su pluma insinuaciones afectuosas, con puntos de amable ironía.

Las respuestas no demoraron más tiempo del que toma el vapor para cruzar dos veces el océano; y ellas sorprendieron a Amadeo por la vivacidad de su espíritu y el modo como comprendía la destinataria los matices de sus intenciones.

Opinó que la vieja aldeana era más inteligente y culta de lo sospechado por él y aun de lo que en vida sospechó su marido.

Las cartas de Micaela llegaron a cobrar ternura y emoción; y alguna vez denunció la tristeza de los seres substancialmente inquietos y soñadores a quienes la vida aprisiona en un horizonte estrecho.

Una de esas epístolas describió, con ingenuidad y sentimiento nostálgico, el paisaje pueblerino abierto a sus ojos. Debí confesarse él que nunca había encontrado un cuadro tan expresivo ni tan sincero en las composiciones que los cuentistas profesionales venden a las revistas.

Descubría así un alma lírica y sentimental en la aldeana cincuentona que era Micaela de Treviño. Y esa alma había permanecido necesariamente inédita para el usurero. Las cartas pedestres y enjutas del marido no podían obrar el milagro que las redactadas por su reemplazante, un hombre joven, optimista y lector de novelas pasionales.

«¡Cómo has cambiado, Andrés! —escribía ella—. Creyérase que ha entrado en ti una onda de felicidad nueva. Ahora, al callar los menesteres de tus negocios, imagino que tus negocios prosperan más y que de ahí fluye también ese mayor contento que trascienden tus palabras. Escribiéndonos así, no debemos lamentar tanto la ausencia. Nuestros espíritus están juntos, como asomados a la misma ventana».

La creciente intimidad de estos mensajes sobresaltó, de súbito, a Amadeo. Acaso fuera reprehensible engañar y exaltar a la mujer soterrada en una aldea de Galicia. En cierto modo se había apartado él de las instrucciones del usurero. Debí ajustar las cartas al estilo de Treviño.

IV

Aquel año, pródigo para los cerealistas rosarinos, Amadeo decidió un viaje a Europa. Visitó las capitales preferidas por quienes se otorgan ese placer, y, de retorno, fue a embarcarse a Vigo, de donde el trasatlántico que debía devolverlo a la patria zarparía al día siguiente.

Entonces pensó: ¿por qué no visitar a Micaela de Treviño, con quién se cartaba desde hacía dos años?

Un automóvil, luego de tres cuartos de hora de carretera, lo puso delante de una casa blanca, de tejas rojas y balcón voladizo, cuajado de flores. Esa

morada alegre, poética, acogedora se había edificado con los negocios vergonzantes de un usurero en la Argentina.

—Deseo hablar a la dueña de casa —comunicó el viajero a la sierva basta y gordinflona que vino al golpe del aldabón.

—¿Cómo lo anuncio a mi ama, señor?

—Anticípele no más que vengo de América.

—Pase usted, pase usted —invitó entonces, animada, la moza.

Amadeo fue introducido a una salita. Y mientras se alejaba la criada escalera arriba, divisó en el testero un retrato ampliado de Andrés Treviño, junto al de Micaela, una mujer de cabellos atirantados, facciones toscas y pergenio aldeano, cuyo exterior no delataba la delicadeza de sus sentimientos.

El techo denunciaba un vaivén de pasos. Seguramente la viuda del usurero se acicalaba para impresionar al presunto amigo de su marido.

Por fin, la puerta se abrió; y en lugar de la cincuentona, endurecida por la brega, que esperaba, se mostró una muchacha de ojos y pelo retintos, de boca menuda, vestida a la moda de la ciudad.

—¿Con quién tengo el gusto? —interrogó, allegándose al caballero.

—Amadeo Belmonte, señorita.

—Yo me llamo Luz Barreiro; y usted dirá...

Se sentaron.

—Yo, señorita, vengo de la Argentina y tengo encargo de visitar a doña Micaela de Treviño. Mañana regreso a mi país.

Sobrevino un silencio, y Luz Barreiro, que pareció súbitamente turbada, se puso de pie.

—Usted disculpará. Lo está molestando este resplandor que entra de fuera.

—Absolutamente, señorita.

Pero ya ella, de espalda, movía los cortinones. Y rematada su tarea, un tanto minuciosa, volvió a su asiento. El recinto se anegó ahora en penumbras.

—Como le decía —reiteró Amadeo, visto que aún callaba la muchacha— he venido para saludar a la señora Micaela de Treviño, de parte de su esposo.

—Pues verá usted —manifestó Luz Barreiro, esfumadas ahora sus facciones en la suave obscuridad reinante—, doña Micaela marchó la semana pasada a Asturias. No ha de regresar antes de quince días. Es un viaje que emprende con frecuencia, para tomar unas aguas convenientes a su salud.

—Lo siento, señorita. Me habría agradado poder llevar noticias de ella.

—También doña Micaela lo deplorará —musitó.

—No preví esta ausencia de la señora. En sus cartas suele decir, con un toque de melancolía, que jamás pasa los lindes del pueblo.

—¡Ah, señor! ¿Usted lee las cartas de ella?

Amadeo vaciló, y repuso:

—Sí. El señor Treviño es un amigo que no guarda secretos para mí. Me suele

dar a leer las cartas de la señora. Y le aseguro que el encanto de ellas me hizo más agradable esta misión.

—Pues su visita no la ha anunciado el señor Treviño. Quiso tal vez procurarnos una sorpresa.

—¿También lee usted las cartas de él?

—Sí; las leo; y confieso que cada carta que llega de América es un regalo para mí. ¡Qué bien escribe el señor Treviño! Yo no sé qué virtud la suya, que aun refiriéndose a asuntos pueriles, suelen comunicarme una angustia, unos deseos de llorar... Y eso que oculta él muy diestramente la morriña que en la inmigración padecen todos los hijos de Galicia. Pero he barruntado que algo que calla ha acontecido en la vida de don Andrés. Algún gran dolor o alguna gran alegría. Sin una conmoción muy fuerte no me explico bien su distinto modo de decir y de sentir. De dos años a esta parte no parece la misma persona.

Amadeo, mirándola fijamente a los ojos que relucían en la sombra, le testimonió, con la comezón de la mentira, que ningún hecho sobresaliente había acaecido en la existencia vulgar de aquel hombre.

Siguieron dialogando. ¡Qué muchacha inteligente, graciosa y cordial esa Luz Barreiro! Amadeo la escuchaba con acrecentado placer. Pero ¿quién era esa Luz Barreiro que ocupaba tanto lugar en esa casa y en las intimidades de la Treviño?

Ella, entregados a las confidencias, se lo dijo. Luz Barreiro, huérfana de una amiga de doña Micaela, había sido adoptada por esta, desde muy pequeña, y juntas vivían.

Luego se asomaron al balcón. Amadeo observó que ese paisaje no era nuevo para él. Aquel camino, aquella vena de agua, aquella ermita abrigada por un pinar ya se los habían ofrecido las cartas de Micaela.

Avanzaba la tarde. Amadeo, que se propuso hacer una visita de pocos minutos, ya llevaba tres horas allí. El tiempo se le había devanado insensiblemente.

Era necesario marcharse. ¿Por qué acusaba la muchacha, al despedirse, una emoción tan viva? ¿Por qué su pecho anhelaba y por qué parecían sus ojos anunciar la vecindad de las lágrimas?

El automóvil partió. Amadeo volvió luego la cabeza. La casa enlucida de los Treviño brillaba con el crepúsculo; y en el balcón voladizo perfilábase la figura de Luz Barreiro. Él la saludó; ella agitó una mano en el aire.

Y una torcedura de la carretera borró para siempre ese cuadro de las pupilas del argentino.

V

Amadeo pensaba, mientras el auto corría.

—¡Galleguita encantadora! Creo que me ha enamorado... Hay en su persona un prestigio misterioso y, a través de sus risas, una inquietud remota. Varias veces creí que fuera a decirme algo que luego callaba. Y es extraño que las cartas de Micaela jamás aludan a esa joven que comparte su vida y ha de tener en su corazón un sitio preferente. Y, evidentemente, ella oficia de secretaria. Ahora veo claro cómo puede poner en sus cartas tan delicada ternura aquella vieja campesina.

Las meditaciones del viajero se cortaron. El coche había parado y el chofer revisaba la máquina. Un desperfecto del motor los obligaría a perder acaso media hora.

El percance no contrariaba a Amadeo. Igual le daba arribar a Vigo a cualquier momento de esa noche.

De la casucha cercana a la carretera salió un bulto que se allegó al automóvil. Era un hombre añoso, fajado, de montera y alpargatas, con una garrota en la diestra; verdadera estampa regional.

Y como la estampa regional comprobaba que no eran en la ocasión aprovechables sus auxilios, quiso paliquear con el viajero.

—¿Viene el caballero de tierras muy distantes? —indagó, haciendo brincar un cabo de cigarrillo en la comisura de la boca.

—No. Desde la aldea.

—¿Alguna visita, seguramente?

—Sí. A doña Micaela de Treviño.

—¿Micaela de Treviño?... A esa señora la visitará usted en el camposanto; va para ocho años cabales que el Señor la llamó. ¿No lo sabía usted?

Amadeo no quiso descubrir su asombro ante tan inesperada revelación, y repuso:

—Sí, sí, lo sabía.

Y, descendiendo del coche, se apareó al lugareño.

No necesitó esforzarse para que el hombre, locuaz, de suyo, discurriera sobre el tema que ardientemente le interesaba.

—Pues le diré a usted...

Estaba el palurdo bien enterado, y su relato lo oyó Amadeo, afanado y atónito.

Poco tiempo después de huir Treviño de la aldea, a raíz del navajazo que dio a un arriero, doña Micaela adoptó a Luz Barreiro —Luceciña, la llamaba el hombre—. La niña se educó, con el dinero que venía de América, en un colegio de Cádiz. Ya espigadita volvió junto a doña Micaela a quien cuidó y amó con esmero de hija. Y cuando doña Micaela se sintió morir, pidió a Luz que no dejara saber a

Andrés Treviño su viudedad. De esa suerte el inmigrante no se casaría y, con sus remesas de dinero, no quedaría tampoco la rapaza en el desamparo.

Puso Amadeo unas monedas en la mano del lugareño, y subió al auto, ya trepidante.

—Volvamos a la aldea —dijo al chofer.

El chofer inició la maniobra; pero antes de cumplida recibió contraorden:

—No, no; sigamos a Vigo, a toda velocidad.

¿Para qué volver? ¿Para qué descubrirle a Luz Barreiro esa verdad innecesaria?

Comprendía ahora las actitudes de la muchacha, su turbación, su azoramiento, sus ansias de confesarse.

No, no. Amadeo resolvía ignorar la parte de verdad que acababa de revelársele. Proseguiría siempre la correspondencia sentimental de Micaela y Andrés, los dos gallegos que mucho se quisieron y que en la hora suprema maquinaron, celosos, el mismo ardid.

Pero no era fácil que Amadeo olvidara a Luz, a Luceciña Barreiro. Y si alguna vez, en Rosario, pensara en casarse...

LA CASA SOLARIEGA

I

—¡Era una figura consular! —deploraban los hombres.

—¡Ha muerto como un santo! —plañían las mujeres.

Don Audelino Artigas dormía el sueño definitivo, de rostro a la fastuosa lucerna en cuyos prismas se destrozaba el resplandor de los cirios y bajo la inmóvil mirada de carbón de misia Matilde, misia Loreta, misia Nicasia, don Clorindo, don Zoilo, don Carmelo, colgados de la pared, entre marcos de felpa.

Había sucumbido don Audelino a raíz de un atracón en uno de los gastronómicos paseos a la isla, que tanto amaba. Frisaba en los setenta y cinco años y jamás concedió importancia a la ciencia médica. Vanagloriábase de su «naturaleza de hierro», y el día que enfermó fue para acudir prestamente a hacer compañía a sus espectables antepasados.

La infausta noticia se esparció por la ciudad, y pronto afluyó a la casa solariega un público impaciente por consolar a las hijas y yernos de don Audelino. Las damas invadían la cámara mortuoria y las habitaciones; y los caballeros rumoreaban en el espacioso patio, bajo toldo, frotándose las manos por el frío reinante. Unas chinitas servían pocillos de café y copitas de licor dulce.

Mientras las mujeres rezaban el rosario, los hombres charlaban, sentados entre las tinas de las plantas; un gracioso lucía su repertorio de cuentecillos verdes, y algunos recordaban los méritos y aun las debilidades del finado.

Don Audelino fue un hombre caritativo. Pronto lo echarían de menos el pobrerío de los contornos; «Los Negros Santafecinos», tradicional comparsa del barrio Sur; y los dominicos y los franciscanos, que frecuentemente recibían de la casa solariega de los Artigas unas bien provistas fuentes de carbonadas, chatascas y otros vigorosos condumios regionales. Cada dos o tres años iba don Audelino a Buenos Aires y regresaba con los baúles atestados de chucherías para sus convecinos. Cuantas cosas juzgaba en los remates una pichincha o el martillero recomendaba con elocuencia las adquiriría, sin reparar en la inmediata utilidad de la compra.

Así se le adjudicó cierta vez, en la subasta de un comercio de pompas fúnebres, un ataúd presidencial, que se lo expidieron a Santa Fe y que destinó para el azúcar, la yerba y los trebejos de cebar mate. Ahora el propio cuerpo de don Audelino yacía en esa caja.

También, y en voz tenue, se calculaba el patrimonio del difunto: innumerables casitas y terrenos baldíos dentro del municipio, y varias estancias, algunas de vastas extensiones, con millares y más millares de vaquitas guampudas. Y esos inventariadores hacían discretamente alguna alusión jovial, tal vez no exenta de un grano de envidia, a los yernos de don Audelino. En cuanto a los yernos, que allí estaban desde que su suegro entró en agonía, no dejaban de intuir esos comentarios e insinuaciones malignas. La situación les aconsejaba prevenirse y vigilar sus actitudes: ni muy compungidos para no pasar por farfantes, ni muy indiferentes para no pasar por cínicos.

La partición testamentaria suscitaba entre los veladores expectativa y conjeturas. ¿A qué abogado se encargaría del sucesorio? Probablemente al tuerto Tavares, que allí estaba, en un taburete, enlazadas las manos en el pomo del bastón de verga y saboreando una tagarnina apestosa. Don Audelino celebraba mucho la chispa y el insaciable apetito de ese amigo, «un hombre preparado», muy experto para asar dorados y mandubeyes y cuya compañía se procuraba siempre en las excursiones a las islas. Si el finado hubiera tenido la previsión de escribir sus voluntades, es seguro que habría encargado al doctor Tavares la partición testamentaria. Pero ¡vaya a saberse lo que determinarían los herederos! Uno de ellos contaba por sobrino a un abogadito de jaquet, recibido el año anterior, y que, según testimonio de la familia, fue felicitado por la mesa examinadora. Ese abogadito rezaba el rosario mezclado al mujerieo en la capilla ardiente.

De pronto, la curiosidad de los visitantes se avivó: los yernos de don Audelino, unos tras otros, misteriosamente, entraban y se encerraban en una piecita. Era claro que iban a deliberar. Pero iban a deliberar de asunto de menos trascendencia que el alusivo a la distribución del caudal hereditario. Debían resolver lo pertinente a la conducción del cadáver. Unos querían exequias humildes y baratas, de acuerdo a los hábitos del extinto, tan desafecto a la bambolla. Pero se observó que el mundo interpretaría esa sobriedad torcidamente, acusando de tacañería a los deudos. Era menester aparejar un tren fúnebre con muchos frisones y muchos palafreneros. Discutióse también si los franciscanos o los dominicos officiarían los servicios religiosos. Ya las dos Órdenes habían destacado a la casa del duelo al Padre Guardián y al Padre Prior. Debía optarse por unos o por otros. Defirieron el delicado asunto a dictamen de las mujeres. Todas las opiniones coincidieron en otro punto: el ataúd se depositaría provisionalmente en un nicho y del acervo común se reservaría una cantidad importante para la construcción de un suntuoso mausoleo, que algún célebre escultor italiano coronaría con la efigie de don Audelino Artigas, en una postura estatuaria y cómoda.

El sepelio ofreció un espectáculo impresionante. La funeraria había movilizado todo su más lujoso aparato. Los dominicos vieron, mohínos y atisbantes desde las azoteas del convento, pasar el ataúd para la iglesia de los franciscanos, donde se celebró la misa de cuerpo presente. Las banderas flameaban a media asta y tras la carroza caminaba una escuadra del Piquete de Guardianes de Cárceles. Don Audelino había representado, durante tres períodos, en las épocas del «régimen», al departamento Constitución en la Legislatura local.

En el vestíbulo del cementerio los oradores enumeraron con frases selectas las virtudes republicanas de tan ilustre santafecino, sin olvidar tampoco todo lo que le debía el progreso de las industrias agropecuarias del norte de la provincia.

El féretro fue remontado a la más elevada fila de los nichos. Castro del Rey — comerciante español casado con la mayor de las Artigas— escribió con un palito el nombre de su suegro sobre la mezcla del revoque, y los herederos abandonaron, cabizbajos, el sagrado recinto.

II

Hasta altas horas de la noche, brillaban las arañas en el caserón de los Artigas y los faroles de unos placeros al canto de la acera. Las hijas y los hijos políticos de don Audelino estaban reunidos en conclave. ¡Qué familia tan unida y tan solidaria! La ofensa o siquiera el desaire inferido a uno de la casa lo recogían todos como asunto propio. Daban ciertamente un ejemplo edificante a las gentes descastadas de la ciudad, poco celosas de la dignidad del apellido y en cuyos espíritus no resonaba jamás la voz de la sangre.

El primer punto que los herederos se plantearon fue la adjudicación de la vetusta casa donde habían nacido, procreado y muerto tantas generaciones de Artigas y donde había transcurrido la infancia y concertado sus noviazgos las niñas de don Audelino. Unánimemente se estimó que la morada debía seguir en poder de algún descendiente. Pero ningún heredero aceptaba en su hijuela un inmueble demasiado grande para habitarlo una familia corta y, de añadidura, difícil para sacarle una renta proporcionada a su valor. El ideal sería donarlo, por ejemplo, al Gobierno de la provincia a fin de instalar un Museo Histórico. La finca ostentaba título habilitante para tal honor. A esa huerta solía ir el brigadier general Estanislao López a matear con don Clorindo Artigas, el año 1833, a la sombra de un granado que todavía arraigaba allí; en sus habitaciones se alojaron la madre y la prometida del general Paz, cautivo en la Aduana Vieja; entre sus muros pernoctó el gobernador Domingo Cullen en la víspera de huir de Santa Fe, camino del suplicio; y en su patio pelaban y comían naranjas, ajustando al mismo tiempo sus planes de labor, un grupo de convencionales del 53. Uno de los herederos, opositor recalcitrante, impugnó la idea: el Gobierno no le merecía confianza. Decidiose

entonces conservar indivisa la propiedad. Se alquilaría para alguna institución pía o para vivienda de alguna familia honorable y su renta se distribuiría en porciones iguales. También se determinó que todos aportarían fondos para el mausoleo de don Audelino, el más descollante de cuantos embellecerían el cementerio de la Piedad.

—Un panteón digno de papá —pidieron las muchachas.

Los vecinos espían la casa y, curiosos, las idas y venidas de los herederos.

—¡Están contando la plata! —murmuraban, chistosos y ávidos, cuando los herederos se reunían.

Y muchos ojos espejeaban a través de los visillos de las ventanas, observando a las Artigas que salían de la casa paterna con sendos envoltorios: un arca de ébano, un velón de tres brazos, una silleta incrustada de nácar y, en suma, objetos diversos y antiguos que adornaron la casa de sus mayores y que se adjudicaban por el cómodo y azaroso sistema del sorteo.

—¿A quién le tocará la casa? —se preguntaban las gentes del barrio, con excitación.

Una familia —reflexionaban todos— tan acorde y bien educada sabrá arreglar sus cosas rápida y equitativamente, sin mucho medro para abogados y procuradores.

Y una noche, las viejas Juárez, que venían de un novenario, se pusieron de espaldas contra la pared, estupefactas con lo que sus ojos veían: uno de los herederos zamarreaba de la solapa a Castro del Rey.

—Te voy a fajar una pateadura, gallego sinvergüenza.

—¡Asesino! —gritaba, en defensa de su marido, la consorte del peninsular.

—¡Sois unos bribones! —chillaba el agredido.

En el zaguán, las hijas de don Audelino, asistidas por sus esposos, se denostaban recíprocamente, con ademanes descompuestos:

—¡Manga de salteadores!

—¡Caínes!

—¡Que se gasten la herencia en botica!

—¡Masones!

—¡Papá las maldice desde el cielo!

—¡Vos lo dirás, hipocritona!

Las Juárez se alejaron, haciéndose cruces. En vez de marcharse a dormir, como aconsejaba la hora y sus costumbres, fueron, aspaventeras, a relatar y comentar con unas amigas el asombroso cuadro. En todo el barrio Sur no hubo por muchos días conversación que no atañera al suceso. Algunos padres de familia se consolaban de su pobreza, pues así sería más probable que, finados ellos, imperara la paz entre los suyos. ¡Si esas peloterías ocurrían entre una gente que fue modelo de discreción y de amor fraternal!...

Ahora en la casa de los Artigas se citaban el doctor Tavares, el abogadito

de jaquet y otros representantes legales para discutir la división de los bienes. Las negociaciones fueron accidentadas y laboriosas. Al abogado de jaquet lo despidió su mandatario a pesar de aquellas felicitaciones de la mesa examinadora. En opinión de su tío, el mañoso tuerto Tavares lo «gateaba». El cachorro de rábula, colérico, demandó a su pariente por los honorarios. Cada heredero recibió, por fin, su hijuela, y todos se creyeron despojados.

—El gallego Castro del Rey —protestaban— se ha llevado la parte del león. ¡Siempre salimos perdiendo los hijos del país!

—Al «bohémio» le han dado el mejor campo del norte. ¿Para qué lo querrá? ¡Es una injusticia que clama!

Manucho Pérez, casado con la segunda de las Artigas, se había reputado de bohemio por su desamor a los quitamanchas y su amor a los bolichines de los contornos de San Francisco.

En la casa solariega de la calle General López se colgó un cartel: «Se alquila». Algunos herederos, para alejarse de los ingratos parientes que en la hora del reparto mostraron la hilacha y para otorgarse un poco de distracción después del brusco golpe recibido con la pérdida del jefe de la familia, se embarcaron en la dársena de Buenos Aires. De vez en cuando sus relaciones recibían tarjetas postales con vistas de paisajes y monumentos de pueblos no siempre fáciles de pronunciar.

III

Varias propuestas para alquilar la morada se desecharon. No era decoroso que bajo el mismo techo que abrigó a nobles varones y virtuosas damas se instalara ahora un conventillo, un taller de planchado o una manufactura de embutidos. Y como no se formularan nuevas propuestas, el solar de los Artigas continuaba vacío, con el susodicho cartel junto al pesado aldabón.

En verdad, ya los caserones antiguos, de dilatados patios, llenos de tradición y de cucarachas, pasaban de moda. Esas mansiones, para conservarlas limpias, requerían una servidumbre sufrida y cuantiosa. Al presente, el gremio de mucamas era escaso y exigente, como en todas las ciudades que adelantan. Así las familias iban advirtiendo que resultaban más cómodos y confortables los edificios de departamentos, con ascensores, calefacción e incineradores de basuras que en los barrios del Norte levantaban los gringos ricos.

Y corrieron meses que formaron años, los viajeros retornaron a Santa Fe y la casa solariega seguía desocupada. Sobrevino la crisis y el apremio de los acaudalados.

Fue entonces cuando un tipo desconocido, de cara recia, pechera enjorada y apellido terminado en «vich» detuvo el automóvil frente al solar de los Artigas,

espió por los barrotes de la ventana y en el almacén más cercano averiguó las señas de los herederos.

El forastero se entrevistó con Castro del Rey.

—Deseo alquilar la casa de ustedes de la calle General López. ¿Cuáles son las condiciones?

—Quinientos pesos al mes, y a cargo del inquilino los impuestos.

—Bien. Yo les pagaré setecientos, con un contrato a cinco años, garantías a satisfacción, y a beneficio de ustedes las importantes mejoras que introduciré en la finca.

Deslumbrado por la oferta, Castro del Rey inquirió:

—¿Es para vivir usted, caballero?

—No; para un establecimiento de diversiones. El español se rascó el cráneo, consultó a su mujer y respondió:

—Tenemos nuestros escrúpulos ¿sabe usted?... Pero no deseamos servir de estorbo. Nosotros aceptamos lo que determinen los coherederos. Visítelos en seguida, y no olvide usted de recalcar el punto de los setecientos pesos.

Y como todos los herederos le dieran la misma respuesta, el hombre hizo extender el contrato, y las Artigas acudieron por turno a la escribanía, con sus esposos, a firmar el acta y componer algunos gestos de desagrado. ¡A lo que obligaba la codicia de los demás! Porque unos a otros se culpaban de esa profanación que se cometía con el hogar paterno.

Y al comenzar la temporada de invierno, en el frontispicio de la mansión parpadeaba un enorme letrero luminoso: «Cabaret de la Media Luna». En el umbral se apostaba un gigante trajeado al uso de Turquía. Y la sosegada calle del barrio Sur se anegaba de resplandores y de bullicio, atraía una muchedumbre de jóvenes presuntamente alegres e, inclusive, de señores maduros, y además tanto escándalo suscitaba el enojo de respetables matronas de la vecindad. Y aquellas vigas y aquellas seculares paredes de una vara de espesor, que solo habían visto hasta entonces el calmoso fluir de la existencia patriarcal y ejemplar de numerosas generaciones de Artigas, veían ahora el abigarramiento y el disloque de un cabaret moderno con jazz-band y bataclanas de ropas sintéticas.

Si los yernos de don Audelino escapaban a veces de sus hogares para descorchar una botella de champaña en la casa solariega —manadero de evocaciones familiares— cumplían también en ciertos aniversarios el deber piadoso de acompañar a sus esposas al cementerio con unas brazadas de flores de la estación. Allí debían estirar el pescuezo para leer, en la cumbre de la nichada, el nombre venerable que un día escribió Castro del Rey, con un palito, sobre el revoque. Ya era indiscutible que don Audelino se quedaba sin mausoleo.

BAR DE MARINEROS

I

Clarence Payne, de la dotación del *White Crest*, barco de matrícula británica, escruta desde la calle y tras los cristales turbios de las puertas, los interiores iluminados de los cafetines.

Al frente se dilata un descampado tenebroso. Más allá clarea el cinc de los galpones de la Aduana y, en lo alto, se inmovilizan las linternas prendidas a los masteleros de los navíos.

La figura de Clarence Payne asume perfiles grotescos y mudables con las ráfagas de viento que inflan los faldones de su overcoat, comprado en Sidney al finalizar la última guerra.

Frente a cada cafetín parece vacilar, y al cabo sigue andando. Muy bien puede creerlo, el policía que, embozado, pasa, lento, en su cabalgadura, uno de los tantos marineros ebrios pululantes por los contornos.

Pero Clarence Payne no ha bebido en todo el día más de tres tragos de ron, brindados por la cantimplora del contramaestre, cuando el guinche remontó el último fardo del yute que trajeron de Calcuta.

Mira ahora, al resplandor de tres bombillas blancas, un letrero:

LIVERPOOL, BAR FOR SEAMEN

Avanza entonces decididamente al cafetín y ocupa una mesa. Antes se despoja del overcoat y, apelotonado, lo pone a su alcance, en una silla.

Clarence Payne es un hombre de edad poco definible —tal vez treinta años, tal vez cuarenta— el pelo de vetas rojizas y la tez curtida por los aires y soles del mar.

Predominan allí las gentes de a bordo y de las más diversas latitudes.

Unas criollas de fachas abominables mariposean por el salón, agasajando a los bebedores, mientras el piano eléctrico vierte su música destemplada y frenética.

Reluce la botellería en el estante; y tras el mostrador de estaño se balancea el bulto de una mujer en el trasiego de la expedición.

Clarence Payne oculta la frente bajo el hule de su visera, y pide un whisky con soda.

Una criolla lo trae, se sienta ante él y le planta una mano sobre el brazo. Él la rehúsa con el sacudón del potro que se desembaraza del jinete. Acostumbrada a esos estilos, la fémica repite sus carantoñas. Pero cuando el hombre bate el puño en la tabla, se aleja con despecho. Va a hacerle compañía a un sujeto bruno, rugoso, de ojos ahuevados, que agarra su bock con la negra diestra desposeída de dos dedos. El sujeto, nauta portugués, sonrío a los dientes rotos de la daifa, y sus pupilas cobran nuevo fulgor.

Clarence Payne clava los codos sobre la mesa y, cercando con las manos enlazadas la copa de whisky, parece soñar.

Al término, tal vez, de una hora, contempla el lugar como recién llegado. Las bombillas pendientes de la rústica vigería ganan un halo con la humareda de los tabacos.

Lee entonces los letreros escritos sobre dos puertecillas ruines; uno dice: Barber Shop; el otro: Private Room for Officers.

Clarence se echa al brazo el overcoat y desaparece bajo el letrero Barber Shop.

Un hombre de continente respetable —mostachos y calva— se despereza y coge una toalla. Luego blanquea y descañona las barbas del cliente, que se mira en el fondo de un espejo a medio azogar. En la percha un braguero traza su garabato.

El rapista es veneciano, y posee, por el cosmopolitismo de su parroquia, rudimentos de multitud de lenguas y un ojo adiestrado para descubrir la nacionalidad de los demás.

Chapurreando el inglés, refiere sucesos insignificantes, que su cliente no escucha.

Pero, de improviso, Clarence Payne interroga:

—¿Y el patrón?

No hay allí patrón, sino patrona. La patrona es la fémica del mostrador. Mujer fuerte para el trabajo y enérgica para gobernar a las muchachas. Dos años hace que regentea la casa. La compró a unos alemanes. Antes el café se llamaba Hamburger Bier Halle; y ella lo rebautizó con el nombre actual. Y está bastante acreditado. Ya saben las tripulaciones que en el Liverpool Bar for Seamen del puerto de Santa Fe encontrarán trato fino y buena mercadería.

Clarence Payne recuerda que horas antes eligió para entrar ese cafetín porque el nombre le evocaba a su ciudad natal. Cuatro inviernos distaba el día que partió de Liverpool para surcar las aguas más remotas y conocer los climas más dispares.

El marinero, mientras el rapista charla, se sumerge como un buzo en el mar espeso de sus meditaciones; y de él asciende con el rostro rasurado.

Vuelve al salón y a la misma mesa. Calla ahora el piano, ralea el concurso y la luz disminuye.

En un ángulo las camareras se agrupan con unos tipos de greñas oleosas y pañuelos al cuello —hijos del país— y todos comentan, bullangueros, unas fotografías de footballers.

Las gentes se van retirando, unos en pareja, al interior, y otros a la calle; y al abrirse la puerta de salida irrumpe el abanicazo de un viento tormentoso.

Suenan unas palmadas en la hondura del salón, y fenecen otras lámparas.

Entonces Clarence Payne paga, se incorpora y levanta su overcoat. Pero no va hacia la calle, sino hacia el fondo. Allí está la patrona, sacando cuentas en un papel, perdidas sus facciones por la contraluz del quinqué que arde a sus espaldas. Junto a ella un gato manotea, divertido y quiromántico, el mazo de cordones para botines que cuelga de un alambre.

El marinero despliega su overcoat sobre el mostrador de estaño, y extrae de los escondrijos del abrigo unos frascos de dulce, unos tarros de tabaco de melaza, unas jocundas zapatillas persas.

La patrona contempla, displicente, los artículos; y apenas él habla, lo mira desde la penumbra con creciente fijeza. Y dice:

—¡Clarence Payne!

Todo el cuerpo del marinero se contrae como si recibiera un latigazo, y avizora la cara de esa mujer —pecosa, flaca, la nariz afilada como un lápiz y un chirlo serpenteante por la mejilla— y exclama, atónito:

—¡Nancy Funston!

El marinero coge precipitadamente su overcoat para huir y aun dejar allí abandonadas esas mercancías de contrabando. Pero Nancy Funston lo retiene fuertemente de la manga del saco.

—Conversemos, Clarence Payne—invita.

Clarence Payne titubea, alterada su faz por el asombro; y al final, cede, tácito.

Ella imparte órdenes; las tusonas despiden a los greñudos de las fotos, cruzan la tranca en la puerta y desfilan al interior, dando las buenas noches y refistoleando, sorprendidas y maliciosas, a la patrona y al marinero derrumbado en una silla.

El salón se enlóbreguece más. Solo brilla, humeante, la llama del quinqué. Fosforecen los ojos del micifuz aquietado.

Y Nancy y Clarence, con las mandíbulas en las palmas y las caras juntas, dialogan, sordas las voces, inmóviles los bustos, como en una confesión.

II

El azar ha reunido, en un cafetín portuario de Santa Fe de la Vera Cruz, a los protagonistas de un drama vulgar, de crónica de policía.

La cicatriz que raja la mejilla de Nancy Funston se la infirió él, Clarence Payne, hace cinco años.

Nancy Funston trabajaba en una hilandería de Liverpool, y Clarence Payne, que no era el hombre endurecido y taciturno de ahora, la amaba.

Nunca declaró ella que correspondiera a ese sentimiento. ¿Pero era, acaso, menester que dijera la boca lo que proclamaban las actitudes y los ojos?

Ella se relacionó con un hombre de bigotes teñidos, de cigarros olorosos, de joyas en los dedos y la corbata. El tal caballero la esperaba a la puerta de la hilandería y le hacía regalos costosos.

Atormentado por el dolor y el despecho, Clarence Payne la interpeló.

Ella le refirió tranquilamente su bella fortuna. Aquel señor opulento y enamorado la desposaría y llevaría a viajar por tierras maravillosas. Los padres y los abuelos de Nancy habían sido gentes de a bordo, y natural que ella, recluida en una fábrica de Liverpool, sintiera la sugestión melancólica, ruda e irrefragable que el piélagos ejerce sobre los nautas.

Clarence Payne, después de llorar y rogar vanamente, sufrió la instantánea fulguración de la demencia. Vio ella el relámpago de un puñal; gritó y trató de huir. El golpe dirigido al cuello le alcanzó en la cara; y Clarence, sin tiempo de volver la hoja contra sí mismo, se advirtió paralizado por unos brazos poderosos. Y con rabia inútil reconoció en su apresador al que le robaba el amor de Nancy.

Seis meses estuvo en la cárcel. Al salir, buscó a la amada. Pero ella se había embarcado ya con el hombre aquel. Desengañado y torturada el alma, también él dejó Inglaterra. Y desde entonces navegaba de marinero y llevaba en el corazón el nombre y la imagen de Nancy Funston.

La historia de ella no fue menos lamentable. La vida suntuosa y venturosa que le prometieron y deslumbró su imaginación, tornose en vida miserable y abyecta. No fue esposa; fue mercancía de tráfico. Después de recorrer las plazas del Brasil, se embarcaron nuevamente. Dios quiso que en el viaje muriera el hombre vil; y Nancy se apropió entonces de una parte del dinero que aquel escondía en bolsillos secretos de su ropa. En el puerto de destino —Santa Fe— compró ese negocio. Y alentó siempre la esperanza de que alguna vez llegara allí aquel Clarence Payne que por mucho apetercerla quiso matarla y matarse, y con quien habría sido tan feliz.

Los dos siguen hablando, sin mudar la postura ni el tono de la voz; y así los sorprende la mañana, que echa una luz lívida por las banderolas.

Y el White Crest, de ocho mil toneladas, sale en lastre ese día, con un tripulante menos, Clarence Payne, que no se hace presente a la hora señalada por el capitán.

III

En el Liverpool Bar for Seamen cantan y pernean ahora unas mujeres livianas de ropas al son gárrulo de la jazz-band. En el Private Room for Officers, rumorea el personal superior de los barcos, con un cubo helado en la mesa y una cancionista internacional en las rodillas. Desde el testero preside a esa Babel un retrato al carbón de Salisbury, rollizo y barbudo.

Nancy Funston está siempre en su puesto, más carnosas las mejillas, más redondo el talle. Dos lavacopas la secundan al presente en la expedición.

Y Clarence Payne vigila al público y el orden de los espectáculos. La racha próspera ha permitido ensanchar y decorar el local.

También se compran allí, sigilosamente, artículos de ultramar substraídos al rigor de la Aduana. Los dueños de los cafetines vecinos sostienen, con envidia poco disimulada, que los Payne acumulan mucho dinero con su negocio clandestino, aparte del que acumulan con las ganancias del Liverpool Bar.

Ha resultado Clarence un hábil director de music-hall: Contrata en Buenos Aires artistas apropiadas al gusto de su clientela, gentes que arriban a veces al puerto de Santa Fe con el afán de treinta días de navegación sin escalas.

De noche, ya solitario el salón y cerradas las puertas, torcidos sobre el mostrador y juntas las cabezas, revisan el dinero recaudado y la cinta de control de la caja registradora.

Satisfechos, se recogen. En la habitación hay una cama matrimonial y unas camas pequeñas. En estas duermen tres chiquilines rubios, cuyos nombres consigna la libreta del Registro Civil que Nancy guarda en su baúl.

Clarence tuesta con un fósforo los mosquitos merodeantes en derredor de sus vástagos. Al resplandor de la llama suelen los insectos pintar en el muro una sombra desmedida.

Persígnanse, se acuestan y matan la luz. Frecuentemente, en la obscuridad, aletea el susurro de sus palabras y fulge el ascua de un cigarrillo.

Marido y mujer hablan del porvenir de esos chiquilines, a quienes reservan una vida superior a la vida de sus padres. Harán de ellos tres marinos que alguna vez comandarán buques de comercio de alto tonelaje. Los mantendrán alejados del Liverpool Bar, y todavía adolescentes irán a estudiar a una escuela náutica de Inglaterra. Para eso sus padres ganan dinero, y para eso trabajan. Nancy está conforme; es eso lo mejor; pero tiembla, apretada contra el flanco de Clarence, al pensamiento de separarse alguna vez de sus hijos.

Y son dichosos. Y agradecen al cielo el bien infinito de haberlos juntado, después de tantas penalidades, en los caminos del mundo.

IV

El Liverpool Bar estuvo aquella noche muy animado. El concurso aplaudió furiosamente a las cancionistas y vació considerable cantidad de botellas. No era esto imprevisto: los diques se abarrotan de vapores para llenarse con el trigo de la nueva recolección.

La atmósfera se vicia con los alientos, la transpiración y los tabacos de los parroquianos ya ausentes. Solo queda un hombre, de bruces, con la testa repesada en los brazos. Clarence Payne le golpea un hombro; pero el durmiente no cambia de posición ni da señales de despertar. Habrá, entonces, que sacarlo a la rastra, y una vez en la acera se marchará, haciendo eses, a su barco. Lo de siempre...

Y mientras Nancy mueve los resortes de la caja registradora, Clarence ase por las axilas al parroquiano. Este, un negro corpulento y musculoso, no opone resistencia alguna. Sus zancas se desbaratan, como de trapo, y la cholla lanuda bambolea.

—¡Formidable borrachera! —conjetura Clarence—. El fresco de la noche lo despabilará.

Y avanza trabajosamente con su carga y ya está próximo a la puerta, cuando percibe un olor pastoso, acre, erizante, y un líquido tibio le moja los dedos de una mano.

Lanzando un grito, suelta su presa; el negro rebota, supino, en las tablas del suelo. Acude Nancy. El negro, amoratado e inerte, tiene un puñal en el corazón.

La policía interviene. El negro pertenecía a la tripulación del Sasilios Pandelis, velero de bandera griega. Era un senegalés, boxeador, que a puñetazos imponía su voluntad despótica entre los compañeros. Ya estaban, de consiguiente, orientadas las investigaciones.

El propietario del café donde asesinaron al negro continúa detenido. Ya un rábula ha interpuesto recurso de habeas corpus.

Por los corredores de la Jefatura de Policía un pesquisante pasea caviloso, repitiendo:

—Clarence Payne... Clarence Payne... Clarence Payne...

Y revuelve un armario y, por último, saca, triunfante, unos papelotes.

—¡Con razón me sonaba el nombre de este sujeto! —dice a sus colegas...—. Su captura está recomendada en una orden del día de la Policía de la Capital Federal, de hace siete años.

Clarence Payne no se sobresalta. Es un error, sin duda. Siete años atrás él navegaba en el White Crest.

Nancy comprende también que hay un error; pero la autoridad le inspira un temor supersticioso. Disponen de dinero. Y el rábula va a Buenos Aires, indaga y vuelve.

La orden de captura ha sido expedida, en efecto, contra Clarence Payne, entonces de veintinueve años de edad, natural de Liverpool, y a requisición de la cancillería británica. La justicia de su país lo ha condenado a diez años de cárcel por tentativa de homicidio y desfiguración de rostro de Nancy Funston, entonces de veintidós años de edad, obrera hilandera, también natural de Liverpool. Mientras se substanciaba el proceso, Clarence Payne fue libertado condicionalmente, sin que se presentara después a cumplir la pena, lo cual agrava su situación.

Clarence Payne palidece, silencioso y tétrico, ante la noticia jamás prevista que destruye su felicidad y su existencia.

Nancy Funston, empavorecida, gime y se retuerce las manos, y a su inmensa desesperación agrega el remordimiento de sentirse culpable del delito que se castiga tan implacablemente en el hombre amado.

Y dos agentes del Scotland Yard llegan a Buenos Aires y reciben de las autoridades del país al reo Clarence Payne, con las manos esposadas.

V

El café de los Payne ya no ofrece los atractivos ni la atención celosa que lo afamaron. No hay música. Solo suena, a pedido especial, el piano eléctrico.

Detrás del mostrador sigue Nancy Funston, más desjugada, los ademanes lentos y los ojos vagos, con el automatismo de la caja registradora. Tres chiquilines rubios travesan por los rincones.

Naturalmente, los hombres de mar prefieren ahora otros establecimientos. Y la prosperidad ha huido del Liverpool Bar for Seamen.

CAMPOS Y SELVAS

EL INFIERNO VERDE

I

Aquel brasileño, Paulo Menezes, cayó a la población al fin del último invierno y no hacía otra cosa que rodar por pulperías y chacras, charlotteando y perdiendo el tiempo. Solía ir el forastero hasta Goya, a diez leguas de la villa, para regresar empilchado con botas nuevas, bombachas paraguayas de buen paño y un chambergote de color llamativo. Refería que, alférez del ejército de Joao Francisco y a causa de un revés militar, había pasado apresuradamente a territorio argentino por Uruguayana. Seguro que traía muchos pesos, porque no le faltaba para presentarse siempre mejor trajeado que los criollos del lugar. Un tanto fanfarrón y dicharachero, su porte resultaba singularmente interesante a las muchachas de la localidad. Las muchachas lo habrían apreciado, más que interesante, fascinador, si su piel ofreciera una pigmentación menos subida. Pero ese inconveniente no admitía remedio.

Menezes conoció a Magdalena Ruggeri y la visitó en la chacra. Evidenciadas las intenciones del galán, don Dante Ruggeri, padre de la moza, se opuso enérgicamente a los amoríos. Destinaba su hija a un colono rubio como ella y, también como ella, descendiente de colonos piamonteses. Pero Magdalena estaba ya preñada del brasileño y no renunciaría a sus ilusiones por más que la nariz erisipelada de su progenitor cobrara la coloración de la ira violenta. Las entrevistas prosiguieron, ahora a ocultas de don Dante y apañadas por amistades de buena voluntad, que no entendían cómo el chacarero podía rehusar para su hija tan envidiable proporción. Magdalena reunía, sin duda, incitantes atractivos: buenos colores y buenas carnes y una educación sobresaliente adquirida en tres años de escuela. Se encomiaba su hacendosidad y gusto para los trapos y su refinada inclinación a los perfumes.

Don Dante era un hombre testarudo. No había posibilidad de una mudanza de parecer. Y cuando su paisano Montemurri, dueño de la fonda La Alta Italia, osó alabar la linda pareja que concertaría Magdalena con Menezes, el naso de don Dante fingió una zanahoria colgada del entrecejo. El colono profirió:

—Mejor muerta a horquillados que casada con ese negro pelandrún.

II

En la población se realizaban afanosos preparativos. Esa noche habría velorio de ánimas en el cementerio y todos se prometían asistir e interceder por el descanso de sus difuntos. Las mujeres alistaban para la ceremonia sus mejores atavíos, y las cocinas despedían el humo oloroso de las fritangas.

La luna redonda blanqueaba los campos. Caravanas de carretas y monturas acudían de todos los rumbos del pago correntino. Las mujeres con canastas de provisiones y los hombres con mantas y cojinitos al brazo invadían el cementerio. Las cruces enhiestas en los túmulos tiraban sus sombras sobre el suelo embebido de resplandor de plata.

Crepitó la lumbre de unos fogones. La concurrencia les hizo rueda, reposando muchos cuerpos en la blandura de mantas y cojinitos vellosos. Runruneaba el parloteo guaraní.

A los albuces del monte, con mugrientas barajas, se apostaban hediondos cigarrillos hechizos. Sujetos de rostros atezados y adustos —máscaras de barro—, formaron callejón para arrojar la taba.

Las mujeres fueron con sus canastas a buscar entre la vaga penumbra las fosas de sus parientes para poner en las cruces trenzas de chicharrones, chipá-quesús y sandías. Ante esas cruces se prosternaban los orantes. Quien rezaba en intención del muerto enterrado allí lograba su recompensa: por dos padre-nuestros, una sandía; por tres avemarías, un chipá-quesú; por un rosario, una gorda trenza de chicharrones... De esa suerte los difuntos, bien abastecidos por sus deudos, granjeaban apetecibles sufragios para su rescate.

Guitarreros y acordeonistas, sentados en una lápida, acometían polkas y mazurcas. Las parejas bailaban, procurando eludir el relieve de las cárcavas. Las correntinas despojábanse de sus chancletas para danzar más holgadamente en patas, mientras crujían los percales, inflados y duros.

Magdalena llegó con don Dante. El chacarero se mezcló, curioso, a los jugadores de taba. Magdalena habló, en guaraní, con alguna amiga, y pronto se apartó para arrodillarse en una sepultura solitaria, orar y recoger de la cruz un chipá-almidón.

—Te andaba campeando —dijeron, a su vera, y en la sombra rebrillaron unos dientes.

Magdalena se puso de pie, quebró entre los dedos el chipá-almidón y brindó a su novio una mitad. Menezes aspiró, con fruición, el tenaz aroma de agua florida que exhalaban los cabellos y las ropas de la muchacha.

Caminaron al filo de las tumbas, por senderos señoreados de yuyos. En el remate de un ciprés se erguía un pajarraco nigromántico, que parecía puesto adrede por algún ilustrador de poemas necrológicos. Se alejaban, susurrándose palabras amorosas, del bullicio macabro y festero de los veladores de las ánimas.

Ejecutaron sus planes. Por un portillo oculto entre enredaderas salieron del cementerio. A poco andar montaron en la cabalgadura que los esperaba, trémula Magdalena de felicidad y de susto. Sobre el tapial del camposanto surgió de improviso, como personaje de teatro de títeres, el busto de don Dante Ruggeri que dibujaba ademanes desbaratados y amenazadores, y maldecía, en dialecto piamontés, a la hija infiel y al alevoso raptor.

Al cabo de un galope por los arenales que la luna esmaltaba, los prófugos alcanzaron el río y subieron a una canoa. Menezes bogó. El esquife hendía la lámina rizada de las ondas, y los viajeros parecían hechizarse con el sortilegio de la noche clara. Magdalena enmudecía y miraba los luceros y miraba el vasto paisaje fluvial. Menezes cantaba a ratos, para acompañar la remada, canciones de su país; y a ratos refería famosas hazañas suyas en los entreveros de la revolución de Santa Catalina.

Y cuando la noche recogía diligentemente sus estrellas y del lado de Corrientes se acusaba un vivido y ancho resplandor, la canoa embicó en tierra de Santa Fe.

III

Habitaron en Reconquista. Allí les nació su primer hijo, Dante, del color del betún. Ganó Menezes en el pueblo dilatada popularidad. Llevaba en Reconquista la única existencia que Magdalena le conocía: mariposear por lugares públicos, narrando con frecuencia sucesos heroicos de su vida aventurera. Resultaba que también en Corrientes, según sus crónicas ricas de color, había consumado hechos de singular arrojo y afrontado tremendos peligros que, francamente, hasta entonces ignoró su mujer.

Magdalena se confesaba feliz. Menezes era hombre condescendiente y sin vicios. Proporcionábale dinero para las necesidades de la casa y hasta para realizar su persona con atavíos vistosos. Fue, sin duda, injusta la irrazonada oposición paterna.

Un día Menezes, con su alegre sonrisa de costumbre, contole que el dinero se le acababa y que ahora se agacharía a trabajar. La noticia asombró a Magdalena. No imaginaba a su marido en otra ocupación que pasear y gastar. Jamás previó que al brasileño se le agotaran las reservas metálicas.

Menezes era suertudo. Encontró ocupación en la fábrica de La Forestal. Trasladaron su domicilio a Guillermina. La Compañía les alquiló una casita moderna con grifos de aguas, luz eléctrica y jardincillo inglés. Una maravilla. Bajo ese techo les nació el segundo hijo, casi payo, a quien bautizaron Aguinaldo, nombre de familia de los Menezes.

El brasileño reveló capacidad para el trabajo. No carecía de cierta rudimen-

taria instrucción y menos de una iniciativa personal a la que era preciso poner freno. Se pronosticó que Menezes haría carrera en la Compañía.

Pero súbitamente perdieron sus comodidades y sus perspectivas de prosperidad. Estalló una huelga y a Menezes le dio, recordando sus correrías de insurrecto riograndense, por apellidar guerra contra La Forestal.

La Gendarmería Volante impuso el orden, y el brasileño, con su familia, debió internarse en el departamento.

Espoleado por la necesidad y sin modificar su humor, se conchabó en un obraje, sobre las orillas del Rabón. Cobijó a los suyos en un sórdido rancho de paja brava. Defendida su desnudez con un pollerín de cuero, enderezaba al monte. Pelaba los troncos de los algarrobos a filo de hacha, como bananas, y los veía derrumbarse, a un jeme de distancia, formidables y atronadores, sin temor de ser aplastado. Retornaba al atardecer, lleno de aserrín y de sudor, entonando canciones brasileñas.

Una vez volvió más animado aún. Un polaco ponderó en el obraje los precios que pagaban en Buenos Aires por las pieles de nutrias. ¿Dónde se podrían cazar en abundancia esos animales? Caviló, indagó, y alguien le describió como un virgen paraíso de los nutrieros las cañadas que caen al este de Garabato, en el lindante departamento Vera.

Menezes se exaltó. A la vuelta de pocos años se enriquecería. Concibió proyectos delirantes. Magdalena, aunque más calmosa, compartió los entusiasmos de su marido.

El contratista del obraje simpatizó con ese brasileño, macaneador y firme para los tráfos de la madera. Le encargó la vigilancia del corte y la organización de los cachapés. Le mejoró el jornal; próximamente lo interesaría en las utilidades del negocio.

Al poco tiempo Menezes juntó unos pesos y abandonó el Rabón con su mujer y sus hijos. Desdeñaba las ventajas del obraje, para pedir mejor fortuna a las cañadas de Garabato, incógnita tierra de promisión.

—Brasileiro loco —comentó la peonada, cuando los Menezes se encaminaban al horizonte.

IV

Menezes invirtió casi todo su dinero en los almacenes de Jobson. Adquirió un utillaje completo de cazador de nutrias y provisiones de boca para la excursión. Gentes baqueanas lo informaron de la tierra donde iba a establecerse.

Una jardinera los condujo, después de rodar horas por un suelo fragoso, a la orilla del monte. Descendieron y comenzaron una fatigosa caminata. Encorvado bajo el bagaje, se adelantaba Menezes, consultando la brújula y previniendo

a Magdalena, con Dante y Aguinaldo en brazos, alguna rama o enredadera hostil, alguna cueva insidiosa, una víbora enroscada cerca de sus pies. De raro en raro aparecían, encima de las cabezas, tras el barullo de los follajes, retazos de cielo remoto. A menudo los envolvía una tiniebla espesa y húmeda, saturada de agrias emanaciones.

El viaje duró tres días. Magdalena se sentía desfallecer y ganar por penosos sobresaltos. Menezes cantaba. Y cuando jubilosamente columbraron un espacio libre, sus pupilas, dilatadas por la obscuridad, cegáronse con la ola del sol y el centelleo del agua. Estaban en las cañadas, amplio circo invadido de pajonales y rodeado de arboledas densas, como los muros de una cárcel.

Menezes era hábil y fuerte. Con los materiales esparcidos por la naturaleza a su alrededor, construyó una choza y un rústico mobiliario, según pudieron hacerlo los mejores artífices de las edades primitivas. De la choza brotaba una cinta de humo.

Aportaban los Menezes a ese escondido lugar la única manifestación de vida humana. Parecía reservado el sitio exclusivamente a la lujuria de los pastos y el sosegado medro de los animales silvestres.

Sí; se dictaba Magdalena una existencia de sacrificio. Pero el sacrificio se sobrellevaba con conformidad. Los sufrimientos y molestias actuales lograrían generosa recompensa. Paulo se haría poderoso con sus cueros de nutria, y radicarianse entonces en un pueblo grande, Reconquista o tal vez Goya, cerca del caprichoso don Dante Ruggeri, o en el Brasil si Joao Francisco triunfara en sus empresas bélicas. Entonces mandarían los chicos a la escuela; quería que sus cachorros se educaran. Aún había tiempo: el negro contaba tres años; el rubio dos.

En pocos meses el brasileño cosechó una partida considerable de pieles. Las nutrias pululaban sin recelar de las trampas ni presentían las intenciones del hombre que merodeaba por los flotantes nidos y los aguazales.

Decidió Menezes transportar esas pieles a Garabato; un ruso venido de Rosario las acopiaba y pagaba al contado rabioso. Hizo, con las pieles, un lío bien prensado que llevaría a lomo. Colmó de agua su cantimplora y de galletas los hondos bolsillos de las bombachas. Ahora, sin el estorbo de la mujer y los hijos y no equivocando los rumbos de la brújula, antes de dos días de caminata bandearía el monte. A la semana siguiente estaría de vuelta, con el tirador hinchado de plata y una provisión de comestibles y ropas para el campamento.

Menezes se despidió, cordial y bromista. Magdalena lo vio alejarse, torcido bajo su balumbo, y bañado en la lumbrarada matinal. De súbito el monte lo chupó; y entonces notó Magdalena la garra del miedo y arrepintiose de haber dejado partir a su marido.

Pasó esa semana y pasó otra semana más. El monte no devolvía aún su presa. Magdalena escrutaba ávidamente los quebrachales, desde el umbral de la choza. El hombre tardaba; tal vez las ocupaciones del negocio lo retenían. De día o de noche, Menezes se desprendería de la selva con su risa de hábito y su carga de bastimentos para la familia. ¿Por qué dudar?

Transcurrió la estación del año; a los fríos sucedieron los calores y otras hojas reverdecieron en las plantas; y Menezes no regresó. Magdalena quiso escapar de allí. Con sus dos hijos vagó días enteros por los montes. Sufrió hambre, sed y pavor. Sus ropas y sus carnes se desgarraban en las zarzas. Cuando ya, exhausta, se sometía a la inacción y la muerte, sus ojos fulgieron a la vista de un campo abierto, seguramente el camino salvador a Garabato. Mas otra vez, luego de infinitos rodeos, estaba en las cañadas y frente a su choza; otra vez en ese infierno inmóvil, verde, inexorable que no la dejaba huir.

Tuvo, en la soledad y en la desesperación, un nuevo hijo que, en sus formas todavía inciertas, remedaba la boca grande y las sienes aplastadas de Paulo Menezes.

Bebían el agua de los charcos y comían la carne de nutrias y carpinchos.

En balde Magdalena miraba, horas tras horas, hipnotizada, para el lado del monte, mientras en el regazo el hijito se ovillaba y se nutría glotonamente, y Dante y Aguinaldo gateaban en torno de la madre.

Cierto día, resonó un creciente zumbido de moscardón monstruoso. Tullangos, biguás, bandurrias, gallaretas volaban con azoro; las bestias de las cañadas corrían a sus refugios; extraña inquietud estremecía a toda la naturaleza. Por lo alto cruzó, estruendoso, veloz, manchando el ámbito con chorros de humo, el primer aeroplano que surcaba los cielos del norte santafecino. Magdalena, sobrecogida, se arrojó al suelo con sus hijos.

Padecía la mujer alucinaciones afiebradas: corría hacia el monte, al encuentro de Menezes que venía, y sus brazos solo tropezaban con los troncos de los árboles; en la paz de la noche, mezclada a los rumores vagos, múltiples, misteriosos del lugar, creyó percibir muchas veces, con el corazón acelerado, unas canciones brasileñas.

La inteligencia de Magdalena vacilaba; y sus resortes mentales se quebraron la noche en que un gato onza le mató a zarpazos al menor de sus retoños.

VI

Una comisión policial fue lanzada tras el matador del comisario de Garabato. El malhechor había tomado para los montes; y a los montes entraron sus perseguidores.

Muy adentro de la selva, los policías advirtieron un rumor de malezas rotas y de pisadas fugitivas. Rápidamente formaron cerco con las armas listas. En el centro quedó prisionera una mujer, tapada con unos andrajos y exhalando voces incoherentes. Un winchester señaló la copa de un ñandubay: allí estaban, ágiles como monos y, como monos, en completa desnudez, dos chiquilines, rubio el uno, negro el otro. Los bajaron. Proferían, medrosos, sonidos estridentes; gruñidos de ariscas alimañas de la selva.

Uno de los milicos conjeturó entonces:

—Esta es la mujer y estos los hijos de aquel brasilero que supieron matar malamente en Garabato, va para seis años, codiciándole ¿se acuerdan? una carga de cueros de nutrias. Nunca vi cueros más lindos, cueros de invierno, tupidos y suavécitos...

La demente y los chicos, dos almas caídas en la barbarie, fueron sacados del monte y conducidos al pueblo.

Y al saberse en aquella villa de Corrientes el hallazgo de Magdalena, abandonada en un monte, don Dante Ruggeri, cerrando un puño justiciero y victorioso, exclamó:

—¡Per Baco! ¡Los padres siempre tenemos razón!... ¡La pobre ragazza!

EL RUANO DE MANZANARES

I

Ya anochecía cuando Valeriano Segovia embocaba el callejón del pueblo, arreando su tropilla de treinta caballos que probablemente vendería a la Compañía de Tierras. Lo separaban todavía veinte leguas de aquel establecimiento. Los animales los traía de Entre Ríos. El mismo negocio había realizado en otras ocasiones, y sería injusto quejarse. Siempre cubrió los gastos y cosechó una ganancia compensadora, que al presente mucha falta hacía por el lado de su rancho. Con una mujer y tres chiquilines prendidos a las polleras de la madre, la libreta del pulpero se infla como globo.

Por seguir ordinariamente la misma ruta, conocía los sitios a propósito para el descanso y nutrición de los animales y también los vecinos de quienes podía esperar un churrasco y un catre donde tender los huesos molidos. Como a quince cuadras al norte de la estación estaba la vivienda del juez de paz Manzanares, hombre cordial y acogedor y uno de los propietarios más considerados de la comarca. Ya Manzanares otras veces lo alojó y le franqueó un potrero bien provisto de pastos y aguadas. No posaría Segovia allí más de unas pocas horas, las suficientes para el resuello de la tropilla y para reponerse del viaje. En el rigor del verano, debía aprovechar la noche para caminar y las siestas para agenciarse refugios de sombra.

Manzanares, adornado con una pera que lo dotaba de mayor espectacularidad y el abdomen ceñido por un tirador de patacones de plata, brindó al pasajero:

—Pase, amigo, pase. Está en su casa. Matearemos y churrasquearemos. Su facha ya dice que viene muerto de necesidad. Tampoco es para menos, con el solazo bárbaro de este día.

La tropilla entró al potrero y, después de desensillar y arrojar a su cabalgadura unos baldazos de agua, Segovia se sentó cercano a la hoguera que servía para asar medio costillar de vacuno y para ahuyentar los mosquitos voraces. El cielo se claveteaba de estrellas. Del campo llegaban relinchos y mugidos. La tierra exhalaba un vaho caliente, como el lomo de una res fatigada.

Manzanares quiso saber cómo andaba la política por la otra banda del Paraná. El visitante lo informó.

—La cosa está —discurrió luego el funcionario— en la baquía de las autoridades para contentar a la gente, aunque sea sin darles nada, ni siquiera promesas que no se hayan de cumplir. Yo fui siempre fiel a todos los Gobiernos, y no hay quién me gane las elecciones en el distrito. Cierto que a veces he pasado algunos apurones, y eso no por culpa mía sino por el descrédito de una situación que se acababa y por el gusto que algunos sienten en llevarle la contra al comisionario. Yo pienso que el votar a escondidas es una gran pavada y una tentación más para los sinvergüenzas. Por eso aquí tienen que mostrarme todos la boleta antes de echarla al cajoncito. Y asimismo, me han pegado más de un susto.

Manzanares recordaba y añoraba las costumbres anteriores al año 12 —¡aquello sí que daba gusto!— cuando un jinete desmontó.

—¿Y? ¿Qué me contás, Atanasio? —inquirió el juez de Paz, saliendo al encuentro del recién venido.

—Aceptan. Dos cuabras derechas, por quinientos pesos.

—¿Y para cuándo?

—De aquí a dos domingos, o sea para la octava de carnaval. De allá va a venir el paisanaje a jugarse los pesos y las pilchas.

—Buen día para nuestro distrito. Nos hartaremos de plata. No hay en toda la provincia parejero capaz de aventajar al ruano de Manzanares. ¡Flete que corre lindo!

A oídos de Segovia ya habían llegado las mentas del ruano de Manzanares, cuya nombradía rebasaba los límites del departamento. Ese ruano había sacado más de un cuerpo, y sin emplearse mucho, al alzázn de los Medinas de San José del Rincón, célebre en las pistas de Santa Fe.

—¿Lo tiene a pesebre? —averiguó Segovia.

—No, señor. No es tan delicado. Como buen criollo, se cría a campo abierto. Denle pasto natural, agua abundante y espacio libre para el retozo, que él, cuando se lo pidan, correrá a la par de una centella.

—Sin embargo —objetó Segovia— no hay duda que el cuidado hace mucho.

—Eso no reza con mi ruano. Lo conozco bien. ¿Quiere que vamos a verlo? Lo tengo en el potrero. Es mansísimo; fácil de agarrar.

A la luz de un farol portátil transpusieron los alambres y, andados algunos metros, el chorro de luz regó a un caballo que alzaba la cabeza. El juez de paz le palmeó el cuello, diciéndole con paternal ternura:

—¡Ruano, ruano!

—¿Este es? —preguntó Segovia, extrañado.

—Sí, este es.

No obstante su pericia, Segovia no habría sospechado nunca en ese ejemplar las cualidades de un parejero insigne. Las crines largas y las formas esqueléti-

cas le atribuían la traza de un jamelgo. El peor de los animales de su tropilla, hechos para la recia brega de las estancias, ofrecía una estampa más atrayente. Manzanares adivinó esos pensamientos de su huésped.

—Mi ruano no tiene figura, ni falta que le hace —dijo—. En dos cuadras no hay pingo que lo aguante.

Volvieron a las casas, churrasquearon y charlaron de política, de carreras, de puñaladas. Y, ya próxima la medianoche, Segovia salió del potrero con la tropilla.

—Y a ver si cae por el distrito para el domingo de la octava. Habrá plata para ganar —invitó, en despedida, Manzanares.

Sí; Segovia procuraría estar allí para esa fecha. Sentía ganas de ver correr a la maravilla.

Y se hundió en la noche sosegada y tibia. La luna, reflejándose en el agua de la cuneta, escoltaba al arreador y a su arreo.

II

A la entrada de la luna, todavía lejos el amanecer, las nubes se echaron a diluviar.

La caballada chapaleaba los pantanos, tras el cencerro de la madrina. Segovia seguía siempre el mismo paso y la misma dirección. No había para qué pararse.

El horizonte se cuajaba de luces pálidas. La tropilla y el tropero, cubiertos de barro, desfilaban pausadamente por el paisaje campesino. Parecían moldeados en arcilla.

Al promediar la tarde arribó Segovia a la estancia de la Compañía de Tierras. Encerró los caballos en un corral. En las oficinas de la administración conversó con míster Tom Jones, un inglés acriollado, a cuyo cargo estaba la sección haciendas del establecimiento.

Míster Jones y Segovia acudieron más tarde al corral. El inglés examinó atentamente los animales y ofreció un precio. Por último convinieron el de cuarenta pesos por cabeza. El comprador, como es de práctica, los refugaría, esto es, apartaría y rechazaría los de inferior clase.

—No tiene nada que refugar —dijo Segovia, con convicción.

—No crea —repuso el inglés—. Ahora la Compañía está más exigente. Cuida mucho su caballada.

Estaba Segovia conforme con el precio. Por ninguno de los caballos pagó más de veinticinco nacionales en las estancias de Entre Ríos.

Pero míster Jones le rechazó diez animales. Segovia protestó. Eran inmejorables para el servicio de los rodeos. ¿Qué pretendían, caracho?

El inglés no deseaba discutir ni tampoco modificar su resolución. En la admi-

nistración liquidarían y abonarían los veintiún caballos comprados.

—Si ha refugado diez —observó Segovia—, quedan veinte; el que monto lo llevo; no pienso volverme a pata.

—Cuéntelos —invitó lacónicamente míster Jones, golpeando la pipa en la suela de la bota.

Los contó. En efecto, había treinta y uno. Perplejo, fue al centro del corral. De pronto, una mueca cruzó su cara; y volvióse lentamente.

—Cierto —confirmó—; son treinta y uno en total. Pero sepa que los que me refuga son tan buenos o mejores que cualquiera de los marcados con el fierro de la Compañía.

—¿Le parece? —respondió el inglés, con socarronería.

—Sí; los ve embarrados y crinudos... Pero a un buen gaucho no lo engañan esas apariencias que se quitan con una rasqueta y una tijera de tusar.

—Yo soy buen gaucho, y jurado de equinos en la Rural de Santa Fe. Esos diez matungos son inservibles; no sé equivocarme.

—¿Matungos?... Bueno... ¿Por qué no me señala, míster Jones, el peor de todos? Quiero hacerle una prueba.

El inglés, levantando un dedo, dictaminó complacidamente:

—Ese, el del bozal. Puede venderlo a alguna grasería.

—Pues con ese sotreta le corro dos cuadras a cualquiera de estos pagos. Y por la plata que pongan.

El inglés rió y su risa fue coreada por la risa de los peones que oían la conversación.

—Formal —exclamó Segovia—. Apuesto todo lo que tiene que entregarme la Compañía.

—¿Usted está?... —dijo el inglés, tornillándose la frente con el canuto de la pipa.

—Ni loco ni mamado. Si quiere convencerse...

Segovia insistió. Míster Jones declaró finalmente, esparciendo una mirada en el concurso de peones:

—Le daremos con el gusto. Por todo el valor de la tropilla; y para pasado mañana, que es fiesta. Le echaremos el tordillo macetudo del sulky. Habrá diversión para la gente.

—No soy aficionado a las aliviadas. Échenme un parejero —pidió Segovia, engallado.

—¿Un parejero quiere?... Conforme... Se traen del galpón el azulejo.

Jamás se había concertado carrera más ridícula. El azulejo, una luz, con un mancarrón que daba lástima... El forastero quería regalar la plata. De otro modo no tenía explicación su terquedad y su desafío.

Entre los peones mucho se habló ese día y el siguiente de la extravagante carrera concertada. Alrededor de los fogones se hacían chistes a costa de la ocu-

rrencia del tropero y la figura de aquel matungo que no tendría alientos ni para dar vueltas al malacate. Segovia se limitaba a decir, encogiendo las espaldas y alzando las manos:

—Cada uno tiene su opinión.

Llegó la tarde de la prueba. La aparición de Segovia con su penco macilento y sucio provocó en la concurrencia una fuerte algazara. Nunca había pisado la cancha de la Compañía un caballo de tan inferior calidad.

Míster Jones se acercó a Segovia:

—¿Pero va esto en serio?

—Muy en serio.

—No me gusta robar la plata a nadie.

—No sea que se le dé vuelta la taba, míster.

Segovia apostó todo el importe de su tropilla, todo el dinero que trajo y hasta los patacones que brillaban en su tirador.

Y el paisanaje presenció un espectáculo inaudito que transformó la alegre jarana en bullicio de admiración y de asombro. Dada la señal de la partida, el mancarrón de Segovia se estiró como goma y rebatió los vasos con furia endiablada. El azulejo, rezagado, sufría en vano el rigor del rebenque y la humillación de la derrota. Perdió por tres cuerpos.

Todos se miraban a las caras. Míster Jones, atónito, restregábase los párpados por si aquello hubiera sido una alucinación.

Segovia cobró y se embolsilló la estupenda ganancia.

—¿Qué le parecen los refugados? —preguntó al inglés.

—No comprendo, no comprendo —murmuró míster Jones.

Y, reaccionando, agregó:

—Se los compro a todos.

—A todos, pero a este que ha corrido no. Es el peor, y lo llevo de monta.

Y al paso del pingo, con el tirador hinchado, abandonó la estancia de la Compañía de Tierras. De codos en un hilo del alambrado, arrancando pelotillas de humo al tabaco de melaza, míster Jones, caviloso, lo contemplaba, todavía con ojos sorprendidos.

III

La víspera de la octava de carnaval, Segovia se apeó ante la morada de Manzanares. El juez de paz le dijo, sañudo, con una voz llena de recóndita aflicción:

—¿No sabe lo que pasa?... ¡Me han robado el ruano!... Tengo detenidos seis cuatrerros. A fuerza de lonja los haré declarar. ¡Y mañana debía correr con un fenómeno de Cayastacito!

—Venga —dijo Segovia; y desde el umbral le señaló el palenque.

Manzanares exhaló un grito de sorpresa y júbilo: allí estaba, ensillado y quieto, su parejero invicto.

Y Segovia debió explicar cómo el ruano se mezcló aquella noche a la tropilla y marchó en lo oscuro tras la sonaja de la madrina, para solo advertir su presencia en el corral de la Compañía.

LAS VACAS DE SAN ANTONIO

I

Lindauro Gavilán miró a su mujer, que velaba junto al catre.

—Bueno, Dositea —habló el hombre, apoyando las manos en la lona y alzando el cráneo en actitud de yacaré—, no es ya para mí la luz del día viniente. Y antes de que la vida se me vaya, quiero decirte que si no te dejo ni un cobre, te dejo algo que vale mucho más y has de hallarlo dentro de mi tirador.

—No desvariés, Lindauro. ¿De ande sacás que te vas a morir? —rechazó ella con la voz acongojada.

—Yo lo sé seguro... Pero no se aflija, mi vieja. Ya me ve a mí, muy sosegado. Esto no es lo fiero que pinta la gente floja.

Lindauro Gavilán sonrió, y al sonreír le rebrillaron los dientes entre la madeja de las barbas tenebrosas. En seguida acomodó la cabeza greñuda en la carona arrollada, igual que se acomodaba sobre su pingo para los viajes largos, y solo se oyó en la pieza la respiración hiposa de la cuidadora y los bullicios del campo, anunciadores del alba inminente.

Sin mudar de postura ni abrir los ojos, Lindauro Gavilán cesó de existir. El resplandor de la aurora subía lentamente, en ese momento, por los adobes de la pieza, y se asfixiaba la llama humeante del velón.

Dositea Gavilán, abrazada al difunto, gimió y lloró, bajo la mirada atónita de su hija Primitiva, una chinita de diez años que, despertada súbitamente, erguía el busto con un codo clavado en la caja.

—¿Y tata? —inquirió la chinita.

—Finó, pues —repuso, lacónica, la madre.

Afluyó gente de la vecindad. Las mujeres plañeron y los hombres elogiaron las virtudes del muerto y de una caña paraguaya, reservada para las grandes ocasiones.

Al día siguiente fue el entierro.

Mal ceño ofrecía la vida a Dositea; mas ella estaba hecha a las adversidades de la fortuna. Mucho le tocó sufrir en este mundo. Lindauro Gavilán, traba-

jador, no siempre encontraba conchabo en los obrajes. Solía chuparse, como todos los hombres de su condición, y tenía mala bebida. Únicamente así se decidía a aporrear a las personas que más amaba.

Cierta vez, calentándose el garguero en una pulpería de Caraguayatay, despancijó al capataz de una caravana de cachapés.

Todos pensaban que Gavilán, sin padrinos, se pudriría en la cárcel santafecina; pero a los cuatro meses —inacabables y penosos para Dositea— reapareció por el pago, con el talante de costumbre.

Porque Lindauro Gavilán salía siempre parado de las situaciones más apremiantes. Según las trazas —y alguna vez él lo pregonó— una voluntad misteriosa vigilaba y protegía sus pasos.

La propia confianza en la benignidad del destino impidió que lo atribularan mucho las contrariedades del vivir y que temiera los lances arriesgados. Así gozó fama en todo el distrito de Santa Lucía de hombre macho, la fama que más se estima en la región.

Francamente, Dositea no advirtió, sino dos días después de sepultado el cadáver y apaciguadas las tormentas de su corazón, el deseo de buscar el tirador de Gavilán.

El tirador, de cuero crudo de vaquillona, pendía de un horcón con sus hebillas oxidadas, y en los bolsillos solo descubrió Dositea unos botones de hueso, una ficha de La Forestal y unas plumas de ñacurutú que Lindauro usaba para hurgarse las orejas.

Todo eso era, por cierto, insignificante cosa. Y la desilusión le grababa un gesto displicente, cuando notó un bulto en la parte trasera del tirador. Lo descosió y fue a dar con un rollo de estraza, envoltura de lo que Lindauro Gavilán, listo para entregar su alma, le anunció como la mejor herencia: una figurita de pasta de San Antonio, no mayor de un jeme, desteñida y achatada por algún golpe la nariz.

La viuda contempló la imagen en la palma de la mano. La luz ruda del día no privaba a San Antonio del prestigio de la penumbra, y, viéndole una aureola de milagro, su nueva dueña vibraba de emoción como un alambre en el viento.

Ahora comprendía cuál era la secreta y arcana voluntad que amparó a Lindauro, otorgándole al fin una muerte calmosa, sin dolores ni malas palabras.

—A mí también has de ayudarme, santito lindo, santito bueno —murmuró Dositea—. Y yo te he de cuidar bien, y te encenderé siempre una luz, y te haré unas velaciones, y toda la gente piadosa de Santa Lucía te rezará con devoción y traerá limosnas, y vos, santito lindo, santito bueno, has de saber corresponder y servir según lo hiciste con Gavilán, que tanto te quería.

II

Rápidamente se supo en aquella zona del departamento Vera que la Gavilán poseía un San Antonio milagroso. La noticia alcanzó a los más intrincados rincones de las selvas, y de allá venían los promesantes, sangrando las caras por el aguijón de las sabandijas, para impetrar del santo algún beneficio y dejar en el platillo de los óbolos unas chirolas.

Dositea costeó con las limosnas unas velaciones. A la presencia de la imagen se bailaba, bebía y churrasqueaba. Una orquesta de acordeón, tambor y guitarra atacaba polcas y mazurcas. Las reuniones pasaban del amanecer, a cuya hora unos devotos se iban y otros se tumbaban vencidos por el sueño, el alcohol y la fatiga, en los rincones de sombra.

Comentábase los prodigios del San Antonio de la Gavilán. Por su intercesión había encontrado novio una vejancona de la otra banda del arroyo La Sarcocita, y Tiburcio Riquelme, contratista de un obraje de los contornos, había recibido, después de quince años de silencio, una carta de su hijo mayor, fechada en Valparaíso.

Acrescentábase día a día la fe en los poderes sobrenaturales de la imagen. Y era, sin duda, en el corazón de Dositea Gavilán donde esa fe se amarraba más fuertemente.

A cierto hacendado del lugar le robaron por entonces una tropa de bueyes. Las diligencias policiales fracasaban. El damnificado prometió regalarle a San Antonio una vaca con crías si le indicaba el camino de los cuatreros.

Dositea Gavilán se humilló ante el santo.

—Sé condescendiente, San Antonio; sé gaucho, San Antonio; contame para dónde han agarrado esos bandidos con la tropa; si me lo decís te daré una velación como nunca te has pensado; y si sos curtido y te empacás en no decir, voy a ponerte a obscuras y en penitencia contra la pared. Vamos a ver, santito bueno, santito lindo...

Y la mujer corrió, gritando y aspando los brazos: San Antonio, con una inclinación de cabeza, le había señalado el norte, rumbo directo al fortín de Guaycurú. Y dos días más tarde fue secuestrada la hacienda y presos los malhechores en una picada del monte, próxima a aquel fortín.

Esto multiplicó la confianza pública en la capacidad milagrosa del santo; y el hacendado hizo efectiva la ofrenda prometida.

A la vuelta de algunos años la vaca con crías se convirtió en un puñado de reses que pastaban por aquellos predios y que todo el mundo conocía por «las vacas de San Antonio».

Con la huelga revoltosa y sangrienta de La Forestal sobrevino allí una época de hambre. Parado el trabajo de los hacheros y amenazados los comerciantes

por una sublevación obrera, cada cual debió proveer a sus necesidades con los métodos más primitivos.

Se carneaban entonces las haciendas ajenas; pero nadie osó sacrificar las vacas de San Antonio, las únicas que en todo el distrito escaparon a la hecatombe.

Uno solo, sí, de esos animales sucumbió en circunstancias adecuadas para excitar la imaginación de los vecinos.

Por allí pasaba en esos días, humeando y silbando, con un vagoncito a la rastra, una pequeña locomotora de La Forestal, cuya línea económica se prolongaba hasta el lejano fortín Olmos. En ese tren se descubrían las gorras y los caños de los winchesters de la Gendarmería Volante.

Y un torete guampudo, de San Antonio, saltó de improviso a los rieles. La locomotora, sin tiempo de frenar, quedó ruedas arriba, despidiendo turbonadas de vapor mientras el vagoncito se abría y echaba de su seno las provisiones destinadas a los puestos de La Forestal avanzados entre los dos fortines.

El retén, un tanto desconcertado por el accidente, no supo impedir que esos comestibles desaparecieran como por ensalmo entre las ropas del mujerío que surgió de todos los rincones.

El desgraciado suceso se interpretó como una prueba de que el San Antonio de la Gavilán se ponía del lado de los huelguistas.

Transcurrieron unos años más. Primitiva se espigó y, en una de las relaciones, echó novio, un paraguayito, peón de obraje.

Dositea se mostró conforme, pero advirtió a su hija:

—¡Encomendate a Dios si sé algo malo!

—¡Qué cosas, mama! —replicó la moza.

Pero meses después Dositea, recelosa, pidió a San Antonio, que todo sabía y todo veía, la sacara de duda. San Antonio le hizo un signo irrecusable; y hosca y armada de un arreador se fue al monte con Primitiva. Y como Primitiva se obstinara en negar, la desvistió, y a cada guascazo que le mandaba con el arreador le decía:

—¡Confesá! ¡Confesá! ¡Confesá!...

Y finalmente, al rigor del castigo, confesó.

Después de este episodio, Primitiva huyó en unión del paraguayito. Ahora viven en Colmena.

III

Dositea Gavilán habitaba sola su rancho. Ya hacía varios años de la muerte de Lindauro y cuatro meses que Primitiva levantó el vuelo.

En el platillo de San Antonio siempre caían monedas y mugrientos papeles de a peso, que no faltaron ni en épocas de mayor escasez, según fueron los días sombríos de la gran huelga de La Forestal.

Las limosnas las invertía Dositea escrupulosamente en los servicios del culto. Y así las velaciones se efectuaban cada vez a más cortos intervalos, con abundancia de beberaje. Las reses para esas fiestas había que comprarlas o esperar que algún devoto pudiente las donara. Alguien propuso carnear con ese destino las vacas de San Antonio; pero cometería sacrilegio quien tocara a esos animales con su cuchillo. El jefe del apeadero ferroviario sostenía, socarrón, que si la peste no dieztaba esas vacas, San Antonio tendría, con el andar del tiempo, un rodeo tan populoso que rasaría los pastos de todo el norte santafecino.

También con las limosnas había adquirido unos bramantes, a guisa de manteles litúrgicos, y unos floreros de vidrio rizado que improvisaban a la imagen un retablo.

Pero la racha próspera de San Antonio no alcanzaba a su custodia.

Dositea Gavilán sabía pelear con el hambre. Nada para entretener el estómago como los cimarrones; y sorbiendo la bombilla pasaba días tras días. Verdad que en las velaciones de San Antonio se procuraba un desquite, churrasqueando fuerte, ingiriéndose, a título de «bajativos», innúmeros vasos de caña.

Por entonces recibió una carta, acaso la primera de su vida. Se la leyó el jefe del apeadero ferroviario. En ella Primitiva le pedía veinte pesos para pagar a la curandera de Colmena, que la atendería en el trance inmediato.

—¡Delicada la chinita! —rezongó Dositea Gavilán—. Yo nunca necesité ayuda en esos apuros.

Pero pronto, recordando el trabajo que le dio la crianza de Primitiva y aceptando lo severa que estuvo ella con su hija, reaccionó, tocada por la emoción maternal. Había que mandarle no más ese dinero, no fuese el diablo que las cosas se presentasen atravesadas.

¿Pero cómo reunirlo cuando no disponía de un centavo ni de quién se lo prestara?

Sin embargo, juzgaba indispensable socorrer a Primitiva; y presentía que, sin esa plata, su hija perecería al igual de tantas mujeres que enterraron con sus recién nacidos.

Recurrió, como en sus vicisitudes y conflictos, a San Antonio. San Antonio permaneció esta vez inmóvil en el retablo, sordo a los ruegos de la cuitada.

—Aunque vos me los mezquinés —notificó al fin Dositea, incorporándose con continente resuelto— he de juntarme, así sea ratereando, los pesos que necesita Primitiva.

Y al pronunciar estas palabras, la vista de la mujer fue al platillo de los óbolos. Pero los óbolos no alcanzaban a la cantidad que ella quería.

Otro pensamiento temerario viboreó en su espíritu.

Esa misma mañana salió para el campo, y a la hora regresó cabestreando una vaca.

Con la res se fue a la casa de un nuevo carnicero de Santa Lucía.

—San Antonio, San Antoñito —imploró luego, prosternada ante el retablo—, no te calentés porque haya vendido una vaca de las tuyas. ¿Qué te hace?... Estos veinte pesos son para la pobre Primitiva y estos otros veinte para «bolichear». Y te prometo, santito bueno, santito gaucho, que no perderás nada; con esta plata y la que gane te haré una velación como no se ha visto nunca. ¡Tené paciencia!

IV

Cercano el mediodía, Dositea Gavilán salió de su rancho, después de trancar las puertas, como para una ausencia larga.

Al jefe del apeadero entregó los fondos que debía remitir por el tren de la una a Primitiva, en Colmena; y cumplida esta diligencia compró al turco Kaplán veinte pesos de yerba, azúcar, caña, velas, tabaco... que colocaría a doble precio por los ranchos y obrajes del distrito. Eso era «bolichear».

Entró al camposanto. Un escalofrío le vino con la idea macabra de que los túmulos los levantaban los mismos muertos, a fuerza de hombro, desde abajo, pujando por huir.

Junto a la cruz de palo de Lindauro encendió dos velas de sebo. Humillada, rezó unas avemarías, reclamando los buenos oficios del difunto para abonanzar a San Antonio, si estaba este enojado por la conducta de su cuidadora.

Momentos después iba por el camino polvoroso, pisando su sombra circular, como sobre una bandeja negra. El sol estival enervaba el paisaje. Y la mujer —al hombro el atadizo de sus artículos— marchaba en procura de los montes, pues solo era posible «bolichear» lejos de poblaciones y pulperías.

Pasaron ocho días sofocantes, plúmbeos, radiosos, según son los días de diciembre en el norte santafecino.

Y a las luces postreras de un crepúsculo, los montes, ya tenebrosos, devolvieron a la vieja que fue a «bolichear».

Dositea había enajenado toda su carga. La excursión fue fatigosa. Transitó por las abras, aventurándose a veces, para economizar trayecto, en espesuras preñadas de peligros insidiosos. Hacía noche en las viviendas de los peones o bajo la fronda de los quebrachos, cuidándose de las víboras y arañas ponzoñosas.

Traía más de cuarenta pesos y un paquete de cirios de iglesia, que por milagro tenía un obrajero, y que encendería a los pies de San Antonio.

En torno suyo la noche se adensaba y la ceñía como un agua de pantano. El farol rojo del apeadero de Santa Lucía brillaba a lo lejos; y caminó, ansiosa de llegar, tropezando sus pies doloridos en troncos y tacurúes.

Cruzó el caserío de Santa Lucía. El resplandor de los velones mostraba a las mujeres trasegando con las ollas y a los hombres, inmóviles, avivando, a momentos, el ascua de sus cigarros. No se oía, como otras veces, el resoplar de

algún acordeón y la bulla de conversaciones. Hasta los perros parecían concertados para no romper el silencio campesino.

Dositea se deslizaba entre las sombras, acuciada por el deseo de ponerse pronto en presencia de su santo.

Unos muchachitos que venían por el sendero gritaron, dándose a la fuga:

—¡La Gavilán!

Dositea, molesta, sin detener el paso, murmuró:

—Muchachitos zonzos. ¿Qué se habrán pensado?

Entró a su rancho. Ardieron luego los cirios alrededor de San Antonio, colmado este de oropeles y ofrendas.

—Ya estoy de vuelta, mi santito gaucho. ¿Cierto que no te has retobado? Vos sabías mi buena intención: ayudar a Primitiva, que es mi hija y necesitaba unos pesos para la curandera. De no, yo nunca hubiera hecho eso. Y vos has sido condescendiente y me facilitaste el «bolicheo». Por eso voy a quererte hasta la hora de morir, igual que te quiso Lindauro. De veras que patié mucho y me fregué mucho; pero vendí todo y aquí traigo la plata. ¡Vas a ver qué velación! Habrá música y caña de primera; y para bailar y agasajarte vendrá la gente del distrito y de los fortines. La velación va a durar hasta que caigan todos rendidos aquí mismo.

Dositea, junto al retablo, proseguía su soliloquio, vencéndola ya el sueño y la fatiga de la dura jornada.

Y entretanto, en la quietud de las praderas dormidas crecía el rumor de una multitud de pasos y de un bronco vocerío de sublevación rural.

Y un grupo de hombres y mujeres de ademanes y carátulas trágicas irrumpió en la morada de Dositea Gavilán. Unos esgrimían palos; otros machetes de leñeros.

—¡Aquí está la Gavilán!

—¡Vieja bruja!

—¡Vieja bandida!

—¡Ahora las vas a pagar!

Dositea miró, más azorada que medrosa, a los invasores de su rancho.

—¿Qué quieren? —preguntó, irguiéndose.

—Vos vendiste una vaca de San Antonio.

—Sí. Y ya San Antonio, que es más bueno que ustedes, me ha perdonado.

—Mentira. ¡Qué va a perdonarte!... Y todos los que comieron de esa vaca ya finaron, uno a uno.

Y otras voces plañeron:

—Y murió mi hijo.

—Y murió mi marido.

—Y murió mi querer.

—Y el carnicero ya está agonizando.

Y un grito de iracundo sarcasmo:

—¡Y vive todavía esta vieja maldita!

Algunos brazos se levantaron contorsionados, poniendo en los adobes, proyectados por las luces votivas, unos sombrajos de desesperación o de amenaza.

La mujer miró al santo y, creyéndolo ofendido y creyéndose asistida por los poderes de él, cobró valor.

—Váyanse de mi casa, ahora mismito, si no quieren que mi santo, enojado, se baje y los corra a azotes. ¡Váyanse! ¡Váyanse! ¡Desalmados!

Una mano más audaz saltó y se crispó sobre la garganta de la mujer.

Dositea Gavilán estertoró, revoleó los ojos dilatados y, al aflojarse la garra que la apresaba, se derrumbó y batió la cabeza en el retablo con el ruido seco del fanteoche.

A esta sazón, los campesinos comprendieron que San Antonio manifestaba su cólera: una llamarada subía crepitante y cárdena, acaso para castigar, como espada angélica, a los sacrílegos.

Y todos, con espanto religioso, retrocedieron tumultuosamente.

Huían; y, volviendo las faces, veían aterrorizados cómo la hoguera se agrandaba.

Nutriase el fuego con el rancho, el retablo y el cadáver de Dositea Gavilán y, devorándolos, los purificaba.

Esa noche falleció el carnicero de Santa Lucía. El médico que vino de Jobson certificó el deceso por carbunco. Igual que todos los clientes que comieron de la vaca de San Antonio.

EL CAMBARANGÁ

I

Al día siguiente se celebraba la festividad de San Baltasar. La procesión y las velaciones se harían en Tacuarendí. Concurrirían los devotos desde apartados distritos del departamento.

Selén Heredia no faltaría. En los dos años anteriores había hecho de cambarangá tan bizarramente que ahora le rogaban otra repetición.

Guardaba en su rancho del Sombrerito el traje de ceremonia: pantalón, chaqueta y capa de coco punzó y un gorrete con guarniciones plateadas. Tenía también una mixtura para ennegrecerse la cara, que le proporcionó el droguero de San Antonio de Obligado.

El contratista del obraje le arregló las cuentas. Y al promediar la siesta se puso en camino, el winchester al hombro, la cintura cruzada con su machete de peón de monte y, a la zaga, Aguará, perro fiel, abrojiento y peludo.

Atravesaría, hasta el Sombrerito, unos cuatro kilómetros de selva. Se metió por la picada que conocía palmo a palmo y que a esa hora de sol furioso y calor enervante ofrecía una quietud insidiosa.

Selén pensaba en el santo negro y en el oficio de cambarangá.

Evocaba las escenas de los dos años precedentes. Arribaba él a caballo, travestido de mandinga, al sitio donde se congregaban los promesantes. Y, apenas avistado, multitud de jinetes lo rodeaban, lo chuceaban, lo burlaban al grito de «¡Cambarangá! ¡Cambarangá!». Entonces él, el cambarangá, los perseguía y fustigaba con el arreador en un tumulto de estrépitos y pechadas. Entre la polvareda, algunos pingos daban, con montura y todo, contra el suelo.

Ese juego bárbaro, que ya habían prohibido las autoridades de otras comarcas, lo encantaba y enardecía. Y su expectativa se exaltaba con la víspera de la festividad.

Selén se paró de súbito, y todas esas meditaciones huyeron a la percepción de un peligro. A su lado, Aguará también se detenía con las orejas enristradas, el hocico olfateante y los remos estremecidos.

Resonaba un ruido hueco y acompasado semejante a un redoble de tambor, y también, más leve, el rumor de malezas batidas.

No tardaron en aparecer, unos tras otros, por el extremo opuesto de la picada, una veintena de chanchos de gargantilla.

El hombre trepó a un quebracho, después de dar una patada a Aguará para apartarlo de ese sitio.

En la penumbra, apenas rota por algunos flecos de sol, pasaban las bestias salvajes, presididas por la que, golpeándose la panza con las pesuñas, fingía el redoble de tambor. ¡Plan, plan, rataplán!

Aguará, con temeraria audacia, vuelto al pie del quebracho, ladró a los desfilantes. Uno de ellos, sin cambiar el paso, sacudió la cabeza, y el can se ovilló aullando lastimeramente. Un colmillo le había desgarrado el vientre a todo lo largo, como filoso puñal.

Selén amaba a su perro. Y, enfurecido, disparó el winchester sobre la manada. Las fieras se arremolinaron lanzando gruñidos y ultimando a Aguará. Algunos chanchos, heridos por los proyectiles, se revolían, coléricos. Otros ponían sus patas cortas en el tronco del árbol, espiondo con sus ojos pequeños, escalofriantes, al hombre enhorquetado en una rama. En la lobreguez del lugar relampagueaban los colmillos.

Agotó Selén sus municiones. Cuatro o cinco chanchos se debatían con quejidos estridentes. Y al cabo de media hora, el guía de la manada, haciendo sonar su tambor, se alejaba con su comitiva, abandonando a los moribundos.

Cauteloso se descolgó Selén del quebracho. Y después de contemplar un instante a Aguará, despanzurrado e inmóvil, prosiguió su camino.

Lo desazonaba el fin de ese animal. Marchaba con los ojos en el suelo.

Desembocó en un abra bañada de sol. Ya no le faltaba más de un kilómetro para salir del monte.

Bruscamente enderezó la cabeza y aguzó la vista.

Todos sus instintos se replegaron y aprestaron a la defensa.

Como a ochenta pasos, junto a unos chañares, se perfilaba un hombre con el winchester echado a la cara.

Instantáneamente reconoció a Policarpo Mendoza, un rosarino afamado de corajudo, que trajo para guardaespaldas un político del Rabón. Mendoza se la tenía jurada a Selén, por un delicado asunto de polleras.

Era desventajosa la situación de Selén, en medio del abra, a la descubierta, sin un solo tiro y frente al tenebroso redondelito del winchester de su adversario, preparado para descerrajarle unos chumbos.

Debía jugar toda su suerte a una carta.

Levantó el fusil por encima de la cabeza, paralelo a la tierra, y, avanzando, exhaló unos gritos:

—¡Eh! ¡eh! ¡eh!

Policarpo Mendoza avizoraba al ras del caño del arma. Podía voltear a su rival con un boquete en mitad del pecho.

Pero la actitud de Selén provocó su curiosidad; y el índice, engarfiado, se paralizó en el gatillo.

Cuando, ya abreviada la distancia, Mendoza estuvo al alcance de su palabra, Selén le dijo:

—¿No le parece cosa de zonzos balearnos aquí, en esta soledad? Mañana, en la fiesta de San Baltasar, podremos hacernos curuvica, delante de la gente. Así mostraremos cuál de los dos es más macho.

—¿A qué hora caerás vos a las velaciones?

—Soy el cambarangá.

—¡Ah!

Bajó Mendoza el caño del arma, y sin otras frases quedó concertado el desafío. Los dos hombres se toparían y sacarían chispas en Tacuarendí, a la vista de todo el pueblo.

Y uno y otro, con el winchester al hombro, tomaron direcciones contrarias.

II

Sonaban guitarras y acordeones. Envuelta en olas de polvo resplandeciente, transcurría la procesión. San Baltasar titubeaba en lo alto de las andas; y los estandartes rojos se movían sobre la muchedumbre de promesantes.

Marchaba al frente una criolla, con carátula de emperatriz de carnaval, y a sus flancos unas pebetas greñudas y hoscas ostentaban en sus torsos enjutos unas alitas de crinolina.

A ratos la emperatriz, coronada por un disco de cartón dorado, danzaba, con el retablo angélico, una danza titulada la polca de los reyes, mientras por el orden velaban la mayordoma, china oronda y respetable, picada de viruelas, y los alféreces, recios tipos montaraces que lucían en el pecho una banda cromática y pringosa, distintivo de su autoridad.

En la puerta de un rancho paró la procesión. El santo negro —tosca figura de talla— fue conducido por la emperatriz y su corte alada al interior de la vivienda, a reposar entre oropeles y bujías.

El recinto se colmó de devotos. Y un jarro de latón fue circulando de mano en mano y suavizando las bocas reseca con gargarismos de aguardiente.

Policarpo Mendoza se sentó afuera. Situose entre sus rodillas un cuzco flaco. Lo acarició y le arrancó después, a tirones, unas garrapatas de las orejas. El animal brincó y se alejó.

—No hay que ser herejes —reprochó a sus espaldas una voz de mujer.

Volvió la cara. Allí estaba Dorotea, una correntina huesuda, con pollera de tonos y dibujos rancios.

Lo alegraba la presencia de la muchacha, causante de su enojo con Selén Heredia. Sería ella testigo de lo que iba a acontecer esa tarde.

—¿Qué tal, Dorotea?—inquirió él.

—¡Che, gorda! —repuso, con lo cual daba a entender su bienestar—. ¿Y usted, don Mendoza?

Mendoza contestó también con un agasajo correntino:

—Lindo, viéndola.

—¡Qué don Mendoza este! —cacareó la muchacha, haciendo crujir, con un esguince del busto, las enaguas duras de almidón.

Hubo un silencio.

Mendoza siguió con los ojos la sombra redonda proyectada por una nube y que rodaba sobre los pastos igual que un chambergo arrebatado por el viento.

—¿Y Selén? —indagó el hombre.

Otra vez crujieron las enaguas de la correntina. Y, agrandando la boca con un mohín, prorrumpió:

—¡La pregunta de don Mendoza! ¡Encelado el mozo!... Selén Heredia no ha de tardar. Es el cambarangá.

Minutos después la gente aglomerada en torno del rancho rebullía y, señalando al horizonte, todos anunciaban, jubilosos:

—¡El cambarangá! ¡El cambarangá!

A galope tendido se acercaba un jinete. Era una mancha que crecía de tamaño y definía, poco a poco, sus formas. A su alrededor revolaba su capa, como una membrana purpúrea.

Ya se percibía su ulular selvático:

—¡Ujú, ujuy! ¡Ujú, ujuy!

Y el arreador restallaba, dibujando en el espacio garabatos vibrantes.

A diez metros del rancho sofrenó violentamente, hasta dar la cabalgadura con el anca en el suelo. Y ululó y chasqueó su látigo. En su cara hollinienta y reluciente le brillaba toda la dentadura.

—¡Cambarangá! ¡Cambarangá! —corearon unos promesantes, saltando a sus recados.

Sacaron nuevamente a San Baltasar a la cruda luz de la intemperie para no privarlo del espectáculo. Lo custodiaban la emperatriz y los angelitos, la mayor-doma y los alféreces.

Y comenzó el juego ecuestre. Los promesantes se acercaban al cambarangá, lo mofaban con golpes de boca y lo hostigaban con los cabos de los rebenques; y huían después, gambeteantes y vocingleros por el campo. El cambarangá los perseguía. Zumbaba en el aire la cuerda del arreador, que a menudo pintaba en la piel de los contrarios una lagartija de fuego.

Pingos y jinetes traspiraban, acezantes, bajo la llamarada del sol canicular.

Un alborozo emocionado y rudo dominaba a los hombres.

Desde el rancho las mujeres alentaban a sus favoritos.

Y por todos lados se voceaba:

—¡Cambarangá! ¡Cambarangá!

Policarpo Mendoza apretó la cincha de su overo, se tanteó la daga puesta sobre los riñones y montó.

—Vamos a ver cómo se porta, don Mendoza—chilló Dorotea.

El nuevo jinete trazó, a todo correr, una gran parábola, y luego acudió, rectamente, al encuentro del mandinga.

Y todos gritaron una vez más:

—¡Cambarangá! ¡Cambarangá!

Y a esos gritos sucedieron ahora unos gritos de espanto.

Habían visto todos fulgurar un facón en la diestra de Policarpo Mendoza y habían visto al cambarangá alzar los brazos y derrumbarse, con trágico desconcerto.

Y veían ahora al caballo disparar por la llanura y al cambarangá, colgado de un estribo, azotarse en tacurúes y troncos.

El cambarangá ya era un guiñapo sangriento.

III

Entre dos milicos y las muñecas apresadas a la espalda con un maneador, entró el criminal a la comisaría del Sombrerito.

—¡Métnlo al calabozo, hasta que venga el jefe!—ordenó el auxiliar.

Policarpo Mendoza no estaba arrepentido. Se había vengado de Selén Heredia. Ninguna ofensa dejó él jamás sin castigo.

Sus pupilas escrutadoras se fueron habituando a la obscuridad del calabozo. Y así divisó el bulto de un hombre que lo miraba, y en ese hombre reconoció, con aterrado asombro, a Selén Heredia.

¡Era Selén Heredia! ¿A quién entonces le había sumido el facón hasta la S?

No podía culpárse a Selén Heredia de felonía. En una pulpería del Sombrerito bebió unas copas para entonar el garguero, y, cuando quiso acordar, se agarró una borrachera que todavía le duraba. No fue adrede. A nadie le sacaba él el cuerpo para pelear.

Entonces el maestro de escuela, un muchacho de Esquina que escribía en los diarios de Santa Fe sobre costumbres de la comarca, quiso ser el cambarangá. Y mientras el ebrio dormía, se vistió con los trapos de Selén, se embetunó el rostro y marchó a caballo, rumbo a Tacuarendí.

Aún nada sabía Selén Heredia. Al conocerse el crimen, lo habían traído para declarar.

EL RELOJ

I

Cuando a Jerónimo Ortega le ofrecieron un conchabo en las islas de San Javier, pensó en su entenado Anselmo Cruz. Consigo no podía llevarlo ni deseaba que siguiese en el oficio de peón de monte. Tenía ciertamente habilidad y voluntad el muchacho para voltear un árbol con el hacha y cargar los troncos en los cachapés; pero le espumaba la sangre en la boca y al venir la oración le ardía la piel como si hubiera tragado brasas. Un curandero de Colmena, descubriéndole el mal, le dio un alambre embarullado. Si el enfermo conseguía, sin ayuda de nadie, enderezarlo, sanaría. Anselmo lo consiguió porque tenía paciencia y unos dedos muy hurgadores. Pareció al principio que mejoraba, pero después continuó igual, si no peor.

—¿Por qué no se lo ofrece a don Otto Koeppen? —le aconsejó un bolichero de Colmena.

Don Otto Koeppen, un alemán acriollado, habitaba en las cercanías de la población. Era dueño de un obraje a cuatro leguas al naciente. Iba muy de tarde en tarde para el lado de los montes. Pasábase la vida cuidando sus frutales y sus abejas y leyendo los paquetes de impresos que le llegaban de su país.

Pensaba bien el comerciante. En ninguna parte estaría mejor Anselmo Cruz que a las órdenes de ese extranjero, un hombre de instrucción y de quien nada malo se decía.

Koeppen aceptó al muchacho. Así aliviaría a la cocinera, una vieja paraguaya, hasta entonces única compañera de su soledad y sobre quien recaía todo el peso de la casa.

Ortega se marchó a San Javier, no sin antes recomendar a su entenado que fuera honrado, obediente y hacendoso. Por lo demás, estaba seguro de que esas virtudes anidaban en el alma de Anselmo. Ya había cumplido los dieciocho años y jamás le ocasionó, por su conducta, un dolor de cabeza. Hasta cuando Ortega, pasándose alguna vez en la bebida, se ponía a brucear, el muchacho lo sosegaba, sin faltarle el respeto debido a los mayores.

Anselmo se sintió pronto feliz bajo aquel techo. La tarea era liviana para él, acostumbrado a los recios quehaceres de los montes. Y su nuevo patrón se le antojaba un señor bondadoso.

Koeppen, que economizaba las palabras y las efusiones, no pudo evitar unas frases laudatorias al observar cómo el muchacho le alistaba las lámparas incandescentes. Acusaba en verdad singular destreza para manipular las frágiles camisas de los mecheros.

—Me parece —le dijo, confidencial, la cocinera —que don Otto está muy contento con vos.

II

Anselmo acomodaba y plumereaba todas las mañanas la habitación de Koeppen. Frotaba esmeradamente las pieles de víbora y los sables que, en una pannotia, adornaban los muros. Y hasta conocía ya el lugar que, en el armario, correspondía a cada libro.

Esa existencia le sentaba bien. Ya no advertía el sabor dulce de la sangre ni el fuego de la fiebre. Y comía hasta el último grano de la mazamorra que le servía la cocinera.

Un día, en la mesa de luz de Koeppen, sus ojos se detuvieron en un gordo reloj de níquel.

Lo miró y remiró, abismado por el misterio de esas agujas que caminaban a diferente ritmo sobre la esfera, del tamaño de un plato de café.

Abrió una tapa y una segunda tapa, y se le reveló el secreto interior. Su atención se concentraba en el movimiento del volante.

Lo dejó luego en su sitio. Pero la imagen del reloj no se apartó de su mente.

Esa noche no le pareció la luna más bella que la esfera del reloj ni tan maravilloso el mecanismo estelar como el mecanismo que guiaba las manecillas.

Por primera vez había tenido un reloj en la mano. Recordaba haber visto otro, en el despacho de un obrajero, adonde alguna vez lo mandó su padraastro. Era un reloj de pared con un péndulo cuyo fulgor y cuyo vaivén lo fascinaban.

Ahora, cuantas veces entraba a la pieza de su amo, sus ojos, obstinados, se recreaban en la contemplación del reloj.

III

—¿Qué milagro, don Koeppen, por aquí? —exclamó, cordial, el comisario de Colmena, indicando una silla al visitante.

—Traigo una denuncia.

—Hable no más, que la autoridad está a sus órdenes. No tendrá quejas de la policía, me figuro.

—No... La semana pasada fui al obraje y cuando volví no encontré ya en casa a un sirvientito, Anselmo Cruz.

—¿Anselmo Cruz?... ¿No será un entenado de Jerónimo Ortega?

—El mismo.

—¡Ah!

—Según la paraguaya que me cocina, dos días antes el muchacho tomó campo afuera. Yo pensé que se habría cansado de la ocupación, y lo lamenté de verdad, porque era diligente y ya me conocía los gustos. En fin, me conformé. Pero esta mañana he notado la falta de un reloj de níquel.

—Ratero el mocoso. Lo creía incapaz...

—Es curioso... Se ha llevado el reloj, que vale poca cosa, y no ha tocado uno solo de los billetes de cien que estaban en el mismo cajón... Yo no habría hecho la denuncia si no fuera porque aprecio mucho ese tacho. Vino conmigo de Hamburgo, el año seis.

—Usted se juntará con su reloj —aseveró, sentenciosamente, el funcionario policial.

Ya el jefe político había pedido a Solano Bermúdez, comisario de Colmena, que tratara bien a don Otto Koeppen. Pronto habría elección y en el obraje del alemán trabajaban no menos de doscientos peones.

Bermúdez recomendó a todos los distritos del departamento Vera la captura de Anselmo Cruz, acusado de hurto. Y él mismo se echó a investigar por su jurisdicción.

IV

Transcurrió una semana sin noticias del prófugo. Y una tarde que Bermúdez regresaba de vigilar el paso del tren de las cinco, el cabo de guardia le anunció:

—Ahí han traído, de Golondrina, a Anselmo Cruz.

Bermúdez corrió al calabozo. En un rincón estaba el preso, acucillado.

—¡Ya caíste, matrerito! A ver, a ver, entregá el reloj.

Anselmo sonrió, en silencio. Bermúdez ordenó al cabo que lo registrara. Experto para esos trabajos, el gendarme desnudó rápidamente al preso sin dejar recoveco por investigar.

Pero el reloj no apareció.

—¿Dónde lo has metido?... ¿Lo has bolicheado?

Anselmo denegó.

—A ver, cantá, cantá...—requirió, enérgicamente, el comisario—. ¿Lo escondiste?

—Sí.

—¿Dónde?... Allá, por Golondrina, seguro.

—Sí.

—Hablá... ¿En qué lugar?... ¿En algún algarrobo?...

—Sí; en un algarrobo.

El comisario se sintió satisfecho de su propia perspicacia. Y al amanecer, con el preso y el cabo, salió en un Ford, rumbo a Golondrina.

Bermúdez gobernaba el volante. Anselmo los dirigía por lugares intrincados. Las ramazones azotaban la capota y dos neumáticos estallaron, rotos por las astillas.

—¿Cuál es el algarrobo? —preguntaba impaciente el comisario.

Frente a cada árbol, Anselmo dudaba, rascándose una pierna.

Y al término de tres horas de errar por esos campos, el cabo sugirió:

—Malicio, comisario, que nos toman de zonzos.

Bermúdez adivinó en los ojos del mozalbete que su subordinado estaba en lo cierto.

—No te vas a reír de nosotros, muchacho de porquería —amenazó el comisario, marchando ahora de regreso a Colmena.

Anselmo entró al calabozo. Y el comisario, con el rebenque en la diestra, lo interpeló de nuevo:

—Vas a decirme que has hecho del reloj de don Koeppen, y si no decís voy a sacarte lonjas de los lomos... Sé que has andado merodeando por Tartagal... ¿Lo vendiste en alguna pulpería?

—No.

—¿Entonces?

—Vea. Voy a contarle. Hice un hoyo cerca de la picada de un monte, y lo tapé. Tenía miedo que me lo quitaran.

—¿Por dónde?

—Yendo como quién va a la Forestal, al naciente de La Florida.

El Ford rodó otra vez. Ahora el cabo llevaba una pala de puntear. Al llegar a Intiyaco torcieron a la derecha, apartándose unas cuadras del ramal al Rey.

Descendieron próximos a una picada del monte. Anselmo esparcía la vista por el suelo. La pala del cabo cavó hondo y volvió a cavar. Pero la memoria del muchacho no andaba bien. Vacilaba. No podía señalar con precisión el sitio buscado.

El vigilante, secándose la frente con la manga de la chaquetilla, dijo:

—Comisario; a mí nadie me quita que ahora también nos equivocan.

Bermúdez, hosco, repuso con una orden:

—¡Volvamos!

V

Pasaron unos días.

El comisario fue al calabozo; y a los primeros rebencazos el preso habló: el reloj estaba en un nido de horneros en un chañar, a orillas de la Laguna del Pescado.

Bermúdez creyó; el preso revelaba la verdad. No hay como el rigor.

Nuevamente partió el Ford en procura del objeto robado; y a la caída de la tarde regresaba, después de haber estado a punto de volcar en un tacurú.

Otra vez había sido burlada la autoridad.

Bermúdez no era hombre cruel ni aficionado a apalear a los detenidos. Pero ese muchachito no se iba a mofar impunemente del comisario de Colmena.

Ahora, sin decir nada y sin preguntar nada, azotó al preso a la luz de la luna que entraba por el ventanillo del calabozo. En la pared bailoteaban unos sombrajos extravagantes y patéticos.

—Con esa soba y una fajina —previo el comisario— el muchacho acabará por confesar. Otros más curtidos y con delitos más negros en la conciencia, a la larga, han aflojado.

VI

A la siguiente mañana, Bermúdez tomaba mate sentado a la puerta de su despacho.

—¡Comisario! ¡Comisario!

Esas voces lo hicieron incorporar. El cabo informó: el preso, al parecer, no resollaba.

Bermúdez acudió apresuradamente.

Anselmo yacía de espaldas, en el centro del calabozo, con las pupilas vidriadas y la boca sanguinolenta. Su cara juvenil, de plaquetas alternativamente pálidas y terrosas, mostraba una sonrisa que era al par de dicha y de burla.

El comisario lo miró, invadido de súbita lástima.

¿Habría sucumbido el muchacho a la paliza de la noche anterior? No. Nadie se muere por unos lonjazos.

—Fíjese, comisario —gritó el cabo, con sorpresa, señalando la mano del difunto.

Esa diestra crispada y recogida guardaba un reloj de níquel, el reloj de Otto Koeppen, que latía sobre el corazón inmóvil de Anselmo Cruz.

Y un ladrillo del suelo, levantado, indicó el sitio donde el ladrón, cuando lo trajeron preso de Golondrina, ocultó su tesoro.

LOS PUEBLOS

EL FINADO CEQUEIRA

I

En la Jefatura de Garay se recibió un telegrama: «Rómulo Cequeira falleció repentinamente. Avisen deudos. Contesten».

Rómulo Cequeira había ido a Santa Fe, después de largos años de ausencia, para curiosear las fiestas de la transmisión del mando de la provincia. Lo fascinaban la animación callejera y el desfile de los batallones que en esa ocasión ofrecía la ciudad.

Y allá lo sorprendía la muerte, una muerte imprevista, pues Rómulo Cequeira, criollo cincuentón, tenía toda la apariencia de los predestinados a la longevidad.

El secretario de la Jefatura se fue en su tálbury a la vivienda de los Cequeira, una chacra sita a media hora de la población.

Y apenas se halló en presencia de la cónyuge del difunto, notificó:

—Tenga paciencia, misia Juana: don Rómulo es finado.

La flamante viuda ayeó, mesándose los cabellos. Su entenado, Piringo, muchacho de veintidós años, precipitose de boca en un catre, sollozando:

—¡Tata, tata!

Cuatro o cinco chiquilines, también vástagos de Cequeira, espían desde un rincón, con ojos de asombro, la dramática escena.

—Bueno —advirtió el secretario—. Ya les sobra tiempo para llorar. Lo primero es contestar el despacho de la Jefatura de Santa Fe. ¿Qué les decimos? ¿Quieren ustedes hacerse cargo del cadáver?

Entre lágrimas y gemidos se deliberó. Rómulo deseó siempre que sus huesos reposaran, con los de sus mayores y los de su primera mujer, en el cementerio de Helvecia. Era indispensable cumplir la voluntad del muerto, ya que en vida poco se cumplía su voluntad en aquella casa.

¿Cómo traerían el cuerpo? En el vapor de la carrera no lo recibirían y en breque se emplearía un día para la ida y otro tanto para la vuelta, y no era prudente, con los solazos de la estación, traquetear así a un difunto.

¿Quién haría la caridad de prestarles un automóvil? El único, Eloy Montoya,

mozo que venía a pasar los estíos en una casita de su propiedad, a diez cuadras de allí, sobre el río San Javier, y de quien se aseguraba que había perdido un fortunón en los clubs sociales de la Capital.

Montoya conocía a medio Santa Fe. Se tuteaba con el nuevo gobernador; y del ministro de Hacienda fue condiscípulo en el Colegio de la Inmaculada. Con esas cuñas, como lo hizo notar el secretario, resolvería cualquier inconveniente.

Todo dependía, por consiguiente, de que el mozo quisiera hacerles ese favor. Y, siempre servicial y cordial, respondió al pedido con un rotundo:

—¡Cómo no!

Media hora más tarde el Ford de Eloy Montoya resonaba por los caminos arenosos que conducen a Santa Fe. Guiaba él, y a su lado iba Piringo, con el semblante demudado por un velo de tristeza.

Entretanto, esparcida la noticia, afluyeron a la morada de los Cequeira los vecinos que se juzgaban obligados a consolar a la viuda y deplorar la desgracia de la familia.

En esos trances luctuosos se pone a prueba la buena amistad. Unas vecinas trajeron retazos de merino para enlutar a los huérfanos y otras, velas y palmariorias de lata para alumbrar al extinto. Varias viejas trajinaban en la cocina; y en la sartén humeaban y chirriaban los fritos.

La gente acudiría al velorio desde algunas leguas a la redonda.

II

Piringo se abrazó conmovido al cuerpo de su padre, que yacía en la Comisaría 2.a, de espaldas sobre una tarima y protegido de las moscas con una arpillera.

En breve tiempo realizó Montoya los trámites para llevarse el difunto, y a las dos de la tarde su Ford pasaba de regreso el puente de la laguna Guadalupe. Ahora Rómulo Cequeira viajaba en la parte trasera del coche, entre cuatro tablas forradas de satiné negro.

A las seis podrían llegar a Helvecia, siempre que no estallaran los neumáticos en la arena caldeada. El sol de la siesta brillaba calcinador en un cielo sin nubes y el espacio despedía ráfagas de incendio.

En San José del Rincón bebieron unas chinchibiras, sin bajar del pescante. De allí a hora y media cruzarían por Santa Rosa de Calchines.

Montoya, tanteándose el saco, preguntó luego a su compañero:

—¿No tenés tabaco?

—No, no fumo.

Aquel hizo un gesto de contrariedad, y unos kilómetros más adelante averiguó:

—Che ¿tu viejo no fumaba?

—Sí; tenía mucha afición a pitar.

Y entonces, apretando el freno, rogó:

—¿Por qué no te fijás si tiene algún paquete?

Piringo se echó sobre el respaldo y, levantando la tapa del ataúd, pesquisó con una mano temblorosa las ropas del finado. Del tirador, oculto bajo el chaleco, extrajo al fin una marquilla de sobado papel rojo, que entregó a Montoya.

—¡Ah, tabaco fuerte!... A falta de pan, buenas las tortas.

Y armando y mojando con la lengua un cigarrillo, lo encendió y aspiró el humo gozosamente.

—Parece que tata está muy hinchado —observó Piringo, delatando su acento una mezcla de congoja y de miedo.

—¡Evidente! —confirmó Montoya—. Con semejante día no hay muerto que aguante.

III

El Ford embocaba las calles de Santa Rosa, vacías y guarnecidas de casuchas agazapadas en la fronda de las enredaderas; y fue a parar al almacén de Santoña. A la rala sombra de los naranjos se alineaban unos autos y cabalgaduras inmóviles y dormitantes, amodorradas por el sopor de la siesta.

Allí se echarían al buche algunos líquidos refrigerantes, se aprovisionarían de tabaco y, luego de verter un balde de agua en el radiador, reanudarían el viaje.

Descansarían no más de cinco minutos. Hasta Helvecia tenían un tirón de dos horas. Por suerte, ya el sol, ladeándose, se mostraría menos riguroso.

Santoña que, con los brazos arremangados, adelantaba el busto sobre el mostrador, se enderezó y dijo algunas confianzudas palabras de bienvenida.

—Che, gallego —gritó Montoya—. Venimos locos de sed. Destapate dos enteras de Pilsen.

—Sí, que hace calor —corroboró el comerciante, frotando las botellas con el repasador—. A menos que llueva pronto, las sementeras de maní se van a achicharrar.

Y mientras sus parroquianos bebían la cerveza, Santoña disertaba sobre las perspectivas de la agricultura e inmediatamente sobre los probables nombramientos que el flamante Gobierno haría para el departamento Garay.

—Con tu charla, gallego, nos has demorado un cuarto de hora —cortó Montoya, al tiempo que pagaba y aturdió al lavacopas con una opulenta propina.

—Los caminos están buenos y en un santiamén se ponen en Helvecia. ¿Para qué tanta prisa? —dijo el comerciante.

Y agregó, suavizando la voz y señalando al fondo con un movimiento de mandíbula:

—Ahí tenemos una partida de órdago, niño Eloy.
—¿Una partida?... —interrogó, consultando su reloj muñequero.
—Un monte pistonudo. Corre el dinero que es un contento... Están los Pereda, de Campo del Medio. Muy buenos puntos... Ahora tallaba el turco Amid. ¡Qué tío de leche! Dio diez judías arriba, en triquitraque, y ¡nada! la banca incólume.
—¡Diez judías arriba!... —repitió Montoya.
—Como me oye: diez judías arriba... ¿Por qué no entra? A lo mejor está usted en una buena racha.
—Caramba, no puedo demorarme —deploró.
—¡Que no se diga, hombre! Tanto monta llegar a Helvecia a las seis como a las seis y media. Me parece...
Montoya asintió por fin:
—Voy a echar una miradita. Diez minutos, solamente diez minutos... Aceleraremos después la marcha... Vos. Piringo, esperame en el auto.

IV

Alzando la cretona de una cortina, el mozo se encontró en una habitación donde, alrededor de una mesa, se aglomeraban afanosos los tertuliantes. Algunos lo saludaron campechanamente.

Uno de los Pereda, de Campo del Medio, susurró en la oreja de su vecino:

—Va a tomar vuelo la pandorga.

Con lo cual pronosticaba que la partida, ya en un comienzo de desmayo, cobraría animación merced al nuevo cliente.

El tallador, cetrino, de galera y bigotazos, invitó:

—Si quiere apuntar, don Eloy, lo mismo a la cargada que a la descargada...

—No; vengo de pato. Me voy en seguida.

Y al albur siguiente pidió:

—Che, Turquía; marcame veinte pesos a ese caballo.

Amid aceptó, mientras su mano peluda, ornamentada con un tatuaje fabuloso, recorría delicadamente el mazo.

Media hora después Piringo asomaba la cara entre los pliegues de la cortina.

—Niño Eloy; se nos hace tarde.

—Esperame afuera; en seguida corro a darle manija al coche.

Y a la hora volvió a aparecer, con gesto de aflicción:

—Niño Eloy, nos esperan para el velorio; nos va a agarrar la noche en el camino.

Eloy Montoya, que ya se había sentado al borde de la mesa, volvió el rostro:

—Un momento... A ver si salgo del metejón... Yo estoy muy amargo... Tal vez vos tengás acierto... Cuál te gusta, ¿ese as o esa sota?

Piringo avanzó un paso, estiró el pescuezo y, con la convicción de un novicio, declaró:

—La figura.

—Turquía; van cien pesos a la sota.

—Van —consintió el tallador, oscilando la galera en un movimiento afirmativo.

Y ganó la sota.

—Marchemos, niño Eloy —reiteró Piringo.

—Un momentito más. Tenés que desquitarme —repuso, optimista.

Y prometió:

—Si al fin gano, el diez por ciento de la ganancia para vos.

Y el tiempo transcurría y Montoya apuntaba a las cartas favoritas de Piringo. Y Piringo, que por primera vez presenciaba una partida de monte, iba poco a poco experimentando la voluptuosidad del azar, y eran cada vez más débiles sus exhortaciones para proseguir el viaje.

Montoya logró desquitarse con un copo audaz que lo puso en posesión de la banca de Amid.

Y gritó entonces:

—Yo tallo.

Y talló, asistido por Piringo, que atendía las paradas.

Santoña encendió una lámpara y sirvió unas copas, unos huevos duros y unas rajadas de salchichón.

V

Con la maravillosa inconsciencia con que las horas caen para los jugadores en la eternidad, llegó la medianoche y luego la madrugada seguida del bullicio de los gallineros cercanos.

Y en la cabecera de la mesa, en la atmósfera azulada por la combustión de los tabacos, Eloy Montoya continuaba la mecánica tarea de tirar los naipes y Piringo la de recoger y pagar las posturas.

Al mediodía se deshizo la reunión. Solo quedaron Montoya y Amid, mientras Piringo, rendido por la fatiga, las emociones y la cerveza, dormía a la larga en los mimbres de un sofá.

Amid y Montoya, que habían sufrido un quebranto de algunos miles de pesos, se entregaron con deleite a las alternativas de un truco mano a mano, por un paquete de cigarrillos.

De pronto irrumpió el comerciante y, encarándose con Montoya, dijo:

—¡Hombre! ¿Qué fiambres se trae usted en el automóvil? Aquello hiede que es un horror... Y un mosquerío imposible...

Piringo, que despertó a esas voces, se incorporó rápidamente y, renacido en

su espíritu el cuadro de su infortunio, salió gritando con consternación:
—¡Tata, tata!

VI

Y a la siesta de ese día de verano, el Ford de Eloy Montoya rodaba por las vías de Helvecia con el cajón, ahora reciamente claveteado, de Rómulo Cequeira.

Sobre el muerto cayó en seguida la tierra del camposanto.

Deudos y relaciones mucho lamentaron el fracaso del velorio, después de tantos inútiles preparativos.

LA SINECURA DE DON CRISTINO

I

De la mensajería descendió un viajero enjuto de carnes y quebrado de color. Era don Cristino Ojeda —galera verde y duro cuello de palomita— procurador titular de los Tribunales de Santa Fe. Venía a ese pueblo del departamento Las Colonias con un nombramiento de juez de paz. El mes anterior, una delegación de comarcanos representativos fue al Cabildo de la Capital para exponer una aspiración común: que se proveyera el Juzgado de Paz, vacante, por defunción, desde hacía mucho tiempo. Y el gobernador había prestado oídos a la demanda.

El nuevo funcionario lucía el talante de un profesional familiarizado con el papel de barba y las leyes procesales. El tornasol de sus mangas y los rastros de tinta de sus dedos delataban su amor a las sedentarias tareas del plumífero. Realizaba un tipo diferente al de su antecesor, don Guillermo Henzi, un suizo que cayó muerto con un «medio litro» en la diestra. Don Guillermo, no obstante ignorar las normas judiciales, otorgaba con seguro instinto la razón a quien la merecía.

No hubo quejas de aquel juez en extremo francote y rústico e insaciable consumidor de cerveza. Pero, sin duda, los asuntos se despacharían ahora con más formalidad y más ciencia. Era lo menester para una localidad que ya reunía mil doscientas almas y contaba con un molino harinero, dos poderosas firmas acopiadoras de granos, un stand de tiro ganador de trofeos provinciales y, en sus contornos, dilatadas sembraduras de trigo y lino.

Don Cristino, al tomar posesión de su oficina, extrajo del revoltijo de la valija un pringoso ejemplar del Código de Procedimientos Civiles, otro pringoso ejemplar de Leyes Usuales, un rimero de carátulas, un carretel de hilo y una aguja de coser expedientes. Los testigos de la operación —tres espectables vecinos de la villa— inventariaron mentalmente los útiles de labor del nuevo funcionario.

—¿Y el archivo? —indagó don Cristino.

Los presentes debieron confesar, abochornados, que el extinto don Guillermo Henzi resolvía los pleitos sin papeles ni libros, a tal punto que no compró jamás un frasco de tinta.

Compuso don Cristino a saludar un gesto de sorpresa y, a continuación, con una sonrisa de indiscutible superioridad, exclamó:

—¡Justicia primitiva!

—En efecto —corroboraron los otros.

II

Acudió don Cristino a saludar al Alto Comercio y personas conspicuas de la localidad. El nuevo juez, de modales graves y palabras escogidas, produjo inmejorable impresión. Cumpliría él apostólicamente —así lo dijo— las tareas que se dignaba encomendarle el Superior Gobierno; y reclamó para ese fin el concurso de todos los pioneers de la comarca. Encontró también coyuntura para citar las Pandectas y las Leyes de Indias. Se patentizaba su vasta instrucción. Alguien, empero, hizo notar una deficiencia: don Cristino no conocía ni una papa de alemán, y el cincuenta por ciento de los moradores de la villa eran suizos alemanes y el otro cincuenta por ciento descendientes de suizos alemanes. Mas debía también admitirse que estaban todos obligados a entenderse con el idioma del país.

Finalmente don Cristino, acompañado por nutrido séquito de comerciantes corpulentos, rojizos, esquilados, fue a recalar a la cervecería de Wagner, espacioso salón con una chimenea de campana al fondo y en las paredes cornamentas cervales, armas de guerra y oleografías de batallas pomposas. Tras el mostrador, dos orondas muchachas de cachetes purpúreos trasegaban la cerveza y aliñaban los sandwiches de picantes condumios. De la anexa cancha de bolos llegaba el retumbo de los palitroques, y de rato en rato asomaba algún jugador, sudoroso y en mangas de camisa, empuñando un jarro de alegorías tudescas.

Pimpló don Cristino un raudal de Pilsen —llevaba estibados no menos de diez felpudos— y se apipó de salchichas de sabor excitante. El recio lastre estimuló su verba. Ahora discurría sobre los políticos de Santa Fe. Algunas de sus anécdotas comprobaron el honroso concepto que los aludidos políticos tenían de Cristino Ojeda. Para don Cristino el gobernador Bayo era don Servando, el gobernador Iriondo don Simón, el gobernador Gálvez José a secas. Al general Roca también lo mentó con su solo nombre de pila: Julio Argentino. No cabía duda: don Cristino era un caballero ampliamente relacionado.

—Yo—declaró después— he venido a esta villa a ruego del gobernador, mi amigo, y a título de deber patriótico. El gobernador —me tuteo con él— desea que se implante en la campaña una ordenada administración de justicia; y todos los profesionales de buena ética nos sentimos obligados a secundarlo. De otro modo no aceptaría yo un Juzgado de Paz. En los Tribunales de Santa Fe me llueven los asuntos de gran calibre jurídico, más en lo contencioso que en jurisdicción voluntaria. Dirigí recientemente una litis muy complicada sobre

un caso de interdicto posesorio. Mi tesis creó jurisprudencia. Se la explicaré a ustedes.

Don Cristino se la explicó. Los oyentes, ansiosos de enterarse, pusieron a contribución los cinco sentidos. Mas poco expertos en el léxico de los juristas, quedaron en ayunas. Lo cual no impidió que, mirándose a las caras y balanceando las bochas, se dijera tácitamente:

—¡Lo que sabe este señor!

Después de recibir innúmeros agasajos y ya madura la noche, don Cristino se desvistió y tendió los huesos en el catre. La llama de la vela ardía inmóvil en la palmatoria de latón. A favor de esa luz paseó los ojos y una uña de luto por las páginas de un «Presupuesto de Gastos y Recursos de la Provincia de Santa Fe». Leyó: «gobernador \$600 mensuales... ministro de Gobierno \$450... vocal del Superior Tribunal de Justicia \$350». Más adelante descubrió lo que buscaba: «juez de paz \$50 mensuales». Don Cristino, desde el borde de la cobija sonrió, mefistofélico. Y caviló: muy pavo sería el juez de paz de una zona tan rica y poblada de gringos bonachones y mansos como bueyes, si no medrara tanto o más que el gobernador de la Provincia en el Cabildo. ¡Cristino Ojeda pelecharía!

Mató de un soplo la bujía y se durmió plácidamente.

III

A juez de tanto cacumen valía la pena someterle todas las diferencias, inclusive las que ordinariamente arreglaban los vecinos sin intervención de terceros. En procura de las luces de don Cristino se trabaron numerosas querellas. Don Cristino llenaba incansablemente páginas y más páginas con testimonios, providencias y detallada descripción de vistas oculares. Los pleitistas observaban el asombroso inflamamiento de las actuaciones. De los espesos cuadernillos manarían la doctrina jurídica y la apetecida verdad. ¡Qué distancia de estas normas forenses y legales a las normas rudimentarias del finado don Guillermo Henzi!

Para seguridad de los bienes discutidos, don Cristino determinaba invariablemente que las cosas muebles se depositaran en el Juzgado. Contiguo al Juzgado existía un espacioso terreno baldío. Ese solar se pobló rápidamente de cerdos, conejos, aves de corral, vacas lecheras... Reinaba allí la promiscuidad del arca de Noé. Naturalmente, la manutención de los animales domésticos, la custodia de los cachivaches litigiosos que llenaban el antedespacho, los servicios de un intérprete y el consumo de papel, tinta, hilo implicaban gastos múltiples. Al paso que llenaba nuevas fojas con su excelente caligrafía, iba acreciendo la cuenta de costas de actor y demandado. Para el trámite regular de los juicios, esas costas debían solventarse anticipadamente. Tuvo otra innovación interesante, basada en antecedentes que adujo de países europeos: imponer una cuo-

ta moderada a cada miembro del Alto Comercio local para el sostenimiento de una justicia buena y barata.

—En Suiza —arguyó don Jorge Delinzinger, fabricante de quesos, al oblar su cuota— nunca vi que el vecindario pagara por suscripción el trabajo del juez.

Don Cristino replicó, amoscado y displicente, a la importuna objeción:

—Tal vez en su país no rijan esas costumbres. Pero esas costumbres tienen sus raíces en el Derecho Romano y creo también, aunque tengo mis dudas, que en el Derecho Canónico.

Don Cristino se retiró con dignidad. Don Jorge Delinzinger quedó un instante pensativo, frotó con el pañuelo los anteojos de armadura de níquel y después se rascó enérgicamente el rapado occipucio.

IV

Por esos días festejose un aniversario más de la confederación helvética. En el stand de tiro al blanco hubo un certamen y en la cervecería de Wagner una copiosa comilona. Don Cristino participó de esos actos. En el stand, mareado por el estampido de la fusilería, felicitó con palabras selectas a los vencedores, y en la cervecería pronunció un discurso muy adecuado con la respectiva alusión a Guillermo Tell y al niño de la manzana. Hasta cantó a su manera en el orfeón alemán, mezclando su voz a la de quienes, frente a los jarros, añoraban las glorias y la poesía de los cantones suizos. Y también a su manera disparó los bolos en la cancha anexa al salón.

Acudieron gentes de otros distritos para asistir sobre todo al certamen de tiro. Eran en su casi totalidad suizos alemanes más o menos acriollados. Esos forasteros trajeron a la villa los primeros rumores de una probable revolución. En Esperanza se alistaban sigilosamente grupos de tiradores suizos para derrocar a las autoridades provinciales.

Tales rumores los rechazó don Cristino con un gesto de profunda incredulidad.

—¡Bah! No entienden un comino de política —sentenció—. En Santa Fe, a lo largo y a lo ancho, todo el mundo es oficialista a rajatabla. No hay quien le tosa fuerte al gobernador. Yo lo aseguro.

Otro de los forasteros, que regenteó una lomillería en la Capital de la Provincia, preguntó, extrañado, al quesero Delinzinger:

—¿Qué hace por aquí ese Cristino Ojeda?

—Es el nuevo juez de paz.

—¡Buena liendre! —susurró.

—Amigo íntimo del gobernador; hombre preparado y fino de modales —aseveró el señor Delinzinger.

—¡Psch! No crean a sus dichos, y abran mucho el ojo. Es un sabandija. Lo nombran juez de paz... ¡Después sorprenderán las revoluciones!

V

El juez de paz dictó los primeros fallos. Esos fallos narraban por lo menudo las incidencias del juicio y exponían una abrumadora porción de doctrina jurídica. Comúnmente daba la razón, en apropiada medida, a las dos partes. Era generoso en dar la razón. Pero no daba más.

Dos cerdos bien cebados, cuya pertenencia se disputaban ahincadamente unos chacareros del distrito, fueron, bajo la golosa vigilancia de don Cristino, diestramente faenados. Salchichas, salames, morcillas, jamones pendían ahora de las vigas del despacho. Uno de los chacareros no se conformó con la razón; quiso también los chanchos. Don Cristino, remontando los brazos y bajando la mandíbula, debió rechazar la audaz pretensión:

—¡Las costas causídicas!

La frase encerraba sin duda un poder mágico; los reclamantes, al oíría, dilataban los ojos, articulaban luego un ¡ah! y se iban con vagas señas de aturdimiento.

La repetición del caso reveló poco a poco al vecindario una regla de procedimiento: cuanto objeto, fungible o no fungible, se ponía al alcance del industrioso juez de paz, perdíase irremediamente para sus dueños por virtud de las dichas costas causídicas.

Y empezó la murmuración que en las poblaciones descontentadizas despierta la conducta de sus funcionarios oficiales. Don Cristino Ojeda atesoraba mucha ciencia y gastaba muchas hojas de papel. Y paralelamente acusaba una inexorable voracidad. ¡Cuán preferibles eran —ahora bien lo veían— los métodos iletrados y anacrónicos de don Guillermo Henzi!

En el stand de tiro, en la cancha de bolos, en la cervecería de Wagner se fue condensando la oposición contra el juez de paz, sin que don Cristino, siempre optimista, concediera al suceso la más mínima importancia. Don Cristino se advertía muy a sus anchas. Engordaba a ojos vistas. Su mesa le brindaba las más apetitosas carnes comestibles, gracias al bien abastecido corral anexo. Además, evidentemente, podría amañar suculentas economías. Les conocía la cara a la miseria y al hambre para incurrir ahora en tontas imprevisiones.

Entretanto, elaborada la conjuración, se decidió pedir por escrito, al Ejecutivo, la exoneración del juez de paz. La nota fue firmada en la quesería de Delinger y expedida a Santa Fe con la primera mensajería.

Pero el Cabildo no contestó.

VI

Cierta noche don Cristino Ojeda echose a caminar pausadamente para digerir un atracón de matambre adobado. En lo alto fulgía un frágil cacho de luna. Las viviendas estaban calladas y la calle vacía. Llegaba un remoto ladrar de perros y, más cercano, el cántico de los orfeonistas de la cervecería de Wagner.

Ideas venturosas acariciaba don Cristino. Fue macanudo acierto haber gestionado y conseguido esa sinecura por intercesión del tape Gauna, caudillo de los mataderos municipales. ¡Buena muñeca el tape Gauna!... Aquella tierra era una Jauja; y de allí no lo sacaban a él a dos tirones o dejaba de llamarse Cristino Ojeda. Malditas las ganas que tenía de reintegrarse a las tertulias de colegas suyos, en el boliche frontero a los Tribunales de Santa Fe. Aquellos negocios estaban muy alambicados.

Un carro de pasto volcaba sobre la vereda una mancha más espesa de obscuridad. En el lado opuesto brillaba, entre vidrios turbios, un mechero de aceite. Don Cristino entró, sin mudar el paso ni el orden de sus meditaciones, en la zona umbrátil. Y de súbito, se vio rodeado de una cuadrilla de individuos que hablaban en alemán y le echaban encima unas manos vigorosas.

—¡No hay derecho! —tartajeó don Cristino, procurando zafarse—. Me confunden. Soy el juez de paz. Desacatan al Poder Judicial.

El trance era imprevisto y serio. Una garra le aferró el cogote y un trapo enérgicamente ceñido a la boca lo privó de todo medio discursivo. Una soga, enroscada al cuerpo, lo paralizó. Cayole por la cabeza un capirote de lona que lo sumió en profunda lobreguez. A los pocos minutos lo levantaban en vilo y arrojaban sobre una blandura crujiente. Y durante largas horas lo acunó un constante balanceo.

VII

Aquella mañana, el centinela del Cabildo de Santa Fe descubrió en el umbral un envoltorio sospechoso, que manos ignoradas habían depositado allí. El envoltorio fue conducido cuidadosamente al interior. Y, en presencia del gobernador y del jefe de policía, dos milicos procedieron a desliar la misteriosa encomienda. De la encomienda surgió, como una momia egipcia, don Cristino Ojeda. Prendido a la solapa del saco mostraba, con letras góticas, un lacónico mensaje:

«Señor gobernador: Le devolvemos su juez de paz».

Don Cristino se alzó del suelo, se sacudió el polvo y, desabollando la galera, dijo:

—En mi persona han ofendido a Su Excelencia. Y la ofensa reclama un escarmiento ejemplar.

El gobernador, batiéndose una mano con la cartulina del mensaje, reflexionó y dispuso:

—Tal vez tengan razón los colonos. Pasen este sujeto al cuerpo de guardia, en calidad de detenido.

Y trincado por los dos milicos, don Cristino Ojeda marchó a lo largo de la galería del Cabildo.

Solo tuvo una amarga y melancólica protesta:

—¡Esto nos pasa a los criollos!

PASÓ EL PRÍNCIPE

El ferrocarril dividía la población en dos segmentos: en el Este habitaban las familias de abolengo; en el Oeste, los núcleos de más reciente data y sin preocupación mayor que la conquista de dinero. No es difícil colegir de qué parte de los rieles se asentaba la prosperidad. El Este tenía la iglesia, el Juzgado de Paz, la Comisión de Fomento y las casas viejas; el Oeste los mejores almacenes, un cine moderno, un bazar alemán, una agencia del Banco de la Nación y numerosas viviendas pintadas al aceite. Durante largos años solo del Este salieron los funcionarios locales. Ahora pertenecían al Oeste el presidente de la Comuna, el subcomisario y el juez de paz. Y hasta de allí era oriundo el senador del departamento.

El Este se fundó en 1860. Los pobladores del Oeste arribaron el 95, a raíz de inaugurarse la vía del ferrocarril. El Este miraba con desdén a los advenedizos del Oeste, colonos sin tradición y recios para el trabajo. Ese desdén se trocó luego en aguda rivalidad. El Oeste se incautó de la Comisión de Fomento. El acontecimiento histórico se produjo en 1915. Los desalojados lo consideraron como algo similar en trascendencia y efectos a la Revolución Francesa. Pero no ocurrió otra catástrofe que la privación que sufrieron los antiguos administradores de los bienes públicos. La situación no excedió, sin embargo, de un lustro. Otras elecciones equilibraron las influencias desafines. A la sazón el Este admitía como fatalidad inevitable el predicamento del Oeste. Y hasta, sin declinar la ojeriza, algunos jóvenes del Oeste habían ido a buscar novias en el Este. Primeramente las familias copetudas, celosas de sus apellidos, resistieron esas uniones; mas al último se allanaron a ellas. «Matrimonios de amor», disculparon, sin confesar que los hijos de los inmigrantes del 95 resultaban, a la postre, de retorno de Rosario con sus diplomas de farmacéuticos o de peritos industriales, mejor promesa de buenos consortes que los muchachos del Este, un tanto escépticos y demasiado amantes a los copetines y a la ociosidad.

Emplazado el pueblo en una zona agrícola, todos medraban con la agricultura. Los trigos y los linos ondulaban alrededor, hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Lentamente, los chacareros del Oeste se iban apoderando de las

chacras del Este. Los Pigliapoco, los Veviglia, los Depasquale, ilustres apellidos que arrancaban de la época de la fundación, debieron ceder, con dolor, grandes extensiones de sus heredades a los Acquaroli, los Benivenga, los Pantaveni, voraces propietarios del Oeste. ¡Y recordar que los Pantaveni, los Benivenga, los Acquaroli fueron en días no tan remotos peones al servicio de los Depasquale, los Veviglia, los Pigliapoco! Debía reconocerse que los tiempos y la codicia habían desquiciado un tanto las jerarquías sociales. Muchos, especialmente los viajantes de comercio que aflúan de continuo con sus muestrarios, no sabían discernir las diferencias de linaje. Para ellos era lo mismo —¡y había distancia!— un Pigliapoco que un Benivenga.

Pero donde los del Este no habían cedido un ápice a sus vecinos de allende los rieles era en el football. El «once» del Este jamás fue vencido por el «once» del Oeste. En el peor de los casos, llegaban a empatar. La copa Benivenga y la copa Acquaroli, que todos los años se disputaban con ardimiento a puntapiés y testarazos, eran trofeos poseídos por el equipo del Este.

Las niñas de las dos zonas asistían a los partidos, congregándose en grupos separados. Y si una familia del Este intimaba con las familias del Oeste, juzgábase esa ocurrencia a modo de una originalidad de deplorable gusto.

Por esos tiempos se anunció que a fines de la semana venidera pasaría, en viaje a Chile, Humberto de Saboya, príncipe del Piamonte. La noticia devoró todas las conversaciones y pensamientos. Era menester organizar una acogida estruendosa al futuro monarca. Había que echar el resto, a imitación de lo que, en analogía de circunstancias, realizaban las grandes ciudades comprendidas en el itinerario del príncipe.

La Comisión de Fomento fue convocada precipitadamente. Esa visita no constituía, desde luego, un episodio vulgar. Más probable y menos sensacional era el pasaje de un cometa por el cenit que de un vástago de sangre real por ese pueblo. Pero las deliberaciones de la corporación comunal se aborascaron de improviso a causa de la designación de la Junta Central de Festejos. Los ediles del Este pretendían que la Junta se integrara con lo más selecto del pueblo, vale decir, con habitantes de ese lado de los rieles. ¡Qué pensaría el príncipe si el homenaje lo presidía un Benivenga, un Pantaveni, un Acquaroli u otras gentes ordinarias por el estilo! El asunto era muy delicado... A la exclusión se oponían tenazmente los ediles del Oeste. En una época de democracia, todas las fuerzas vivas de la localidad debían estar representadas en esos actos. Se articularon diversas frases de subido color. Algunos puños batieron la mesa con más vigor que el conveniente, y un tintero, adherido a la protesta, volcó su contenido sobre el libro de actas. En suma, se interrumpió la sesión sin tomarse acuerdos. Los ediles del Este resolvieron, con ademanes iracundos, no volver a reunirse.

Ausente la acción oficial, la organización de los festejos la afrontó la iniciativa privada. Las tentativas de algunos espíritus ponderables para unificar las

voluntades en una entidad directriz se frustraron. Los aludidos espíritus ponderables cruzaron repetidamente los rieles y, vista la inutilidad de sus idas y venidas y la tozudez de sus convecinos, se pusieron las manos en la cabeza para exclamar, con adecuada inflexión de voz:

—¡Que todo se lo lleve el diablo!

A despecho de la tremenda imprecación, el diablo no se llevó nada, y en lugar de una comisión, se crearon dos, prohibidas entrambas todo género de comunicaciones. ¡Veríamos cuál sabría desplegar más boato! Unos y otros meditaron secretamente los medios eficaces para monopolizar la atención y la admiración del primogénito de Víctor Manuel.

La espléndida cosecha en flor, que con su espectáculo recreaba los ojos y los espíritus, inducía a no reparar en erogaciones con tal de dar al programa de fiestas extraordinaria lucidez. Las damas de los dos puntos cardinales movieron afanosamente los catálogos de las grandes tiendas metropolitanas para formular sus pedidos con la urgencia dictada por el caso. Cada una de las comisiones contrató en Rosario una banda de música y centenares de bombas de ruido. Se encargaron copiosas provisiones de flores; y un calígrafo de la Capital se esmeró en la composición alegórica de un pergamino que, para memoria imperecedera, los vecinos del Oeste entregarían al ilustre viajero. Los niños ensayaban tenazmente canciones corales alusivas a las circunstancias. Asimismo el orador más elocuente de cada una de las partes urdía los oropeles líricos para ofrendarlos al heredero del trono y a su séquito.

Fueron esos, en la población, días agitados. Suspensión de toda labor habitual para no ocuparse de asunto alguno que no se relacionara con la visita regia. Las muchachas casaderas eran quienes más vivamente sentían la comezón de ver al príncipe, acaso el único príncipe que verían en su vida. Y proyectaban los estilos que usarían en el minuto culminante de la presentación; y, acaso, lo recóndito de sus corazones anidaba la secreta esperanza de impresionar involuntariamente a Su Alteza.

Un presunto marinero que vendía por las calles del Oeste sus también presuntos artículos de contrabando observó con alborozo cómo se desinflaba la bolsa de lona que cargaba a cuestras. Sus casimires y telas estampadas se las llevaba el público sin incómodos regateos. El lobo de mar tomó el tren en procura de un nuevo aprovisionamiento de mercaderías substraídas a la ferocidad del Fisco. Y entretanto el Este había hecho un hallazgo que se conceptuaba de alto mérito. Recorría esas aceras un tipo popular, Giuseppín, ochentón y barrigudo. El hombre esgrimía un palo para defenderse de los canes y castigar las burlas de los muchachos que allí, como en todas partes, revelaban su crueldad con los derrotados. Y aunque en verdad para Giuseppín se tornara la vida difícil, pues ya las gentes, cansadas de sus pedigüeñerías, se negaban a socorrerlo, permanecía fiel a ese sitio, sin transponer jamás la línea ferroviaria. Alguien recordó

entonces que Giuseppín había servido en su juventud a las órdenes de Garibaldi. Y ¿qué nota más conmovedora y evocadora podía brindarse al joven príncipe que la presencia de un garibaldino auténtico en el andén de una estación santafecina? Giuseppín se encontró de súbito, con el consiguiente asombro, convertido en objeto de celosos cuidados. Nunca se le ofrecieron sobras tan abundantes ni las dueñas de casa se desprendieron tan gentilmente de las ropas en desuso de hermanos y consortes. La estampa de un soldado garibaldino, descubierta en un viejo ejemplar de revista, fue figurín para cortar el marcial uniforme.

En medio de los preparativos, palpitaba y crecía la hostil emulación vecinal. Ese estado de ánimo trascendía inclusive en las crónicas que se enviaban a los diarios de Rosario. El corresponsal avecindado en el Este olvidaba las actividades del Oeste; y, recíprocamente, para el del Oeste no contaban las iniciativas de la otra comisión de festejos.

Por fin se alcanzó el día impacientemente esperado. Gallardetes y oriflomas decoraban las calles, a los dos lados de la vía. La bóveda celeste se engalanaba con unos retazos blancos, como cueros de oveja; y en el lejano horizonte se empastaban algunas nubes grises que, por virtud probablemente del general optimismo, no suscitaban prevenciones. Los moradores del Este y del Oeste se disponían a abrumar con lluvias de flores, a su paso por las calles, al príncipe del Piamonte. Porque las familias del Este no dudaban que el preclaro huésped asistiría al baile del Club, que congregaría los apellidos de más brillante prosapia de la población; como así tampoco dudaban los del Oeste que el príncipe participaría del vino de honor que en la Roma Nostra le ofrecería, con palabras bien aprendidas, el señor Acquaroli, mayor contribuyente del distrito.

Desde horas antes de la prevista para la entrada del convoy regio, comenzó a afluir la concurrencia a la estación. Los del Este se posesionaron de una cabecera del andén y los del Oeste de la otra. En el centro ardilleaba el jefe ferroviario con su personal. Sus vaivenes y ademanes acusaban la nerviosidad que le traían las responsabilidades del momento.

Ya el semáforo indicaba vía libre; y el descubrimiento de una mancha de humo en la hondura de los campos, hacia donde se perdían los rieles, levantó un fuerte vocerío. Los dos grupos se apercibieron para adueñarse del príncipe. Se fue agrandando y dibujando la locomotora, se advirtieron las banderas y escudos que la ornamentaban y la presencia de unos caballeros sentados en la parrilla del miriñaque. Exhalando chorros de vapor, entró la máquina. Estallaron las músicas de las dos bandas, los cantos de los párvulos, las aclamaciones de los adultos y los cohetes de los morteros. Los ruidos cesaron al saberse que era esa simplemente una máquina exploradora. Ya no demoraría el convoy regio.

Minutos después llegó el tren regio. Todos los corazones aceleraban sus latidos, todas las bocas emitían algún grito y todos los ojos se aguzaban en busca del príncipe. Una de las plataformas de los coches vomitó, como una cinta, una

ringlera de soldados que franjearon el convoy y avanzaron en seguida, con las bayonetas caladas, rechazando a las gentes algunos metros atrás.

Se aclamaba:

—¡El príncipe! ¡El príncipe!

Algunas cabezas asomaron a las ventanillas. Y junto a una cabeza que ostentaba una gorra de marino, salió una mano galoneada que se extendió apaciguadoramente sobre la multitud. Esa manga pedía un poco de paciencia y de serenidad.

Benivenga reconoció en el pasajero de la gorra de marino al preceptor del príncipe, y chilló, coreado por todos los de su bando:

—¡Viva Bonaldi! ¡Viva Bonaldi!

El almirante agradeció con un saludo manual el homenaje de las gentes del Oeste, lo cual produjo entre las del Este un visible desabrimiento.

Los del Este demandaron entonces con redoblada vehemencia:

—¡El príncipe! ¡El príncipe!

Giuseppín, con los ojos azorados, ocupaba un sitio descollante entre los del Este. Su indumento de garibaldino, confeccionado con derroche de coco punzó, le prestaba una apariencia de cangrejo cocido. Al frente de los vecinos del Oeste figuraba el señor Acquaroli, empuñando el pergamino para el heredero de la corona.

La locomotora tiró del convoy a fin de acercarse a la toma de agua; y el vagón de cola vino a quedar en mitad del andén.

En el almacén de cristales, como un acuario, puesto en la plataforma trasera, apareció un doncel bizarro, moreno, sonriente, cubierto con un quepis semejante a un campanil y ceñido el talle por un ancho cinturón de piel. El público, deslumbrado, prorrumpió entonces:

—¡Príncipe! ¡Príncipe!

Tocando con la diestra la visera del sombrero militar, Humberto de Saboya inclinó repetidas veces el busto; y las gentes, atraídas por el prestigio de esa estampa, que el sol declinante llenaba de fulgores, pretendieron avanzar; pero el cerco de púas de las bayonetas les cerró el paso. Las dos bandas arrancaron, en desacuerdo, con unas marchas patrióticas, y los dos oradores con sus discursos, en medio de estrepitosa algarabía. Los del Este empujaban hacia adelante a Giuseppín, para situarlo en el campo visual del príncipe; y el señor Acquaroli, bajo un estandarte de la Roma Nostra, ofrecía el pergamino que, por fin, cogió un señor de patillas que había bajado del tren y que prometió, con gestos, ponerlo en manos de Su Alteza.

La locomotora desgarró el aire con una pitada, los soldados y el señor de las patillas subieron al convoy y los vagones comenzaron a rodar. El príncipe, rígido y sonriente, se alejaba encerrado en la urna de cristal, cuando todavía los oradores no habían cortado la hebra de sus discursos.

Y todos voceaban:

—¡Humberto! ¡Humbertito!

¿Cómo? ¿El príncipe partía? ¿No visitaba el pueblo? ¿Y el baile del Club? ¿Y el vino de honor del Roma Nostra?

Tumultuosamente descendió el público del andén e invadió las vías, alzando los brazos y aclamando al futuro monarca, que, como visión fugaz, pasaba ante las pupilas atónitas de los colonos de Santa Fe. Se columbraba aún su silueta, cuando se suscitó una agria disputa entre el señor Pigliapoco, del Este, y el señor Pantaveni, del Oeste.

—¡Brigante!

—¡Feso!

—¡Mascalzone!

Los bandos antagónicos se aproximaron, en actitud agresiva. Banderas y estandartes tremolaban amenazadoramente. Las señoras y las niñas se apartaron con temor.

Y a esa sazón trepidó el mundo con formidable trueno. Las caras se volvieron a las alturas, que se entoldaban de nubarrones tenebrosos y espesos. Hasta ese instante nadie había advertido la cercana tormenta, enfrascados todos en el acontecimiento. Y repentinamente una violenta granizada desnudó las copas de los árboles, derribó algunos pájaros y resonó en los techos de la estación como el galope de una caballada enloquecida.

Y clamaron voces desesperadas, con el pavor que infunden los cataclismos:

—¡Cristo! ¡Cristo!

—¡La cosecha perdida!

—¡Piedras como huevos!

—¡Maldición!

—¡Manacha!

Y los del Este y los del Oeste formaron una sola muchedumbre, unidos todos en la solidaridad del dolor común. Se lamentaban, se abrazaban, imprecaban y gemían.

A la distancia se borraba, entre los velos de la lluvia, el tren principesco; y hacia el pueblo iba, solo, lacio, caduco, chapaleando el barro, Giuseppín, el soldado de Garibaldi.

EL PATO MARRUECO

I. Siesta

La calle está vacía, las viviendas inmóviles, el arenal candente. Frente a la pulpería y gozando la rala sombra de un paraíso, dos cabalgaduras dormitantes inclinan los hocicos al suelo. San José del Rincón yace en el sopor de la siesta, hora de acidias y de duendes.

De pronto, a una puerta asoma cauteloso y vicheador un muchacho de corta edad. Seguro contra miradas importunas, pasa a la vereda y de la vereda al arroyo, derramando un reguero de granos de maíz que manotea de los inflados bolsillos de su blusa. En la esquina traza una curva y regresa, dando por cumplida la maniobra. Su padre, don Serapio Mundo, lo espera en el umbral y la palmadita en la cerviz con que lo acoge es seña aprobatoria de la conducta del vástago.

Padre e hijo se entran al penumbroso zaguán, dejando entornado un batiente. Nada interrumpe ya el caldeado sosiego de la calle, fuera del croar de las ranas y de algún lánguido zureo de paloma. Ahora resalta en el suelo la delgada y dorada culebra que dibujó el galopín Hipólito Mundo.

Por debajo de un próximo cerco de enredaderas deslízase, garbosa, una gallina; hundiendo el pico en la arena, el ave sigue la senda del maíz hasta traspasar, llevada de su gula, la puerta de don Serapio Mundo. Oyese un empavorecido cacareo y un fugaz rumor de plumas rebatidas; y vuelve a imperar el amodorrante silencio.

Por la esquina surge un pato marrueco, que avanza majestuoso y balanceador, borrando con el cucharón córneo las formas de culebra. Finalmente salta de la cuneta al filo de la vereda enladrillada, y de la vereda intenta trepar al umbral de algarrobo, puesto a mayor altura. Acude de improviso en su socorro una mano veloz y misteriosa que lo ase del cuello y lo arrastra al interior; luego sobreviene el traquear de la puerta sobre el marco.

Minutos después, por la misma esquina que el pato marrueco, se perfila la figura de don Isidro González Gilimón, maestro jubilado de las escuelas Láinez y especialista en labores caligráficas. Don Isidro, cubierta la espalda con una

toalla, avizora en todas direcciones. Camina en seguida, con la vista baja; observa en la arena las frágiles mariposas que estamparon las patas del marrueco. Ante la morada de don Serapio Mundo se para un instante, pensativo; inclínase y toma del umbral una pluma de ave, que examina prolijamente. El ceño adusto y disipadas sus dudas, saca un lápiz de carpintero y escribe en la pared con letras historiadas: «A mi pato marrueco: ¡Yo te vengaré! Tu inconsolable viuda, la Pata». Desanda el trayecto. Alguna vez se detiene para, recogiendo una pierna, volcar la arena colada en sus zapatillas de esparto.

II. Hogar

Es don Serapio Mundo vecino antiguo y estimado de San José del Rincón. Una quinta de frutales, arrendada a proveedores de los mercados de Santa Fe, le granjea una renta, aunque escasa, suficiente para los sobrios consumos de su hogar. Carece de otros proventos y no se aplica a más ocupación que la muy liviana de matar las horas, sentado en una silla a la puerta de su vivienda.

No deja, sin embargo, don Serapio Mundo de acariciar una ilusión: el nombramiento de receptor de rentas del distrito. Es hombre entendido en números; sabe de contabilidad. Desde luengos años espera ese nombramiento, pero —juiciosamente lo observa doña Oro, su mujer— ese nombramiento no puede llegar nunca; el aspirante nada efectivo realiza para obtenerlo. Se niega, por inercia y timidez, a gestionar.

El hogar de los Mundo se adorna con tres niños: el mayor, Hipólito, nacido al promediar la primera presidencia del señor Irigoyen; el segundo, Marcelo, nacido al inaugurarse la administración del señor Alvear; y el tercero, nacido en el último otoño, sin bautizar todavía, recibirá probablemente el auspicioso nombre de Elpidio. El cielo le concederá, sin duda, en lo porvenir la gracia de un séptimo hijo varón para encompadrar con el magistrado máximo del país. No será tampoco cosa nueva para don Serapio Mundo relacionarse con un presidente: entre cuatro varillas exhibe la pared de su comedor una tarjeta a máquina: «El presidente de la Nación Argentina, Victorino de la Plaza, saluda a don Serapio Mundo y agradece sus felicitaciones de año nuevo. Buenos Aires, 10 de enero de 1916».

El único reproche que alguna persona escrupulosa puede formular a la conducta de don Serapio Mundo se referirá a su descripto sistema de aprovisionamiento. Mas él argüirá en su descargo que la caza es deporte y no rapiña, fuera de que no acude él en busca de las aves; las aves acuden voluntariamente a su domicilio.

Otrosí: nadie ha sorprendido nunca a don Serapio apresando plumíferos ajenos ni se adivina su artilugio.

III. Epigrafía

El sol se ladea y la calle comienza a despertar. En la vereda de la pulpería platican unos parroquianos; de las viviendas salen los sesteadores con la galbana y el incompleto vestir del catre; los pájaros garrulean y brincan; algún pingo o algún Ford con chapa de Santa Fe o de los distritos norteños remueven de rato en rato el arenal.

La residencia de los Mundo da salida a Hipólito; el mozalbete vuelca en la calle un balde de agua turbia y gira para entrarse en la casa. Pero sus pies se plantan en el suelo y sus ojos en el letrero de la pared. Alumno de cuarto grado de la escuela fiscal, silabea el misterioso mensaje. A los pocos minutos se convocan allí don Serapio Mundo, doña Oro con Elpidio en brazos y, luciendo un trozo de camisa por los fondillos, Marcelo Mundo.

—¿Quién será el sinvergüenza que ha escrito esas palabrotas? —pregunta doña Oro, con la indignación pintada en su cara morena y redonda—. Merece una paliza.

—Para mí —intuye sombríamente don Serapio Mundo— que solo el gallego González Gilimón tiene pulso para dibujar estas letras.

—Debe ser él no más —asiente doña Oro.

Su consorte propone:

—Avisemos a la comisaría; que lo citen y lo hagan declarar.

Doña Oro, atinada siempre, rechaza:

—No digás pavadas. El escándalo sería en nuestro perjuicio. Lo que apura es borrar el epitafio.

El jefe de la familia raspa la pared con un casco de botella, hasta arrancar la cal. No logra impedir que algunos vecinos curiosos se alleguen y enteren de la leyenda. Momentos después el suceso se comenta y apostilla con risas en las reuniones de la localidad.

IV. Revolución

Ya obscurecido, los pasajeros del ómnibus de Santa Fe traen una noticia despampanante: una revolución ha puesto en fuga al presidente, y a esas horas un general ocupa la Casa Rosada. El Gobierno de la provincia lo tomarán al amanecer los militares del regimiento 12.

Brillan hasta más tarde las luces de las viviendas y pulperías de San José del Rincón. Circulan extravagantes invenciones. El comisario, el receptor de rentas y el juez de paz dialogan sigilosos y cariacontecidos, en una esquina de la plaza.

El receptor de rentas, tentándose el colodrillo, murmura con desolación:

—¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿Dónde están los amigos del «viejo»?

A la medianoche se extinguen todas las señales de vida; la quietud y el silencio recobran sus fueros; remotamente late la perrada de chacras y quintas.

Después de descabezar el primer sueño, doña Oro, dentro del mosquitero, se pone boca arriba y despierta de un talonazo a su marido.

—¿Qué hay?... —averigua don Serapio Mundo, con sobresalto, en la tiniebla.

—Ahora van a cambiar todas las autoridades —discurre doña Oro—; el receptor de rentas, tan griton y tan partidario de los otros, se mandará mudar en seguida. Esta es la tuya.

—También lo creo —aprueba el hombre—. Esta vez no falla el nombramiento.

—En el ómnibus de las ocho te vas a Santa Fe, y te hacés presente al nuevo ministro; le hablás claro, nada de achicarte: que querés la Receptoría de Rentas, y que siempre fuiste enemigo declarado de los últimos oficialistas.

—Bien sabés que no tengo genio para pedir ¿qué voy a hacerle?

Doña Oro se sacude entre las cobijas, replicando, sarcástica:

—¿Qué te figurás?... ¡Van a venir los militares a rogarle al señor que acepte la Receptoría de Rentas!

—No hay en el distrito quien ostente para el cargo mejores derechos ni aptitudes que yo.

—¡Sos un infeliz! —repone enojada doña Oro, al tiempo que, con un crujido de elásticos, le vuelve la espalda.

Y a los pocos minutos solo se oye en la alcoba conyugal la respiración de los durmientes y las estridencias de un grillo.

V. Expectativas

Transcurren unos días. Los suscriptores de La Nación tienen que prestar los diarios a los vecinos, hambrientos de noticias. A los representantes de la autoridad lugareña desazona la incertidumbre de su suerte.

—¡Estamos fregados! —exclaman entre sí.

Ya han debido reconocer, en rueda de tertuliantes, que eran muy perniciosos los mandatarios depuestos. El trío de funcionarios acude a la estafeta postal cada vez que descargan un saco de correspondencia; no reciben pliegos oficiales y alivian sus pechos con un suspiro.

—Tal vez se olviden de nosotros —insinúa, esperanzado, el receptor.

Esa mañana el encargado de la estafeta, que tampoco las tiene todas consigo, les muestra un ancho sobre con membrete del Gobierno provisional y las señas de don Serapio Mundo. Tejen conjeturas. El receptor de rentas advierte un escalofrío por las pantorrillas.

Instantes después llega el sobre gubernamental al domicilio de don Serapio

Mundo; el sobre tiembla en la mano de su destinatario; doña Oro coloca a Elpidio en el suelo y desgarrá impetuosamente la neta. Lee; redondea la boca y redondea los ojos; es el nombramiento para su marido de receptor de rentas. En el rostro del agraciado florece una sonrisa asombrada y estúpida:

—Mi sueño dorado —dice.

Y reprocha, triunfal, a su consorte:

—¡Yo tenía razón! El nombramiento vendría solo; no había necesidad de tironearlo ni valía la pena impacientarse.

—Es milagroso —responde la dama; y agrega con voz campanuda—: Ahora urge que cumpla con su deber el señor receptor de rentas de San José del Rincón.

La hoja de papel oficial soberbiamente caligrafiada y suscripta por la ininteligible firma del secretario militar de Hacienda y Obras Públicas le comunica su designación y le ordena que sin demora ocupe el cargo.

VI. Receptor

Doña Oro, solícita, trae a su marido la galera, el bastón y los botines de elástico. Don Serapio Mundo, con talante grave y feliz, se encamina a la Receptoría de Rentas. Lo siguen los amigos enterados del acontecimiento. En la otra cuadra el comisario se le aparea y lo congratula. Luego el policiano, hombre de experiencia, le dice junto al oído:

—Ese bastón, señor Mundo, no viene al caso... Es un parecer...

Don Serapio mira el bastón de palo santo; tiene el bastón una clásica cabeza del presidente Irigoyen tallada en el pomo; se decide; revolea el bastón y lo arroja a un pozo de cal viva.

Don Serapio y su comitiva invaden la oficina fiscal. El antiguo receptor lee el pliego, titubea sobre sus pies y en seguida resuelve:

—Yo no entrego la Receptoría mientras no se me notifique directamente por la Superioridad.

Don Serapio alza los hombros y contesta:

—Tengo orden de tomar posesión inmediatamente del cargo; el señor comisario hará respetar las disposiciones del Gobierno provisional.

—El comisario es mi amigo.

A lo cual el comisario sentencia:

—Una cosa, la amistad; otra cosa, el deber.

El antiguo receptor pretende impugnar las formas administrativas. El comisario, pleno de autoridad, le trinca un brazo y lo pone en la calle.

VII. Inquietudes

Don Serapio Mundo se revela un funcionario prolijo y previsor. Ante dos vecinos de responsabilidad se recibe de los valores y documentos. Comprueba irregularidades y métodos nocivos para recaudar las contribuciones. Redacta un extenso informe para el ministro de Hacienda; pormenoriza los malos manejos en uso y aconseja los medios de impedir las filtraciones y vigorizar las entradas. Rubrica y expide la nota con seguros recaudos postales.

Sale a la calle; desde la vereda opuesta don Isidro González Gilimón lo saluda con jovialidad bellaca:

—Mis enhorabuenas, señor Mundo; y cuidado, que la carne de pato suele ser indigesta.

En otra sazón habría respondido al sarcasmo con algún pertinente dicitio; su actual investidura de funcionario público le veda los incidentes personales. Envía, sin detenerse, una mirada desdeñosa al maestro jubilado.

En la fachada de su vivienda descubre una nueva inscripción, también de letras historiadas. Es un mensaje jocoso y enigmático que echa un nublito en el semblante del receptor de rentas: «Al pato marrueco: Ya te ha vengado tu inconsolable viuda, la Pata». También este letrado desaparece con un trozo del revoque.

Pasa esa semana. En esa semana los ingresos fiscales aumentan notablemente; todo es asunto de ajuste y celosa vigilancia. Doña Oro escamonda a sus niños y visita a lo principal; no ignora que el nuevo rango de su marido le crea otras obligaciones sociales. Invita a sus relaciones al bautizo de su último retoño, que en el Registro Civil apunta con el nombre de José F.

Don Serapio Mundo está contento; solo le disgusta y le suscita extraños barruntos de peligro el misterioso y alegre regodeo de don Isidro González Gilimón. El maestro jubilado solivianta a las tertulias con un anuncio:

—Les preparo una sorpresa; tendrán para descostillarse de risa.

VIII. Visita

Al cabo de una semana, frena en la Receptoría un charolado automóvil, con chapa oficial. Desciende un caballero.

—¿Don Serapio Mundo? —indaga el arribante.

—Yo soy.

—Bien; usted habla con el subdirector general de Rentas de la Provincia. Me envía el ministro de Hacienda y Obras Públicas.

—Completamente a su disposición —declara el jefe de la oficina, con una reverencia profunda.

El subdirector general de Rentas recaba informes, compulsula libros y papeles, se cerciora del desquicio que allí reinaba anteriormente y del orden dictado por don Serapio Mundo.

—Ahora —expresa el subdirector— deseo ver su nombramiento.

Don Serapio, diligente, abre una gaveta y le entrega el pliego, cuidadosamente planchado. El subdirector lo lee, remece la cabeza y declara:

—Esto es una falsificación; el Gobierno no lo ha nombrado a usted, ni pensó nombrarlo nunca, receptor de rentas ni nada.

—¿Cómo?... ¿Cómo?... —tartajea don Serapio Mundo, parpadeante y aturdido.

—Como lo acaba de oír; usted es un usurpador de funciones públicas; a usted le alcanza el rigor de la ley marcial.

Don Serapio Mundo se nota un sudor helado en las sienes y un repentino aflojamiento de las rodillas. En el desbarato de sus ideas se le patentiza fulminantemente la vengativa mistificación del calígrafo jubilado. Ensayo alguna explicación, pero la lengua se le traba y su turbación se le acrecienta.

Desplómase don Serapio, desemblantado, en una butaca. Entonces el subdirector General de Rentas muda la expresión de su faz y pronuncia unas palabras admirables e imprevistas.

—Comprendo su situación; también la ha comprendido el señor ministro de Hacienda; le han armado a usted una broma con intento de mandarlo a la cárcel; intrigas de pueblos chicos... El señor ministro ha leído atentamente su memorial y ha espigado en él valiosas sugerencias para mejorar los sistemas de las oficinas recaudadoras de la campaña; y anoche Su Señoría me dijo: vaya usted a San José del Rincón, inspeccione la Receptoría y, si confirma los términos del memorial, le entrega esta comunicación a don Serapio Mundo, de quien he obtenido favorables referencias.

Y, extendiéndole una hoja, agrega el subdirector:

—Aquí tiene usted, señor, su nombramiento de receptor de rentas de San José del Rincón con anterioridad a la fecha de asumir el cargo.

Acomete a don Serapio Mundo el deseo de besar las manos del subdirector en una actitud de película melodramática.

IX. Revelación

Don Isidro González Gilimón se alarma; va para un mes que don Serapio Mundo desempeña la Receptoría y de la Capital no han despachado aún la orden de arresto para el usurpador. ¡Cómo estarán de embarullados en la Casa Gris!

Entonces determina revelar la verdad al ex receptor; el ex receptor zapatea de gozo y con el comisario, don Isidro González Gilimón y un bulto de contribuyentes a la zaga endereza a reasumir las funciones de que ha sido despojado.

Y cuando don Serapio Mundo, radiante de dicha y orondo de dignidad, exhibe su credencial auténtica de jefe de la repartición, el ex receptor humilla la frente y aprieta, colérico, los puños.

El comisario protesta:

—¿Para este papelón me han traído aquí?

Y los contribuyentes preguntan, cachadores, a don Isidro González Gilimón que se encoge y mira despavorido a la puerta de escape:

—¿Es ahora cuando nos debemos descostillar de risa?

X. Epílogo

Las secciones rurales de los diarios de Santa Fe registran esta mañana una noticia lacónica: «San José del Rincón, 25.—En el almacén Continental, ha sido ayer atacado a trompis don Isidro González Gilimón, maestro jubilado de las escuelas Láinez, por el último receptor fiscal del régimen caído el 6 de septiembre».

LAS ISLAS

VIDALITO

I

Tumbado a la larga en el catre de tientos, Evangelino Bracamonte dormita insensible a los mosquitos que, perforándole el duro pellejo, se inflan y enrojecen a su sabor. Las ramas de un aroma le brindan sombra y escondedero mientras Vidalito Bracamonte, su unigénito, que raya en los quince años, avizora acucillado la lejanía.

A cincuenta metros atrás del aroma se perfila la vivienda de los Bracamonte, de adobe crudo y techo de cinc, y cincuenta metros adelante cabrillea el sol en el agua de un bañado. Al borde del bañado se esparcen unos señuelos de barro seco, que toscamente remedan las formas de patos laguneros.

De repente Vidalito manotea el pie desnudo y costroso del durmiente, diciendo con acento opaco y alertante:

—¡Tata! ¡Tata!...

Evangelino, de barriga en el catre, solivia el busto y, mirando afanosamente para la parte del bañado, coge el fusil que está paralelo a sus costillas, afirma la culata en un hombro y encañona entre el bochinche de las ramas.

El tremendo estampido de una carga desmedida de pólvora, balines y recortes estremece a la isla entera. Los patos sobrevivientes huyen silenciosos y azorados, un bando de palomas surge con estrépito de alas de un timbó, el caballo que pastaba allí cerca enarbola la cabeza como un hacha y en la puerta del rancho aparece Gregoria Bracamonte, haciendo un atajadizo a los ojos con la mano para inquirir las consecuencias del fusilazo de su marido.

Evangelino vuelve a reposar la testa en el catre y a su costado el caliente fusil, defendido el caño contra los riesgos del reventón con un alambre ensortijado, y la culata, para que no patee fuerte, con una almohadilla de crines.

Y en tanto el criollo enhebra otra vez el sueño, Vidalito ratea entre las malezas, rumbo al bañado. Se mete en el agua hasta las ingles, apresa a las víctimas del chubasco de plomo, veinte o treinta franciscanitos, y luego va al rancho con una pesada pelota de plumas en cada mano.

Antes de hundirse el sol tras las barrancas de Guadalupe, Evangelino se levanta, se despereza y, en la diestra el fusil y el catre al hombro, marcha a su vivienda; zagüero camina Vidalito que tiene un ojo extraviado, la boca siempre abierta y húmeda y las facciones torcidas cual si sobre ellas soplara un ventarrón.

Utilizando las postreras lumbres del día, se dirigen padre e hijo a un albarcón de la laguna, distante pocas cuadras, y, en la canoa, recorren el espinel. Siempre hay, cautivos en los anzuelos, algún dorado, algún pacú, algún rollizo, alguna boga...

A la mañana siguiente vadeará Evangelino la laguna para vender a los veraneantes de Guadalupe y a la tropa de curitas del Seminario Conciliar el producto de su caza y de su pesca. Y antes de mediodía regresará con algunas provisiones de almacén y algunos pesos en el bolsillo, para tumbarse nuevamente en su catre de tientos.

Se viene la noche encima. Los dos Bracamonte enderezan al rancho. Brillan las luces de Santa Fe y más remotamente, sobre la izquierda, un difuso resplandor delata la capital de Entre Ríos.

II

Gregoria, medio delicada para el mosquito, enciende una fogata que, a fin de producir más humo, consume también unos desechos de arpillera. A esa hora arrecia el mosquito, voraz y atropellador; las catangas topan contra las paredes. Es año, año lluvioso, de muchas sabandijas, suplicio de los puebleros que pasan los calores a la orilla del agua.

Al fuego se doran dos franciscanitos y un rollizo. La atmósfera está pesada y negra y para el lado del levante refusila. Evangelino clava en el suelo el filo del hacha, con el ojo para arriba; tal el modo de ahuyentar rayos y centellas.

Después de comer, Evangelino abre el catre para dormir al raso, mientras Gregoria arregla los trebejos de cocina. Dentro de pocos instantes se guarecerá ella bajo techo, con Vidalito, para descansar y levantarse al alba.

El cuzco de la casa torea con furia; a lo mejor alguna comadreja o alguna iguana...

Y Evangelino, que cree sentir rumor de pisadas en el cercano pajonal, grita:

—¿Quién anda ahí?

Y en la obscuridad contestan:

—¡Avemaría!

Evangelino reconoce la voz de Cayetano Verdiles, don Cayeta, pescador que habita como a veinte cuadras, siguiendo en dirección a Colastiné Chico.

Disfruta don Cayeta de popularidad y simpatía entre los isleños. Aunque propenso a captar cosas y animales ajenos, se le estima un hombre servicial.

Cuando la muerte ronda por algún rancho, allí está don Cayeta para consolar y aportar su diligencia y su inventiva. En la creciente del año 14 demostró cuánto era capaz de hacer por el prójimo. Gracias a su decisión no sucumbieron en aquella catástrofe los Gorosito, familia de carpincheros, en la costa del arroyo Quitacalzones.

El recién venido ocupa un escabel de ceibo; Gregoria monta la pava en un trébede; Evangelino cuelga de las ramas del tártao el candil mortecino y humoso. Y tomando mate, circuidos de sombras, discurren sobre la altura de las aguas, los negocios del pescado y las nuevas garitas del balneario de Guadalupe.

Vidalito, que ha merodeado en torno de la visita, se va a dormir. Don Cayeta dice, con dejo apesadumbrado:

—¡Lástima de muchacho!... ¿Y no se les compone?

Gregoria hace un gesto de negación y desesperanza.

Y Evangelino pormenoriza:

—No se compone. A temporadas anda bien hasta que le viene la convulsión. Entonces se retuerce, grita y se amorata. Una cosa muy fea. Por días queda el pobre rendido. Después hay que tenerle mucho cuidado. Como es medio privado de la cabeza, travesea sin intención y sin maliciar el peligro. No podemos guardar animales en casa, porque a lo mejor les hace alguna fechoría. El cuzco le dispara; sabe que, cuando menos lo piense, el muchacho le va a echar un chorro de agua hirviendo o lo va a chucear con el asador. He traído gallinas, pavos y nutrias. A las aves les cortaba el pescuezo y a las nutrias les saltaba los ojos con una astilla.

—Contale lo de García, Evangelino —indica Gregoria.

—¡Ah, sí! El año pasado, los tripulantes de una balandra naranjera me regalaron un mono misionero que tenía totalmente cara de persona. Se llamaba García. García, tan retozón y tan zafado, nos divertía mucho. ¡Bicho inteligente! Yo le gritaba «¡García!» y García se me venía al trote desde el techo de la casa, desde arriba de un árbol o desde donde quiera. García hizo buenas migas con Vidalito. Siempre andaban juntos. Y una tarde oí unos chillidos de dolor; y en el fondo de la batea lo descubrí a García abierto de brazos y atravesado por unos clavos de dos pulgadas como el Santo Cristo que tenemos en la pieza. Y Vidalito, sentado enfrente, lo miraba fijo, con una risa quieta y babosa. Le aseguro que daba pena.

—Es una desgracia —reconoce don Cayetano.

—Cierto —confirma Gregoria.

—¡Y cómo no ha de ser desgracia! —exclama Evangelino—. Un hijo solo y un hijo así. No hemos cometido falta merecedora de ese rigor. Con Gregoria nos ayuntamos en la isla, allá por el año en que Menchaca subió al Poder, y antes de que naciera Vidalito nos casamos conforme Dios manda, frente al camarín de la Virgen de Guadalupe, un día de peregrinación.

—No sé si habrá sido —interviene Gregoria— el sustazo de cuando encontré enroscada en las cobijas a un curuyú. Por ese entonces yo estaba muy adelantada de Vidalito.

—¿Y no lo han hecho ver? —interroga don Cayeta después de un silencio.

—¡Oh, déjeme! —lamenta Evangelino—. Nos hemos gastado un platal en doctores; cinco pesos la visita, y le recetan unas tomas; y siempre sigue igual. A otro le dio por hurgarle las narices con unos fierritos...

—Si los doctores no le entienden la enfermedad —razona don Cayeta— debía buscarse algún curandero.

—¿Usted cree? —pregunta Gregoria con repentina animación.

—¡Y cómo no! ¿No se acuerdan de Gabino Paredes, por mal nombre el Lechuza?

—¿No es uno que supo ser sereno en los depósitos del dique número dos? —indaga Evangelino.

—El mismo. Bueno; el Lechuza estaba en las últimas; se le acababa el resuello y los doctores de la Asistencia no daban en el clavo. Por entonces vino aquel Tata Dios que se afamó en el barrio del Chilcal. Y ese Tata Dios lo dejó nuevito, sin necesidad de medicinas; solo con unos toqueteos y unas palabras. La semana pasada lo he visto al Lechuza, contento y fortacho, hombreando bolsas de sesenta kilos.

Y dado que truena a lo lejos y que la laguna se torna traicionera y brava con los cambios de tiempo, don Cayeta se despide. La chalana lo espera; debe bogar algunas cuadras para cortar después por unos riachos.

Evangelino lo acompaña hasta la playa. El agua, estrellada y oscura, se ilumina a ratos con los relámpagos. A lo lejos rezonga el motor de una embarcación.

III

De regreso, Evangelino piensa en la salud de Vidalito, la única amargura de su existencia monótona y perezosa de isleño. ¡Ah, si se le sanara! Es juicioso lo que dice don Cayeta; antes del domingo irá a Santa Fe y averiguará de algún curandero. ¡Dios permita que Vidalito se ponga bien del cuerpo y del cacumen como todos los muchachos de las islas!

Llega al rancho. De un alambre penden en línea los patos y los pescados que mañana irá a vender a Guadalupe, si la marejada deja cruzar la laguna.

Y, bostezante, se apresta a apagar el candil, cuando de improviso descubre, al pie del tártago, el bulto de un hombre agazapado y un relumbre de ojos como ascuas de cigarrillos.

Evangelino pega un salto atrás y, ya desnuda en la mano la ancha cuchilla de pescador, reclama:

—¿Quién sos vos?

Y como el misterioso intruso calla y se rebulle, Evangelino, avanzando con la cuchilla amenazadora, pregunta otra vez:

—¿Quién sos vos?

Las voces han despertado a Gregoria que, blanqueando la camisa en la puerta, intercede, con angustia:

—¡No lo maté, Evangelino!

Al mismo tiempo, el hombre, alzándose del suelo y definiendo más sus formas al resplandor del candil, declara con un acento reposado y metálico:

—He llegado volando; no me pregunten de dónde vengo y llámenme Don Quien Soy.

Y Gregoria reitera:

—No lo maté, Evangelino.

Nuevamente exige Evangelino:

—¿Quién sos vos?

—Yo soy Don Quien Soy.

—¿Te me hacés el loco? —murmura el pescador, acortando aún más su distancia con el sujeto.

Ahora lo ve mejor: es un tipo retaco y cerdudo, el rostro aindiado y colgadas de un hombro unas alforjas tejidas; y en las alforjas se acula un gato negro, cuyos ojos fosforecen y cuya traza presta al personaje un contorno cabalístico.

Evangelino no advierte en la estrafalaria catadura de Don Quien Soy signo alguno de hostilidad; e interroga, ya sin tutearlo:

—¿Y qué busca usted por las islas y por este rancho?

—Yo caí aquí... Solo pido pasar una noche y, si sobra, alguna cosita de comer.

—¡Y cómo no! —exclama Gregoria, también, como su marido, tranquilizada—. No podrá decirse que en el rancho de los Bracamonte un pobre no ha de encontrar sitio para echarse ni pescado asado para comer.

—Agradezco —responde el arribante—. Si yo los pudiera servir...

—¿Y usted en qué anda? —averigua Evangelino envainando la cuchilla.

—Yo curo males del cuerpo y del alma. No hay dolencia que se me resista. Es un don que tengo.

Los cónyuges nada reponen a la revelación que los colma de una sorpresa jubilosa y esperanzada. Únicamente el cielo ha podido enderezar los pasos del curandero a esa vivienda; y ¡si lo mandara para sanarlo a Vidalito!

Don Quien Soy y su gato comen en silencio unas raciones de ave y pescado, y se acuestan después en el cuarto de capipotí paredaño con el rancho.

Evangelino mata la llama del candil y se tiende con los ojos hundidos en la negrura densa y sofocante de la noche, que apenas horadan los chispazos de luciérnagas y mamúas.

Piensa en su hijo y en la opinión de don Cayeta, y brota en su espíritu la se-

guridad de que ha de curarlo Don Quien Soy.

Del seno de las sombras surge el vozneo estridente de una lechuza.

Evangelino susurra:

—¡Pa tu entierro!

Y se queda dormido.

IV

Llueve desde antes de clarear. El agua forma ligeros regatos y el viento del oeste remece los árboles y encama los pastizales.

Evangelino, mateando bajo el alero, contempla imaginativo las nubes blancas que en el cielo bajo, heridas por un rayo de sol oblicuo, fingen un banco de arena. Es seguro que pronto escampará. Pero de todas suertes ya no podrá ir a Guadalupe si no es a la tarde.

Junto a su padre Vidalito anuda prolijamente unas redes, y cuando por lo alto cruza una bandada, mira y dice con su habitual mueca vesánica, levantando una mano:

—Tata, biguás.

O:

—Tata, gallaretas.

O:

—Tata, coronderos.

Pero Evangelino no concede atención a los informes de su vástago. Su pensamiento y el de Gregoria lo devora el huésped que ocupa el cubículo de capipotí y que aún no ha dado señales de existencia.

Pero marido y mujer no hablan del suceso. Ha de antojárseles superfluo poner palabras cuando recíprocamente se adivinan su preocupación y su expectativa.

Don Quien Soy aparece y saluda:

—Buen día.

El extraño individuo, en actitud de marcharse, escruta el horizonte.

—¿Ande va a ir con este tiempo? Acompañeme a verdear —invita Evangelino.

Don Quien Soy se sienta al arrimo de la lumbre, entre el padre y el hijo, mientras Gregoria, sin dejar de espiar al huésped, se aplica a los ordinarios ajetreos domésticos.

Transcurren unos minutos. Vidalito se ha inmovilizado, con la vista clavada en el felino que decora el hombro de su amo. Un hilo de baba cae de la boca de Vidalito.

Don Quien Soy observa al muchacho e inquiera:

—Che, chico, ¿te gusta el gato?

Vidalito asiente con un gesto, sin apartar los ojos, y el forastero agrega:

—Ánima, que así se llama el animalito, tiene la condición de hacerse querer. Y me ayuda mucho en las curas. Yo, sin pensarlo, le he transmitido mi fluido; y a veces, en las enfermedades livianas, basta estar con él para sanarse.

Gregoria ha dejado su faena; marido y mujer oyen pasmados la narración de algunas dolencias graves y rebeldes, contra las cuales nada pueden los doctores recibidos, y que ese taumaturgo indígena derrota fácilmente sin causar al cuidado dolor ninguno.

Luego Don Quien Soy posa un instante los ojos en Vidalito, y declara:

—Este chico es enfermo: yo lo curo.

Gregoria y Evangelino exclaman, casi al unísono:

—¡Dios se lo pagará!

Evangelino, con la intención de apartar de allí al muchacho, ordena:

—Che, Vidalito: andá buscate unas tortas de vaca para prender fuego.

Vidalito se aleja bajo la garúa, que ya amaina, y la mujer alaba con ternura en la voz:

—Es lerdito de la cabeza, pero bien mandado.

Los padres relatan al ensalmador toda la historia de la enfermedad del unigénito.

Don Quien Soy escucha con la frente baja y enlazadas las manos en las rodillas. Finalmente levanta la cara y dictamina:

—A ese muchacho le han hecho el mal.

Los Bracamonte se miran con asombro.

—¿El mal?... ¿Quién iba a hacerle el mal? Todo el mundo nos quiere bien.

—Piensen, piensen —incita el hombre.

Ambos escudriñan su memoria sin encontrar al perverso que les causó ese daño.

Don Quien Soy explica:

—El mal no lo hacen solamente los cristianos; también lo hacen los animales y las plantas si se les castiga adrede con un suplicio inútil. Piensen, piensen...

Y como la pesquisa no produce ningún fruto, Don Quien Soy los ayuda:

—¿Alguna vez no han dejado algún cuchillo sumido en un tronco vivo?

Y dado que el matrimonio diseña un signo de ignorancia, el curandero, pasando una mano ahora por la piel de Ánima, sugiere:

—¿Alguna vez han tiroteado a un árbol?

Evangelino murmura:

—No sabría decirle.

Y tras un breve meditar, recuerda súbitamente.

—Sí, sí. Fue por el año en que nació Vidalito. Debí ir por una diligencia hasta el puerto Iturraspe, y a la vuelta, dejando atrás a Santa Rosa, el Calchines, a la

altura del Rincón de Mota, se puso muy feo con la marejada. Entonces embiqué la canoa hasta que pasara el ventarrón, y me gané en un ombuzal. Yo, que no uso más arma de fuego que el fusil de cargar por la boca, llevaba en esa ocasión un revólver inglés, préstamo de don Cayeta. Y solo y aburrido me dio por ensayar la puntería, y le metí las cinco balas al tronco de un ombú.

—Ese ombú —asevera rotundamente el ensalmador— es quién le ha hecho el mal a su hijo. El ombú sufre, y hay que sacarle las cinco balas para que el chico se sane.

—¿De veras? —dicen los padres cundidos de fe.

—Y entretanto haría falta que Ánima pasara su fluido a Vidalito. Pero yo tengo que irme y ni por un queso lo abandono a Ánima.

—Usted no se irá —afirma roncamente Evangelino.

—Eso se dice. Pero yo tengo que curar enfermos; y aquí no hay enfermos.

—Sí —promete Evangelino—. Yo le traeré lastimados y apestados de todas las islas y del propio Guadalupe.

—¡Ah! —responde Don Quien Soy, allanándose—. Ese es otro cantar.

V

Ora en canoa, ora a caballo, Evangelino recorre los ranchos de esa isla y de las colindantes, haciendo saber que alberga al mano santa y que este hará la caridad de cicatrizar todas las heridas y disipar todos los dolores.

Y a la vivienda de los Bracamonte acuden los lacerados con llagas o baldaduras, frecuentemente afecciones reumáticas de los moradores de tierras anegadizas. Los domina una profunda confianza. Son mujeres, son hombres, son niños. Algunos valetudinarios esperan curar de la incurable enfermedad de la vejez que les tuerce las espaldas y les afloja las coyunturas.

Don Quien Soy acoge a los peregrinos con talante grave. Está en el cubículo de capipotí. Sobre un fogón álzase la diminuta y desnarigada imagen de bulto de San Antonio que el hechicero ha extraído de las alforjas y colocado a la par de un platillo. En ese platillo cae el óbolo voluntario —chirolas y billetes— de los enfermos que buscan el inapreciable don de la salud.

Pasa Don Quien Soy sus manos milagrosas y mugrientas por las partes adoloridas y pronuncia a momentos, meneando la cholla, palabras enigmáticas.

—El padrejón está muy arriba.

O, contrariamente:

—El padrejón está muy abajo.

Los enfermos gargarizan el buche de elixir que, de una botella inagotable, les escancia el hombre directamente del gollete a la boca. Y seguirán diversas instrucciones: sobar, hasta que se ablande, una guasca seca; o desembarullar el

complicado enredijo de un alambre; o dar siete vueltas diarias a mano derecha y siete a mano izquierda en torno de un sauce llorón.

Se alejan los peregrinos con el semblante y el corazón gozosos; alientan la certidumbre —prodigioso bálsamo— de que el sortilego ha quitado de sus cuerpos las lacras y las torturas.

A menudo acompaña Vidalito a los enfermos hasta la laguna, donde se reembarcan. Ha amistado Vidalito fuertemente con Ánima, a quien lleva sujeto del cuello por un cordel; a veces la bestezuela le salta a un hombro, como al hombro de su amo.

Pero ya lo ha dicho Don Quien Soy: Ánima solo tiene poder para aliviar a Vidalito; Vidalito podrá curarse cuando, extrayendo del ombú los proyectiles, el ombú cese de padecer.

Hay, desde la isla hasta el Rincón de Mota, a fuerza de remos, diez horas de ida y siete de vuelta, aguas abajo. Evangelino emprende el viaje, y dos días después regresa. Trae tres achatados trocitos de plomo. Le costó un triunfo reconocer, entre muchos otros ombúes, el ombú que en mala hora tomó de blanco quince años atrás; y otro triunfo descubrir, en la ruda corteza del árbol, la vieja cicatriz y alcanzar después, a punta de cuchillo, el nido de la bala.

—Usted mentó cinco balas —observa Don Quien Soy— y se me viene con tres.

—Y gracias. Un trabajo del diablo dar con ellas.

El taumaturgo sacude las ásperas melenas en un gesto de negación, y deja establecido que nada se logrará si no se recuperan los cinco proyectiles.

Gregoria y Evangelino cavilan mucho y dialogan poco, y por último resuelven, para la salvación de Vidalito, irse ambos hasta el Rincón de Mota. Más ven cuatro ojos... Revisarán y hurgarán el árbol astilla por astilla hasta descubrir esos plomos, así deban permanecer allí meses y años, sangrándose las uñas en las cortezas.

VI

Es jueves. El sábado anterior Gregoria y Evangelino rumbearon para el Rincón de Mota, y todavía no han retornado.

Continúa el desfile de enfermos. En todos los ranchos isleños se habla de Don Quien Soy y de sus curas portentosas.

Los óbolos no consisten ya únicamente en dinero; también en pollos, huevos, frutas... Don Quien Soy, Vidalito y Ánima engullen finas manducatorias.

Esa tarde el muchacho acompaña de vuelta hasta la laguna al paralítico a quien sus deudos alzan en un catre. Vienen desde cerca de Coronda. Los iluminan unas mágicas palabras del curandero y el alivio que ya el lisiado confiesa

experimentar en sus miembros inertes. Viajan en una lancha a motor, y al partir dejan abandonada en la costa una lata de nafta a medio llenar.

Desanda Vidalito el camino, aupando a *Ánima*, su amigo inseparable, y lleva consigo la lata de nafta, que pone luego bajo un curupí, a menos de veinte metros de la vivienda.

Avanza la noche. El curandero, molido por el bregar del día, aconseja:

—Andate a dormir, che, loquito.

Don Quien Soy se recoge, y el unigénito de los Bracamonte, sentado a la intemperie con *Ánima* sobre las rodillas, deja transcurrir el tiempo. La atmósfera está sosegada y tibia, llena del leve y unánime rumor de la isla en reposo. Sobre el horizonte se remonta la luna como un frágil globo de papel de seda.

Más tarde Vidalito da unos pasos y se detiene ante la puerta tras la cual ronca el forastero. En el batiente dibuja la llave una gruesa raya de sombra. El muchacho hace girar la llave, y lude el pestillo al internarse en la muesca.

Vidalito se aparta del rancho. Hollan sus pies los pastos duros y el polvoroso suelo untado de luz de plata.

Reposa bajo un curupí, y ata el cordel de *Ánima* en el tronco del árbol. A su vista el abollado recipiente de la nafta se cubre de lunas.

Vidalito agarra el sapo que saltaba a su alrededor, lo aprieta dentro del puño y lo lanza después al espacio; distante se oye un ruido seco.

Se aquieta el muchacho en actitud meditativa. ¿Qué pavesas de pensamientos enciende esa mente brumosa?

De pronto parece haber tomado una decisión: se incorpora y vierte la nafta sobre *Ánima*. El micifuz, sorprendido y despavorido, brinca para huir; el cordel lo aprisiona; impotente, el felino se revuelca con desesperación en el charco de petróleo.

Vidalito, mirándolo, se tienta los bolsillos; luego la llamita de un fósforo brilla entre sus dedos, y la llamita, al caer, se torna en súbita hoguera.

Ahora el cordel se corta; y *Ánima* parte maullante y veloz, fantástico esférico ígneo que rebota en el campo, que trepa al techo del cubículo de capipotí y desaparece, como mortal centella, por una ventana.

Las pajas de la techumbre cogen fuego y del interior de la vivienda no demora en salir un resplandor rojizo. Y tras los dos cruzados barrotes de la ventana asoma la faz pomulosa y afogarada de Don Quien Soy. El tracista sacude en vano los hierros, como en vano ha sacudido la puerta, y con voz angustiada implora:

—¡Vidalito! ¡Vidalito! Abrime, Vidalito.

Su llamado se extingue en la noche indiferente.

Vidalito se ha aproximado y, con las posaderas en los talones, contempla el incendio desde un espartillal, retratado en su cara un júbilo maligno y demente.

Don Quien Soy, chamuscadas ya sus recias melenas y amenazando con el puño entre los barrotes, maldice al opa.

Arriba una bandada de pájaros negros describe incesantes círculos.

VII

Ya la luna se ha entrado, y en el horizonte de Entre Ríos se pinta un extenso friso luminoso, que proyecta sobre el paisaje una creciente claridad.

La canoa de los Bracamonte toca la playa y Gregoria y Evangelino pisan la arena. Se advierten felices e impacientes por contar al curandero la gran noticia: han encontrado ya, en la horcadura del ombú, tras largos días de búsqueda afanosa y ardua, las piezas de plomo que envenenaban la vida del hijo.

Encamínanse a ligero andar a su morada. Perciben un fuerte hedor a carnes y pelos quemados. Y atónitos ven humear y crepitar el rancho de capipotí, y después, negro como un tizón, el cuerpo exánime de Don Quien Soy y a su lado, *Ánima*, un montoncito de ceniza.

Los Bracamonte gesticulan y gritan y claman con desolación:

—¡Vidalito! ¡Vidalito!

Y a Vidalito lo sorprenden entre unos espartillos, poseído por una crisis epiléptica: los miembros crispados, lívida la piel, espumante la boca...

El isleño, alzándolo amorosamente en brazos, exclama:

—¡La convulsión! ¡La convulsión!... No te asustés, hijito... Vas a sanarte... Aquí traigo las balas.

PATRIA DE INFIELES

I

Las canoas hendían el río pausadamente, entre músicas y cantos litúrgicos. Uno de los barquichuelos, con guías de hierbas y telas policromas, traía una imagen del Redentor, cuya víscera cordial mostraba, radiada de oropeles, en la vestidura talar.

Los pobladores de Alto Verde esperaban en la orilla al Corazón de Jesús que, con su cortejo, acudía a visitarlos desde las penumbras de la iglesia de la Merced.

La campanita de la capilla tañía jubilosamente y el sacristán sacaba del incensario sortijas de humo aromoso.

Un jesuita alemán, alto, enjuto y recio, vigilaba al concurso con el libro de oraciones en la mano e indicaba las actitudes que debían adoptar los fieles.

Reclinada en el tronco de un sauce, Guadalupe Estomba contemplaba el cuadro. Todo cobraba a sus ojos un prestigio sobrenatural y turbador. Su imaginación descubría luces cegadoras, luces de milagro a la figura santa que, avanzando, oscilaba levemente en las andas al golpe de los remeros.

Guadalupe señaló ese prodigio, con la diestra tendida, al chiquilín de seis meses sentado en su antebrazo. El chiquilín no pareció gozar de la emoción extraterrena que su madre quiso infundirle. Sus ojitos azulosos reflejaron el paisaje sin conceder más importancia a la procesión que a los ultramarinos surtos en las aguas turbias y quietas de los diques y que a los perfiles sinuosos de la ciudad de Santa Fe de la Vera Cruz, edificada en la banda opuesta.

La canoa con la imagen tocó el borde barroso de la isla y todas las gentes se prosternaron. Guadalupe, hincada junto al sauce, vio a su padre saltar a tierra y preparar la maniobra del atraque. La buena fortuna había querido que la embarcación de Julián Estomba transportara por el río a la divina figura.

Organizada la procesión, Guadalupe se mezcló al grupo de señoras y sacerdotes que presidían la columna.

El vocerío y la infatigable vibración de la campanita estremecían, a riesgo de quebrarla, a la atmósfera cristalina de la tarde. Guadalupe apretaba a su hijo

contra el pecho, con ansias inmotivadas de llorar.

Los procesionantes marchaban hacia la capilla por la ancha calle polvorosa, entre la margen del río, festoneada a trechos de sauces melenudos y lacios, y entre una hilera de construcciones, a más alto nivel. Contra los cercos de esas viviendas, generalmente de tablas azules, solían exhibirse algunos individuos en camiseta, con la cara hosca; sin duda, estibadores del puerto a quienes aún no había logrado reducir la poderosa acción catequística del jesuita alemán y de las damas misioneras.

Subieron una cuesta y la santa imagen, remontada por encima de la muchedumbre, entró a la capilla.

El Redentor, llegado al comulgatorio, bajó de los hombros de sus conductores. Guadalupe, desde un banco próximo, miró en éxtasis ese semblante suave, prolongado en una barba rizada a tenacillas, y ese corazón salido del pecho para la adoración de los creyentes.

Sonaron los tubos del órgano, el aire se saturó de incienso y la llama de las bujías se multiplicó en el barniz de los tabiques. Un canónigo joven, de facciones ovaladas, platicó con léxico florido sobre el séptimo sacramento y la obligación de santificar las fuentes de la vida, impresionando mucho a las señoras, que se miraban entre sí y hacían con la cabeza signos aprobatorios.

Absorta en la contemplación de la imagen, Guadalupe no escuchaba al orador sagrado. Rezaba, diluyéndose en brumas su pensamiento. Algo, empero, pedía, sin frases, al Redentor. Pedía bienaventuranza para el pequeño ser ahora dormido en su regazo y pedía que le conservara siempre encendido el amor de Pochoco, el padre de ese chico.

Otra vez el Redentor subió a los hombros de sus conductores y emprendió el camino de la canoa, seguido de los procesionantes.

Iba Guadalupe como empujada por los devotos, cuando una mano de señora, con un rosario arrollado a la muñeca, hizo unos festejos a su chico.

—Linda criatura —alabó la señora, una dama de porte altivo, que se agrupaba con otras de su rango.

Guadalupe sonrió, feliz al agasajo.

—¿Usted misma lo alimenta? —indagó la dama.

—No —repuso Guadalupe—. Desde que nació, con mamadera.

La señora volvió la cara.

—Vea, misia Clotilde, cómo esta gente cría a sus hijos; y, sin embargo, no se les mueren.

Guadalupe se mortificó ante la inexplicable sorpresa que causaba el que su hijito no se muriese. ¿Por qué, Dios mío, habría de morírsele?

Pero la señora no tenía intención de lastimarla, pues reiteró, dando a su voz un tono efusivo:

—Linda criatura... Y debe salir a su marido, porque de usted no va a sacar

esos ojos azules ni esas carnecitas tan blancas.

—Yo no tengo marido, señora —confesó Guadalupe.

—¿Y usted vive aquí, en Alto Verde?

—Sí, señora. Allá, sobre el canal de acceso.

—¿Y el padre?

—En Santa Fe.

—Algún gringo, de seguro.

—No, señora; hijo del país.

La señora repartió un gesto de inteligencia entre sus amigas y se adelantó hasta ponerse a la par de Guadalupe.

—¿Usted, cómo se llama? —interrogó.

—Guadalupe Estomba, señora.

—Bien, Guadalupe, es necesario que usted se case. Estamos empeñadas las señoras de la misión en civilizar esta tierra de salvajes y poco a poco lo vamos consiguiendo. El mes pasado concertamos ocho matrimonios de gentes arrimadas... ¿Y el chico está bautizado?

—Sí, señora. Lo cristianó el padre Cárdenas.

—Así debe hacerse. La felicito. Hay que concluir con los herejes; diferenciar los hijos de los animales... Y ahora falta, para contera del bastón, que ustedes se casen. Y yo me propongo hacerlos casar.

—Nunca he pensado en eso, señora.

—Pues hay que pensarlo y, sobre todo, hay que hacerlo —replicó la señora, ahora con modo autoritario—. No toleraremos nosotras en Alto Verde esas inmoralidades... Y dígame: su... su hombre ¿está dispuesto a proceder como Dios manda?

—Él es muy bueno. Pero nunca hemos hablado de esas cosas. Y creo que la familia de él se opondría.

—¡Pues estaría bonito! Si es el padre de la criatura no le queda más que casarse. El que las hace las paga. Y vos no debés ser zonza. Los hombres son muy sinvergüenzas.

—Él no es un sinvergüenza, señora —replicó con desabrimiento.

—Bueno; entonces no será como todos —admitió sonriente—. Y mejor, porque así no tendrá ninguna excusa para dejar de cumplir con su deber.

Y como ya llegaban al embarcadero, la señora se despidió con unos golpeitos protectores en la espalda y una rápida caricia en el rostro del chiquilín.

Desde la costa vio Guadalupe alejarse por el río la procesión, cantando y humeando, y vio zangolotearse a las canoas empavesadas al pasar el vapor París removiendo las aguas con sus ruedas.

Una nueva preocupación embargaba a Guadalupe. Cuando declaró que nunca había pensado en casarse, no dijo la verdad. Muchas veces había pensado que si Pochoco le diera su apellido, quedarían a la fuerza más atados y hasta

podrían entonces vivir juntos en la ciudad. En una ocasión se lo insinuó a Pochoco. Este, después de sorber el fondo del mate —lo recordaba bien— contestó lacónicamente:

—¡Bah! ¿Para qué? ¿Para que se pongan a amolar los de casa?

Y ella no quiso nunca insistir. De todas maneras eran dichosos.

Pero ahora opinaba que la señora tenía razón. Después de todo, eso no costaría mucho trabajo. Si Pochoco no se decidía, tal vez esa señora, tan servicial y tan imperativa, lo hiciera decidir con sus palabras.

Sintió frío. El resplandor crepuscular enrojecía los cristales de los edificios de Santa Fe y en los masteleros de las naves ancladas brillaban, pálidos, unos faroles. Guadalupe esperó algunos minutos más, hasta que su padre vino a recogerla. La canoa se deslizó impulsada por los remos de Julián Estomba, un criollo atezado, de bigotes como pajonal. Estomba refería un episodio de su juventud, muchas veces contado por él, de cuando bogaba en la Boca de Buenos Aires. Su hija no lo escuchaba, ausente su pensamiento de ese tema y de ese lugar.

La pequeña embarcación entró en el canal de acceso y, doscientos metros más adelante, atracó, ya de noche. Los pasajeros treparon la barranca en procura de su vivienda, un rancho pulcro con los adobes enlucidos y unas orlas añiles en las aberturas.

II

Guadalupe relató a su padre lo conversado la tarde antes con aquella señora.

Estomba dijo, liando un cigarrillo de tabaco negro:

—¡Ah! sí. Esa señora es de las que andan haciendo casar a todo el mundo por Alto Verde. Una misia muy principal; y a los ricos mejor no contrariarlos. Vos pensalo bien. Y si el mozo está conforme... Tu madre y yo no fuimos más que juntados; yo nunca la sobé a ella y nunca tampoco me faltó la finada. Pero si, como dijo ayer el cura en el sermón, Dios ayuda a los que se casan y no a los que se arriman, cásense no más.

Y prendido a los remos, se marchó aguas abajo.

Guadalupe subió la barranca. La idea del casamiento trabajaba ahora su espíritu, y habría deseado que su padre acordara más trascendencia a esa ceremonia.

Era justo lo que dijo aquella señora: debía la gente diferenciarse de los animales.

Ahora faltaba que Pochoco se allanase a la bendición del cura. Era bueno, y además lo creía bastante religioso.

Una vez le contó que su mamá lo había llevado a confesarse con un dominico. Nunca le oyó mofarse de los clérigos ni de las procesiones, como lo hacía un pescador italiano de las Cuatro Bocas, que llamaba a su perro con el nombre

del señor Obispo y tenía en la cabecera de su catre un retrato del gobernador Menchaca.

Las propias conversaciones revelaban los buenos sentimientos de Pochoco. Sabía compadecerse de los pobres que sufren. ¡Cuántos paquetes de yerba y azúcar regaló a la viejita tullida que habitaba un rancho de la vecindad! También a un canoero, amigo de Estomba y aficionado a la chupa, que peleó en un boliche del puerto con los extranjis de un paquebote, le pagó las medicinas.

Evocaba ahora, enjuagando las ropitas del hijo en la batea, el día, de principios del año pasado, en que lo conoció. Era ya anochecido y cruzaba ella con unas costuras por la explanada del teatro Municipal.

Unos hombres que allí se reunían la piropearon; y uno de ellos se desprendió del grupo y marchó tras sus pasos. Luego, se le apareó y la habló. Ella, inquieta, solo le contestó después de caminar dos cuadras. Al llegar al bajo, subieron a la misma canoa. Pochoco le pagó el viaje y la acompañó, a pie y ya oscuro, hasta su rancho. Guadalupe no sintió miedo, ni cuando él, en el camino, empujándola contra un sauce, le plantó un beso en la cara, el primer beso de amor y que apenas si rechazó con un:

—Sosiéguese, pues.

Conviniere los lugares donde podían verse en lo sucesivo.

Y cuando debió confesarle a su padre que le llegaría un nieto, temió desencadenar su cólera y recibir unos guascazos. Pero él calló, con el ceño fruncido; y al cabo dijo:

—Ya me pensé que en algo andarías por el pueblo, muchachita de porquería.

Y prometió propinar una paliza al seductor. Mas el seductor se presentó a la misma sazón en el rancho, y Estomba, hombre tímido, no se atrevió a cumplir su promesa. Y a los pocos minutos simpatizaba ya con el padre de su nieto.

¡Qué bien se portó Pochoco en aquel trance! Se vino, en el momento crítico, con un doctor de Santa Fe.

Desde entonces Pochoco frecuentó el rancho a todas horas. Compró un juego de dormitorio, una cama de hierro y algunos adornos para decorar la humilde morada de los Estomba.

Acrecentábase en Guadalupe el cariño por Pochoco, y agradecía a la providencia el habérselo puesto en su camino. ¡Era mucha suerte para una pobre chinita como ella!

Guadalupe alzó el rostro: el Alcaraz surcaba el canal con la cubierta poblada de pasajeros.

—El vapor de las diez —murmuró.

Y se puso en seguida a trasegar con la leche y la mamadera.

Por la barranca surgió Pochoco, acompañado de un perro de policía. Era un hombre de 25 años, rubio, de andar perezoso, con un indumento descuidado y de buena calidad.

—Che, Guadalupe, dame unos mates —pidió, sentándose, con el mastín entre las rodillas. Y luego de comentar el nombramiento de un amigo suyo para comisario de órdenes de Santa Fe, se acercó a la cuna, colgó al cuello del chico un sonajero y, refregándole la barba en la cara, lo hizo llorar.

Guadalupe intervino:

—¡No seas hereje!

Y tranquilizó al chico con el biberón.

—De nuestro machito voy a sacar un punto bravo; ya vas a ver— anunció Pochoco, rascando la cabeza del mastín, que estiraba el pescuezo para recibir la caricia de su amo.

Guadalupe, que cebaba el mate, espiando la oportunidad de aludir al tema que absorbía sus pensamientos, irrumpió:

—¿Por qué no nos casamos, Pochoco?

Después de un compás de silencio, el muchacho habló con una gravedad desusada en él.

—Yo también me pregunté lo mismo muchas veces, tentado de casarme. De cualquier modo, ya estamos enredados vos y yo para toda la siega, y más con ese purrete que, la verdad, se me ha metido muy adentro. Por mí no habría dificultad. Pero mi vieja... Está llena de ideas pavas; y si yo le anunciara un matrimonio así, levantaría el grito al cielo, me cortaría los víveres y le abreviaría los años. Yo no me atrevería a hablarle de eso, ni nos conviene a nosotros, ni hay para qué. Viviendo como vivimos y queriéndonos como nos queremos, es preferible ahorrarnos esos conflictos y sinsabores... Y haceme el favor de no sacarme más estas conversaciones.

Y Guadalupe se hizo el propósito de obedecer. Sus convicciones carecían de firmeza. Se le antojaba ahora razonable el discurso de Pochoco, como antes persuasivos los argumentos de aquella señora. Si eran felices como eran, no había por qué acarrear complicaciones. Lo principal, contar con el cariño de él; y después de esas palabras, impregnadas de una emoción íntima, dudaba menos que nunca.

Procuró entonces desechar sus cavilaciones; y los días prosiguieron iguales y benignos con las visitas frecuentes de Pochoco, con los barcos de Sarsotti que a su paso marcaban la hora, con los trasatlánticos que convulsionaban las aguas del canal y con los cazadores que afluían de la ciudad y tiraban a los patos por los contornos.

III

Aquella tarde fue Guadalupe a Alto Verde. Era domingo, y los isleños se congregaban en los boliches y en las puertas de las viviendas. Algunos buhoneros

transcurrían con sus cajas de peines y jabones. A menudo se oían los soplidos de un acordeón o el tango que arañaba la púa de un fonógrafo.

La muchacha saludó a una mujer de asentaderas rotundas que, a la vera del río, reposaba en un banquito microscópico; y al retornarse divisó, junto a un Ford —el único automóvil que por allí circulaba— a varias señoras de la misión que despedían al jesuita alemán.

El sacerdote ocupó una canoa. Y una voz partió del grupo:

—¡Guadalupe!

Guadalupe reconoció en quien la llamaba a la señora del día de la procesión. Habría preferido seguir de largo, pero debió allegarse.

—Esta es la muchacha de que les hablé —informó la señora a sus compañeras—. Ya me contó su historia, la historia de todas estas pobres churitas. Ella está dispuesta a casarse, y habrá casorio. Yo seré la madrina.

—Usted pretende amadrinar todas las parejas de Alto Verde, misia Zoraida —comentó, risueña, una jamona que enristraba unos impertinentes de carey.

—En este caso, Micaela, yo tengo más derecho que ninguna, como que a mí corresponderá el mérito de la obra.

En medio de esas señoras que la rodeaban y escudriñaban, Guadalupe se cohibió primero y se azoró después, deseosa de que terminara pronto la escena.

Micaela, la jamona de los impertinentes de carey, observó:

—Modosita la muchacha. Las Mendingo supieron criar una, del asilo, bastante parecida a esta, sobre todo de perfil.

Guadalupe sonrió, ruborizada.

—Bueno, decime —interrogó entonces misia Zoraida— ¿ya lo conversaste a tu hombre para que cumpla con el séptimo sacramento?

—Sí, señora; se lo he dicho, pero la mamá de él no quiere. Habrá que esperar otra ocasión.

—Ninguna persona decente y temerosa de Dios —sentenció misia Zoraida— puede impedir que un hombre se case con la madre de sus hijos y repare el mal que ha hecho, deshonrando a una pobre muchacha.

Estos conceptos los aprobaron las otras señoras, una de las cuales, suspicaz, conjeturó:

—¡Ta, ta! La oposición de la «mamita» es a lo mejor un pretexto para dejarla en la estacada. Estas infelices no escarmentan. Y bien merecido que las engatusen. Yo en lugar de ellas...

—No, señora —rechazó Guadalupe, disgustada y angustiada—. Él no me miente.

—¡Crédula! —insistió aquella, con gesto desdeñoso.

—Pues ese hombre se casará. Cuando yo me propongo una cosa... —alardeó misia Zoraida.

—Si las damas de la misión no procediéramos enérgicamente —aseveró una

tercera— fracasaría nuestra campaña pro saneamiento moral de Alto Verde.

—¿Y dónde está tu hombre? —inquirió misia Zoraida.

—En este momento, en casa.

—Perfectamente. A mí, el agua clara y el chocolate espeso. Pues yo me planto ahora mismito en tu casa y veremos si ese guasito me dice que nones... Habrá boda. El padre Suárez les echará la bendición. Ya lo tengo dispuesto.

—Pero, señora... —quiso resistir Guadalupe.

—Arriba; al auto —ordenó misia Zoraida.

Y al auto subieron misia Zoraida, Micaela y Guadalupe. Las otras damas entraron a la capilla.

El vehículo rodó. Rato después las ramazones de los sauces latigueaban el hule de la capota.

—¡Vaya unos andurriales! —dijo misia Zoraida.

Micaela deploró:

—Los ajeteos que se proporciona una para la redención de este país de infieles. Y luego, lo que agradecen...

Guadalupe, confusa, no discernía si esas gestiones eran para su bien o para su daño. La impresionaba y comprometía su gratitud el desinterés de esas damas virtuosas y copetudas, empeñadas en labrar su felicidad. Pero, recordando las palabras de Pochoco, mucho temía que todos esos pasos únicamente sirvieran para crear situaciones enojosas y producirle a él una molestia inútil.

Cuando llegaron a la casa, solo el canoero estaba en ella. Pochoco se había ido, unas cuadras más arriba, con unos aparejos de pescar.

Y mientras las damas alababan el buen pergenio del bebé y el excelente equipo del rancho, Guadalupe buscó a Pochoco, con quien no demoró en regresar.

El muchacho venía, por ruego de Guadalupe, aunque un tanto mohíno con la visita de esas señoras.

—Ya podían las tales —criticó Pochoco— no meterse donde nadie las llama.

Entraron al rancho. Misia Zoraida que, acomodándole el babero al chico, daba la espalda, volvióse para conocer y sermonear al presunto converso.

Los semblantes de misia Zoraida y de Pochoco se transfiguraron súbitamente con una expresión de profundo asombro.

—¡Pochoco! —exclamó misia Zoraida, dejando caer los brazos a lo largo de los muslos.

—¡Mamá! —exclamó Pochoco, con ganas de huir.

Y en el silencio de pasmo que sobrevino, solo se oyó la risa que acometió a Micaela, cuyas carnes trepidaban y cuyos impertinentes de carey le aleteaban, como una mariposa, en la barriga. Y dijo:

—¡Este es un paso de sainete!

—No —protestó misia Zoraida, engallada la testa y centelleantes las pupilas—. Esto es muy serio, muy serio...

—Sí, sí —corroboró Micaela; y no logrando dominar la risa insensata que le cosquilleaba el cuerpo, abandonó la habitación.

—¿No se te cae la cara de vergüenza? —fulminó misia Zoraida a su hijo, con un trémulo de indignación en la garganta—. ¿Te parece de bien nacido andar por los rancheríos, aprovechándote de la picardía o de la candidez de estas chinitas? ¡Y yo que te creía incapaz, grandísimo atorrante, de estas canalladas! ¡Los desengaños que dan los hijos, Señor! ¡Qué bochorno! ¡Qué bochorno!

—No se ponga trágica, mamá. Todo tiene compostura. ¿No venía para hacernos casar?

—No toleraré tus chistes ni tus faltas de respeto. Por mucho que hayas descendido, no puedes ignorar el valor de ciertas cosas.

—Pero, mamá...

—Basta; se han terminado estas relaciones indecorosas y absurdas; yo ayudaré, en lo que pueda, a estos desdichados; y vos te irás otra vez a Norteamérica, hasta que yo lo disponga, porque este Santa Fe es la perdición de los muchachos de buena familia... Y ahora, esperame en el auto.

Pochoco vaciló un momento y salió, encogiéndose de espaldas y recobrando su gesto habitual.

Misia Zoraida extrajo de su bolso unos billetes, que Estomba recibió con la diestra crispada.

—No acepte ese dinero, tata —murmuró Guadalupe.

—¿Es poco? —inquirió, silbante, la señora.

Guadalupe sintió la ofensa de esa frase; y le saltaron las lágrimas que tenía ya al borde de los ojos.

—Y ustedes ya saben —prosiguió la dama—; si algo necesitan, acuden a mí. Nadie llama inútilmente a la puerta de mi casa.

Y luego de deslizar hacia el niño dormido una rápida mirada, transpuso el umbral.

Y cuando el auto hubo partido, Guadalupe se abrazó a la cuna de su hijo, y gimiendo y sollozando insultó el recuerdo del hombre que la abandonaba:

—¡Infame! ¡Infame! ¡Infame!

Pero al día siguiente llegó Pochoco a la hora y por el camino de ordinario, acompañado siempre de su perro de policía.

Guadalupe, demacrada por las horas de sufrimiento, lo acogió con una mirada de angustia y de interrogación. Y Pochoco dijo:

—¿Qué? ¿Creíste que no volvería más? Necesitaría ser yo muy desalmado. Ayer me fui, por pura política. Hay que saber llevarla a mi vieja. No contradicirla. Tiene sus preocupaciones rancias y, acostumbrada a ser obedecida, un carácter despótico. Pero es buena como el pan. Ya se olvidó de ese viaje a Norteamérica. Y esta mañana me estuvo averiguando cómo le prepararás la leche al chico, y si hervís los biberones, y si le cambiás los pañales... Y cuando nuestro

hijo esté crecido, se lo llevaré a la casa, y le entrará la debilidad por el nieto y hasta se reirá de las zafaduras que yo le enseñaré a decir. Es ella capaz de jurar ahora que prefiere verme, antes que esposo tuyo, entre cuatro velas; y sin embargo ella misma pedirá algún día que nos casemos como Dios manda y hasta querrá vivir con nosotros. ¡Si la conoceré!... Y doblemos la hoja; le hago unos arrumacos al chiquilín y agarro para la boca del canal, a ver si pican los mandubeyes.

Y cundida por la emocionada felicidad de esa hora única, Guadalupe tumbó la cabeza en el pecho de su amante.

EL PEQUEÑO MUNDO DE NABOR CAMACHO

I

En el Campito, a veinte pasos del río Santa Fe, se asentaba la vivienda de Nabor Camacho. Un ombú le echaba sombra y una enredadera prendida del alero ponía su nota ornamental. Contiguas se amontonaban otras habitaciones semejantes —tablas y latas de kerosene— con escenas domésticas a la vista: mujeres que cuelgan ropa de los alambres o espulgan las crenchas de sus hijos, hombres en camiseta que toman mate, chicos desharrapados que se revuelcan en el polvo y perros flacos que se enroscan o roen, optimistas, una guasca. De ese rancherío salían estibadores para el puerto, mujeres para lavar ropas en el río y chinitas para servir a las familias del centro. Y salían, también, —alguna vez lo denunciaron severos periodistas— enfermedades infecciosas que se propagaban por la ciudad.

Nabor habitaba con cinco hijos. Cuatro, los menores, eran varones; el mayor de ellos frisaba en los diez años. Pilar, la hija, que ya pasaba de los doce, era, como decía la gente, «privadita de la cabeza»; Nabor atribuía la desgracia al susto que sufrió la madre cuando la inundación les alcanzó hasta la última costura del rancho. Rita, su entenada, moza de diez y siete, mucho le serviría. Pero Rita se criaba desde muy pebeta en lo de misia Victoria Mosquera, matrona antigua de caserón con herrajes españoles y fragante magnolia arraigada en el patio.

Nabor era viudo; su viudez databa de un par de meses. Gabina, su finada, padecía de un grano malo en el lomo. Un día los del comité recomendaron a Nabor para la dolencia un sancocho de catay. Aplicó el medicamento; la pobre Gabina ayeó y bramó hasta alborotar todo el Campito, incluidas las tripulaciones de las balandras naranjeras atracadas a la costa. Una ambulancia debió llevársela al hospital Iturraspe. No volvió más la cuitada, y a Nabor no se la dejaron ver, ni muerta siquiera.

Con Gabina perdió su marido una imponderable colaboradora. Esa buena criolla sabía cuidar la casa y allegar recursos lavando ropa a las familias del centro. También se ingeniaba para sacar de los paquetes de ultramar zapati-

llas persas y géneros policromados que ocultaba diestramente a los ojos de los aduaneros y vendía después, con gruesa ganancia, a las niñas bien del barrio Sur y a las gringas de la cantina, el music-hall del mercado.

II

Nunca brillaron los Camachitos por su aseo personal. Pero ahora, destituidos de la vigilancia materna, se encostraban de cochambre, y los jirones de sus ropas descubrían audaces trozos de piel. Lo útil que hacía Pilar, la «privadita de la cabeza», era fregotear en la batea o pantallar el fuego donde se asaban amarillos o mandubeyes. Frecuentemente interrumpía su quehacer para alejarse y entrar en el río con talante de hechizada; del río, chorreando agua los vestidos, la sacaba algún canoero. En otras ocasiones la sorprendió su padre, inmóvil, de cara al sol; la violencia de la luz le inflamaba los ojos.

El río se encargaba de nutrir a esa familia: pescado en las cuatro estaciones. Al pescado se añadía, en invierno, naranjas correntinas y en verano sandías de Santa Rosa que de aguas arriba acarreaban las embarcaciones de cabotaje.

Los moderados gastos del hogar los cubría Nabor con el producto de la pesca. Tenía su caladero, en las proximidades de Curtiembre, del otro lado del Paraná. Allá iba dos veces al año, permanecía un par de meses ausente y regresaba platurdo. Frecuentaba entonces el comité del Campito, y los albures de la taba y de unos naipes abarquillados y mugrientos pronto daban fin a su caudal. ¡Cómo protestaba la pobre Gabina contra esas debilidades de su marido! No dejaba sin embargo de confesar que el comité relacionaba a Nabor con personas de fuste como, por ejemplo, don Liborio Machuca, un señor que apretaba con el brazo algún expediente judicial y lucía en el chaleco una uña de tigre pegada a una piedra negra. Don Liborio era la cuña de los Camachos. Gracias a don Liborio, no quedó Nabor más de diez minutos en la comisaría a raíz de trompearse con un marinero dinamarqués; y también gracias a don Liborio, evitaron que la Asistencia Pública se metiera en su rancho a matar ratas, fumigar muebles y paredes y fastidiar a sus moradores.

No experimentaba Nabor inclinación para otro oficio que el de pescador. Por instancias de la finada Gabina, fue en alguna oportunidad a hombrrear bolsas a la bodega de un trasatlántico y en otra a calafatear cascos de cabotaje en el varadero de Sarsotti. Ese trabajo lo abandonaba en seguida; no era de su gusto; en cambio remaba un día entero, si bien con cansancio, con placer. Solía changuear, transportando gente en la canoa, a diez centavos por cabeza, hasta Alto Verde, la isla guarneada de sauces frondosos y ocupada por una nutrida población vernácula.

Dejaba transcurrir Nabor horas tras horas al abrigo del ombú de su rancho. Pasaba de una silla a un catre de tientos, y viceversa. Desde el catre avizoraba el

vuelo de patos y bandurrias hacia las islas y la formación de las nubes, que solían dar al sol la apariencia de un ojo emparchado; y desde la silla, el paisaje cercano de Alto Verde y el buque de gran porte, a rastras del minúsculo y forzudo remolcador, en procura de aguas hondas y de las remotas patrias de los gringos.

Amaba Nabor ese lugar y ese rancho. Un montón de años atrás, justamente por el tiempo de la intervención de don Anacleto Gil, vino de San José del Rincón y, con sus propias manos, edificó su vivienda en ese suelo sin dueño. Conoció a Gabina, nacida y criada en el Campito, y moraron bajo el mismo techo y formaron esa familia. El Campito aquerenciaba fuerte. Existían en ese pequeño mundo jerarquías sociales y apellidos de tradición. Las de Riquelme, verbigracia, se preciaban de haber dotado de cocheros a las volantas de los gobernadores desde don Nicasio Oroño hasta la aparición del automóvil; las de Oviedo no olvidaban que fue antepasado de ellas cierto alférez que en los Cachos asistió al degüello del señor Cullen; otras se pretendían, por torcidos cursos de la sangre, entroncadas a hogares preclaros de Santa Fe. Pero nadie ostentaba mejor motivo que las Montejos a la consideración y las envidias: de ese rancho salió, para el formidable equipo de Colón, un insider izquierdo que se cubrió de gloria y moretones en reñidos campeonatos interprovinciales. Soñando los adolescentes del Campito alcanzar la fama de un Montejo, trotaban más intrépidamente tras el balón por los pesados arenales de la costa.

Nabor se advertía muy a sus anchas en ese orbe; personas y cosas eran allí gratas a su espíritu; no cambiaría de cobijo y menos de lugar; solo muerto lo sacarían del Campito.

III

Ya estaba avanzada la época de acudir al caladero de Curtiembre. Pensó Nabor en cómo dejaría a los chicos y Pilar; y luego de pensarlo decidió llamar a Rita, su entenada. Rita era hacendosa y capaz de suplirlo en su ausencia.

Fue a casa de misia Victoria. La matrona lo recibió en la huerta, balanceándose en una mecedora.

—Pase adelante, Nabor. Arrime una silla. He lamentado la muerte de Gabina, la pobre Gabina, tan fiel y tan guapa para la brega. ¡Qué vamos a hacerle!... Dios lo ha dispuesto así... No he dejado de rezarle unas avemarías.

Y alzando la voz:

—Che, Rita, traémele a tu padrastro un vaso de vino de mesa. Nabor se sentó.

—Sí —confirmó el hombre—. La finada era buena por donde la buscaran.

—Y cuénteme, Nabor ¿cómo andan sus muchachos?

—Todos bien, misia Victoria. El más grandecito, hecho un travieso. Vez pasada se acercó al rancho la lechera arisca de unos vecinos. ¿Cree que se me asustó

el purrete? ¡Nunca! Le largó un bolazo a la perdida, le pegó cerca de un ojo y la volteó... Va a salir de línea el mocito.

Esta referencia la compuso Nabor con gestos y risas, que misia Victoria acompañó meneando cumplidamente la cabeza.

—¿Y qué vientos lo han traído por aquí, Nabor? Es un milagro.

Nabor, en seguida de apurar el vino que le trajo su entenada, expuso el motivo de la visita.

—¡Caramba! ¡Caramba! —gorgoroteó la matrona—. Esa chinita conoce tan bien mis caprichos y yo estoy tan acostumbrada a ella, que privarme de sus atenciones es un trastorno... ¡Un trastorno!...

—Dos meses cuando más, hasta mi vuelta de Curtiembre; no es mucho.

—En fin —asintió la dama—. Me arreglaré de algún modo... Y debe hacerles falta un poco de ropita a sus chicos. Le daré, para que les lleve, unas prendas que les vienen apretadas a mis nietos.

—Usted siempre caritativa, misia Victoria —alabó el pescador.

Misia Victoria, estimulada, ofreció:

—Ya sabe; si algo necesita... Yo tengo muchas relaciones.

—Muy agradecido, señora. También se me ha brindado mucho don Liborio Machuca.

La dama trazó un ademán aspaentero:

—¿Liborio Machuca?... ¡Hágame el servicio!... ¡Buen peine!...

Marchose Nabor del solar de los Mosqueras con su entenada Rita y un envoltorio de ropas de desecho para empaquetar a su prole.

IV

Antes del alba llevó Nabor a la canoa aparejos de pescar y provisión de comestibles. En el Campito imperaba completa calma. Más atrás brillaban los focos eléctricos de la ciudad.

Rita lo acompañó hasta el borde del río.

—Dejándote a vos, me voy tranquilo —declaró Nabor—. Sé que vas a cuidar bien a tus hermanos. Para la vuelta te prometo algún regalito.

A golpes de pala se separó Nabor de la orilla. Retornose para enviar una postrera mirada de emoción a su rancho y a su ombú que la luna envolvía en tenue velo de plata. La perrada isleña ladraba lúgubrememente. En la cabecera del dique lucía el reloj de la Administración y en los masteleros de navíos recostados contra los malecones, linternas azules, verdes, rojas.

Bogó un rato a pala y, enhebrando el canal, empuñó los remos. No tardó en iluminarse la altura; la mañana se abría lentamente, como un gran bostezo.

Renacía el cotidiano vivir en las casuchas indígenas enfiladas a todo lo largo del canal; cantaban los gallos; mugía alguna vaca; los sirvientes de la draga arenera se alistaban para voltejar el aro de los bocudos cangilones.

Transpuesto el canal las aguas se vertían en anchuroso cauce y, soldadas al horizonte, perfilábanse las barrancas calizas de Entre Ríos.

Empleaba Nabor de quince a veinte horas en el viaje, siempre que la marejada no se embraveciera y un repentino ventarrón no lo obligara a buscar refugio, si tenía cerca algunos albardones. Ese tiempo podría reducirlo a dos o tres horas, con solo adaptar a su esquiife un motor de automóvil. Pero Nabor rechazó rotundamente la idea:

—Cuando uno larga el sudor —filosofó— gana lindo la plata.

Y en efecto, sudaba; con los remos en la mano veía salir el sol y con los remos en la mano lo veía caer, tras el distante confín santafecino, como un tejo en el sapo.

A las nueve de la noche tocó tierra. La fogata resplandeciente en la negrura lo guió a la ranchada, el rústico albergue donde tertuliaban los pescadores después de su jornada en los caladeros.

Los pescadores acogieron cordialmente al camarada; ya extrañaban su retardo. Acucilláronse a la redonda del fuego; las llamas lamían a dos patíes y dos surubíes espetados en varillas de madera verde.

Discurrían sobre la escasez de la pesca y daban al fenómeno diferentes explicaciones.

—No hay pique —decían con desabrimiento.

El acopiador, un turco de Paraná, había visitado el día anterior la ranchada; recogió muy pocos kilos.

—Ese turco —observó uno de los presentes— ya está rico, a costa nuestra, que nunca salimos de pobres. No tiene necesidad de fregarse con espineles ni mallas. Nos lleva el pescado a veinte centavos el kilo. ¡Quién sabe a cómo lo vende en la ciudad!

—No hay qué hacerle; las cosas son así —repuso, fatalista, un hombre atezado, con medias blancas hasta las rodillas—. Todos cambian y prosperan, menos los criollos, que vamos siempre para peor. Hasta el pescado se hace cada día más exigente. Antes aceptaba cualquier carnada; ahora desprecia el espinel si no lo cebamos con sábalos vivos.

Otro, tocado con boina, refirió un lance, entre algazara de risas: esa mañana un dorado se le adelantó sobre la línea, pegó unos brincos y de un recio coletazo arrancó la pipa que el hombre tenía en la boca.

—El dorado es un animalito peligroso —apoyó un tercero; y, en corroboración de la tesis, narró una anécdota.

Algún rato después se apagaron el fuego y las voces. Los pescadores reposaban; mosquitos y vinchucas tenían un generoso festín de sangre.

A cien metros entre sí se señalaban los caladeros. Nabor no podía quejarse del suyo, situado en una saliente de la barranca y en una ensenadita donde la corriente se abonanzaba. Tiró sus espineles y vigiló las carnadas. Cierto; estaban los peces muy matreros; no querían ensartarse en los garfios. Pintaba una temporada crítica para los pescadores. El tema se desenvolvía en la reunión nocturna de la ranchada, repitiéndose los mismos tópicos.

El turco de Paraná se aparecía periódicamente en una lancha a nafta para recoger la pesca. Corroboraba el turco que el año era malo; los caladeros daban rendimientos mezquinos; acaso se desquitara, a la venida del invierno, con la creciente del pejerrey.

Nabor recorría sus espineles para observarlos y cebarlos y luego, sentado en la barranca, dejaba devanar las horas casi sin mudar de postura. Paseaba los ojos por la lámina del río, salpicada a trechos con bancos de arena. Esa lámina modificaba sus tonalidades —ocre, malva, violeta— con los movimientos de la luz. De tiempo en tiempo pasaba un velero, o un pailebote, o un vapor de la carrera al Paraguay.

Evocaba entonces Nabor el Campito, y su imaginación exornaba con la distancia de caprichosos encantos a aquel pequeño mundo. ¡Esos ranchos bulliciosos, abigarrados, hormigueantes de «gente conocida» y de donde brotaba a veces, con el humo de los braseros, el gangueo de una púa de fonógrafo!.. Y la añoranza de aquel imponderable rincón de Santa Fe con su color, su rumor, su olor agrios y genuinos —movediza gusanera humana— colmaba a su espíritu de suave melancolía.

Ya hacía mes y medio que vivía en la banda entrerriana; y él, como los otros pescadores, solo conseguía un menguado provento. Mejor sería volverse al Campito para regresar al caladero a la llegada de los fríos y de los cardúmenes de pejerreyes.

Y comenzados los aprestos para la travesía, un gallego venido de Curtiembre, le sugirió:

—¡Hombre! Si el pescado no pica cerca de la costa ¿por qué no exploramos un banco de arena?

Y fueron a un distante banco de arena munidos de mallas de 18 y 25 brazas y defendidas las pantorrillas, contra las rayas, por unas polainas de latón.

Cuando dos días después arribó el turco al caladero de Nabor, se maravilló de la copiosa cantidad de pescado que se le ofrecía. En un mes más, vendió Nabor muchos centenares de kilos.

VI

Aguas abajo, el viaje se abreviaba. Nabor redobló el ritmo de la remada al divisar, en el fondo del canal de acceso, las torrecillas seculares de los franciscanos y los murallones grises de los jesuitas. La canoa se zangoloteó al cruce de la balsa de Obras Públicas, cargada de automóviles y pasajeros: la balsa que zarpaba de Santa Fe a las cinco de la tarde.

Ya el Campito lo esperaba en las proximidades, oculto todavía por un recodo de Alto Verde. Sentíase Nabor impaciente por alcanzar su destino y feliz con el éxito de su campaña.

Salió del canal. El sol reverberaba en el agua turbia de los diques y en los capacetes plateados de los tanques petrolíferos. La chimenea de la usina vomitaba humo negro.

Buscó Nabor ansiosamente con los ojos el rancharío del Campito y el ombú que sombreaba su vivienda; abandonó los remos y se restregó los párpados: no veía ni el ombú, ni su vivienda, ni el rancharío. Y aquello era el Campito, ahora un erial raso y arenoso, sembrado de estibas de maderas y hierros, y circuida la playa por un cinturón de pilotes.

Asombrado y perplejo atracó junto a una balandra y saltó a tierra. Todas las dudas que quiso concebir se disiparon: no quedaban ni vestigios de aquel pequeño mundo que, desde los remotos tiempos de la fundación de Santa Fe de la Vera Cruz, en ese lugar se arraigaba, medraba y renovaba sin cambiar de fisonomía.

A un señor extranjero que manipulaba unos palitroques de geodesia, preguntó Nabor:

—¿Qué hacen aquí?

El señor extranjero informó, lacónico, levantando una mano:

—El puerto de cabotaje.

Nabor se alejó. ¿Cómo don Liborio Machuca había consentido esa iniquidad? Fue al comité; el comité estaba clausurado.

—¿No sabe?... —le comunicó un vecino—. Hubo revolución; ya don Liborio Machuca no manda nada, a menos que se haga de otro partido, como parece.

Nabor entonces excusó de toda responsabilidad al influyente don Liborio Machuca.

¿Y cuál era la suerte de aquellas familias que, con sus orgullos, sus esperanzas, sus pasiones como cualquier rancio núcleo social, poblaban el Campito? Esas familias habían ido a dar, en su éxodo, unas a Alto Verde, otras a la Boca del Tigre, en los bordes del río Salado, y las restantes a Colastiné y al Chilcal. Así se acababa el Campito, el histórico, pintoresco, insalubre Campito; tan necesitado del novelista que lo refleje en páginas duraderas.

Por intercesión de misia Victoria, a Pilar la acogieron en un asilo de herma-

nas y a los muchachos en el Reformatorio de Menores. Nabor aceptó el parecer de la matrona: no podía el padre proporcionarles a sus vástagos mejor educación ni más decentes holguras.

Y esperando la época de ir a su caladero de Curtiembre, Nabor merodea obstinadamente por los terrenos del Campito; contempla con pesadumbre y rencor el bullir de los operarios que construyen los muelles de cabotaje. Y alguna vez esas arenas se han bebido una lágrima de sus ojos.

Índice

Dedicatoria y semblanza	6
-------------------------------	---

LAS CIUDADES

Los regalos de Fred Devores	11
Los inundados	19
Doble ardid	26
La casa solariega	35
Bar de marineros	41

CAMPOS Y SELVAS

El infierno verde	49
El ruano de Manzanares	56
Las vacas de San Antonio	62
El cambarangá	70
El reloj	75

LOS PUEBLOS

El finado Cequeira	81
La sinecura de don Cristino	87
Pasó el príncipe	94
El pato marrueco	100

LAS ISLAS

Vidalito	109
Patria de infieles	120
El pequeño mundo de Nabor Camacho	130

Booz, Mateo

Santa Fe, mi país. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.
E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-3962-01-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-3962-01-1

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz, los siguientes títulos: *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, del Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.

